

UNA INTENTONA IGNORADA
CONTRA GIBRALTAR.

VI. *

Era para escarmentar tamaño fracaso como el sufrido, aún sepultado en un secreto verdaderamente admirable y que honra á sus agentes; pero insistente Godoy por la altanería, acaso, que en él hacía veces de carácter en ocasiones, llevado de un pensamiento patriótico cuyo éxito sabía que habría de asegurar su suerte, á cada momento ya más y más incierta aún con las apariencias de prosperar y prosperar sin límites, ó porque cayera en un nuevo lazo tendido por otro tan truhan como el presidiario de Ceuta, lo cierto es que cinco meses despues volvía á sus proyectos sobre Gibraltar.

Hé aquí el traslado de un despacho, todo él escrito de puño y letra de Godoy, en el mismo estilo enfático y pretencioso que caracteriza sus correspondencias, y el misterioso que, aún no requiriéndolo el caso, se complacía también en darles siempre. Dice así: «Martí entregará á usted esta carta, »le dará noticias de lo ocurrido y causas de su »viaje; precaucion prudente, confianza cauta y pres- »teza en el momento, es cuanto encarga á usted mi »deseo del mejor éxito y estimacion de su persona: »nada añado, pues la instruccion á boca será más »enérgica y el comisionado está bien en todo.— »Adios, mi estimado Castaños; es de usted afectisí- »mo.—El P. de la Paz.—Madrid 30 de Septiembre »de 1805.»

Por mucho que hayamos reflexionado sobre el anterior despacho, ó, por mejor decir, carta de presentacion; y por mucho que hayamos discurrido para llevar á pensamientos de otra índole el espíritu de las contestaciones é incidencias que provocara, no hemos logrado sino afirmarnos, á cada lectura una vez más, en la idea de que la mision de Martí era la de otra nueva intentona contra Gibraltar.

¿Creería Godoy todavía en inteligencias que hubiese dejado Soriano en aquella plaza, con la esperanza de cuya ocupacion le había entretenido tantos meses?

¿Y cuáles podían ser esas inteligencias?

Antes formaba parte de ellas Mr. Trigg, el go-

bernador nada ménos que de Gibraltar, cuya accion en favor de España podía ser decisiva. Ahora no podremos encumbrar nuestras ambiciones á tanto, pero no tendremos tampoco que descender más que hasta el secretario del nuevo jefe de aquella plaza. Ya que no cupieran sospechas de infidencia en el hermano de un hombre como Fox, se fundarían en la persona que por su talento ó travesura había sabido ganarse su confianza.

Veamos la correspondencia de Castaños; y, aunque con trabajo por el misterio que encierran las frases que en ella usa y en ocasiones tales le dictaban su carácter receloso y habilidad peculiar, podremos sospechar los intentos de Godoy y el agente nuevo en que puso sus esperanzas.

«Excmo. señor, dice la primera de sus contesta- »ciones: Antes de ayer se me presentó el capitán »Martí con la carta de V. E. de 30 de Setiembre »último, y para desimpresionar al público de la sen- »sacion que haría su venida, supuse que por dispo- »sicion de V. E. venía á servir á mis inmediatas ór- »denes, y, en consecuencia, se le dió á reconocer »por mi ayudante de campo, y como lo tengo aloja- »do en casa, nadie podrá advertir las conferencias »que precisa ocultar hasta de los que me rodean (1). »El punto principal ahora es saber si ha regresado »con el último convoy el coronel H..., y para este »fin han ido esta mañana á la Línea y avanzadas Na- »varro y Martí, preguntando éste por un comer- »ciante para quien trae carta; pero fuera de la plaza »no encontraron quien pudiera darles razon, y será »preciso repetir el viaje y buscar medios disimula- »dos para esta indagacion, y hasta asegurarnos del

(1) En la biografía del general Castaños que D. Pedro Chamorro publicó en su obra del *Estado Mayor general del Ejército Español*, único escrito en que hayamos visto alguna, aunque ligera, referencia al objeto que nos guía en el presente, encontramos un rasgo igual respecto á Navarro, cuando se presentó en el Campo de San Roque por primera vez. En esa biografía se supone que Godoy comisionó á Navarro para vigilar la conducta de Castaños, sabiendo que reprobaba los procedimientos del *Incógnito*, que es como se llamaba, al parecer, á Soriano en Algeciras; que Castaños comprendió ó sospechó la mision de Navarro, y, alojándolo en su propia casa, no sólo burló las sospechas del Generalísimo, sino que se captó la amistad, nunca desmentida despues, de su subordinado.

Bien observado todo, y en vista de las inexactitudes que en este punto cometió el biógrafo de Castaños, quien no llegaría á ver los despachos que aquí publicamos, se nos figura que debe atribuirse á Martí y no á Navarro la mision de vigilar al comandante general del Campo, escarmentado quizás Godoy de los procederes usados poco ántes para con Soriano, de quien tante esperaba por lo visto.

* Véase el número anterior, pág. 538.

»regreso del coronel nada puede intentarse y de-
 »bemos continuar en la tranquilidad que hasta
 »ahora se ha observado. Si en nuestros intereses
 »está, según me ha dicho Martí, el secretario mili-
 »tar del gobernador, mucho confío, porque es mozo
 »de talento y que me pareció travieso desde que
 »lo conocí en mi entrevista con Fox, á quien go-
 »bierna ó manda en todo, pues este general parece
 »indolente y está siempre achacoso.—Con arreglo
 »también á lo que me ha dicho Martí tiramos anoche
 »á las doce tres cohetes para avisar su llegada.—
 »Estoy impaciente hasta saber si tenemos al coronel
 »H... en Gibraltar, pues deseo no perder momento,
 »y que sin separarnos de la precaucion prudente,
 »confianza cauta y suma presteza, tan recomendadas
 »por V. E. anteriormente y recordadas ahora, dis-
 »pongamos todo para el dia que ha de eternizar tan
 »gloriosamente el nombre de V. E., ó que desenga-
 »ñados de la existencia de los datos en que funda
 »un proyecto tan bien premeditado, pueda V. E. di-
 »rigir sus miradas hácia otra parte, y emplearnos á
 »todos donde podamos servir con más utilidad ó
 »gloria que aquí, donde me sería doloroso permane-
 »cer si se frustrasen ahora las esperanzas de ver en
 »nuestro poder este Peñon origen de tantos males y
 »calamidades.—Ruego á Dios guarde á V. E. mu-
 »chos años.—Buena-Vista, 10 de Octubre de 1805.—
 »E. S. P. de la Paz.»

Una de las cosas que más choca, al reflexionar sobre esta correspondencia y la anterior, es la poca animosidad que, á pesar del ultraje de las fragatas y de la declaracion subsiguiente de guerra entre España é Inglaterra, se observa entre los súbditos de una y otra nacion en la línea de Gibraltar. Debía estar aquella plaza, según las órdenes de su gobierno, en una muy rigurosa incomunicacion con el territorio inmediato, azotado en parte, como varias otras comarcas de nuestro litoral, por la fiebre amarilla que, con el malogro de las cosechas y las dificultades de la navegacion, hacía pasar á la Península por una de las situaciones más penosas que ha atravesado en los tiempos modernos. Y, sin embargo, vemos que no sólo se quebrantaban los reglamentos de policia, sino que la falta de vigilancia hacía creer como posible un levantamiento de los habitantes de la plaza y un asalto de los del campo inmediato de San Roque. Ahora la guerra se hallaba en su período de mayor encarnamiento; las escuadras que pocos dias despues habían de combatirse á la vista puede decirse de los actores mismos de los sucesos que vamos refiriendo, se hallaban ya una frente á otra; la franco-española guarecida en Cádiz indignada con las vacilaciones del almirante Villeneuve, la inglesa esperándola en la boca del Estrecho para decidir, una vez por todas, de quién había de ser el dominio de los mares.

Los ánimos en los ingleses, como en los ribereños de aquella costa, debían hallarse en una excitacion muy fuerte, y, con todo, se verificaban esas conferencias á que alude el oficio que acabamos de transcribir. Pero llega el dia de tan perdurable como triste memoria, en que se hunde, y es de presumir que para mucho tiempo, aquel poderío marítimo que aún sabía como resucitar en pocos meses, tales eran los elementos que encerraba, el dia de Trafalgar; y cuando en Andalucía, cual en la España toda, no se escuchaban otros acentos que los del dolor y de la indignacion, en el campo de San Roque se celebraba otra conferencia, y, aunque oficial por referirse á un canje de prisioneros, más galante, de seguro, y quizá más cordial que las anteriores. Produciría este efecto en los ingleses la generosidad, que no por ser de vencedores había de hacerse denigrante cuando de vencidos la habían usado y recientemente en Canarias, al ser Nelson portador del aviso de su derrota á nuestras autoridades de Cádiz, y en los españoles,—hay que confesarlo,—entre sus sentimientos de genial galantería, el de aprovechar la entrevista para la empresa que tenían entre manos en aquellos momentos. Y, si no, véase el oficio de 4 de Noviembre en que el general Castaños relata esa entrevista al Príncipe de la Paz:

«Para arreglar, dice, algunos puntos sobre la re-
 »mision de los prisioneros y formacion de las listas,
 »me pidieron el comisario general de Marina y el
 »fiscal del Almirantazgo en Gibraltar una conferen-
 »cia: contesté accediendo; lo que verificaron ayer,
 »acompañados de uno de los ayudantes del general
 »Fox y de D. Manuel Viale, que con el pretexto de
 »servir de intérprete, vino á verme, siendo sujeto
 »muy apreciable, y del que en tiempos pacíficos me
 »he valido para todos los asuntos que han ocurrido,
 »pues siendo favorito del duque de Kent, ha con-
 »servado mucho ascendiente con los gobernadores;
 »y por éste he sabido que en un convoy que se su-
 »pone salió ya de Inglaterra viene el relevo de los
 »tres regimientos la Reina, núm. 13 y el 54, y el
 »ayudante de Fox añadió que probablemente saldría
 »el regimiento de Roll para Malta: no sé si esta va-
 »riacion la producirá en nuestro proyecto, ni cuándo
 »se verificará la llegada del coronel H... que debe-
 »mos aguardar en este convoy, en el que espera el
 »gobernador su familia, y también la mujer de aquel
 »secretario militar con quien, según me dijo Martí
 »se cuenta, de la que por incidente supe era irlan-
 »desa, pero no pude averiguar si es hija del coronel
 »H...: de la llegada de éste, y tal vez de algunas
 »particularidades que puedan interesar, espero es-
 »tar enterado ahora que con el motivo del canje de
 »prisioneros, como doy parte á V. E. de oficio, he
 »conseguido introducir en Gibraltar á D. Pedro Aba-
 »día, que es sagaz, y que está allí muy estimado, y

»á quien me dice el general Fox permitirá venir á
 »conferenciar conmigo siempre que quiera para
 »ahorrarme la sobrada repeticion de oficios, y como
 »para las ideas sucesivas conviene tanto mantener
 »la confianza y consideracion con que me trata el
 »jefe inglés, aprovecho todas las ocasiones que pue-
 »dan fomentarla, y ayer procuré que su ayudante y
 »los comisarios fuesen muy satisfechos de mi fran-
 »queza y atencion.—Ruego á Dios, etc.—Buena-
 »Vista 4 de Noviembre de 1805.—Excmo. Sr. Prín-
 »cipe de la Paz.»

A esta comunicacion siguió otra de 11 del mismo mes, en que, despues de recomendar la constancia y sufrimiento de las tropas del Campo, que áun privadas de tiendas de campaña en tal estacion, sin sobras y con los vestuarios cumplidos, manifestaban su constante buen deseo y hasta alegría en el penoso servicio que les estaba encomendado, pasa á manifestar que todavía no ha llegado el coronel H..., aunque es posible que se halle de arribada en Lisboa con los regimientos que iban á relevar á los de guarnicion en Gibraltar.

Seguian las comunicaciones con la plaza á punto de tenerse por ella la falsa noticia de haber sido baido el ejército frances en términos de que le sería imposible salvar sus reliquias de una destruccion total. Por la fecha, que es la del 23 de Diciembre, puede suponerse que la noticia debe referirse á la batalla de Austerlitz; pero ocultaba, con las alharacas inglesas para celebrar aquel triunfo imaginario, la derrota, además de un gran convoy salido de Gibraltar con las tropas, sin duda, que regresaban á Inglaterra.

Esta comunicacion, como no pertinente al asunto de la reconquista de Gibraltar, no es autógrafa como las anteriores y otras tres, únicas ya que se refieren al gran proyecto del Príncipe de la Paz.

Ya nada se habla en ellas del coronel H... ni del secretario del general Fox; Navarro y Martí desaparecen por completo de la escena interesantísima de que eran los principales actores como dueños del secreto y sabedores de las intenciones del privado; y las tres se reducen á noticias muy interesantes, pero bastante ajenas al objeto de las anteriores. Si copiamos algunos párrafos, es para dar á conocer cómo los españoles y los ingleses caminaban á una inteligencia que, áun interrumpida por los manejos de Napoleon y las ambiciones de Godoy, concluiría por establecerse, tan sólida y eficaz como era necesario, por el arranque incomparable de la nacion española y la perspicaz prevision de los hombres de Estado de la Gran Bretaña.

Ese silencio, ¿significaría el desistimiento de Godoy de una empresa que, fallida una vez, estaba para serlo dos, ó uno de tantos giros como dió en su vacilante política exterior?

VII.

La ya citada como torpe y lamentable proclama del 6 de Octubre de 1806, debió ser obra de largas meditaciones y de todo el tiempo que hubo de mediar entre Austerlitz y Jena, esto es, entre una victoria que, por ejecutiva y gloriosa que fuese, habría quebrantado no poco al ejército frances, y la que una gran parte de Europa contaba con que sería funesta y humillante jornada para él, teniendo á su frente á los soldados y generales de la Prusia. La Inglaterra no cesaba de buscar aliados en el continente; caía Pitt para que Fox, que no se había creado las antipatías que él, reuniese más voluntades, principalmente entre los ofendidos, y, sobre todo, se habían interrumpido las negociaciones de que Godoy esperaba sacar un fruto personal que Izquierdo le había hecho considerar ya como maduro y digno de sus elevadas aspiraciones. El enojo del valido había estallado con tal violencia, que hasta el mismo Izquierdo había sentido sus efectos, habiendo de humillarse hasta las adulaciones más bajas y las protestas más bochornosas para recuperar su gracia. Pero como Napoleon se hallaba más alto y era necesaria mucha cautela para hacerle blanco de sus iras, Godoy se dedicó al trabajo de zapa, creyendo con tiempo y perseverancia llegar á minarle, para, en ocasion oportuna, destruir toda su grande obra, la á que ya se le veía caminar, el imperio de Occidente.

Y tan acertado estuvo Godoy en la eleccion del momento en que habría de hacer estallar la mina, aunque cubierta de una capa densísima de anfibologías indescifrables y de misterios verdaderamente eleusiacos, que al sentir, como eco lejano y nada aterrador su explosion, el Emperador se hallaba ya en Berlin vencedor en dos grandes batallas simultáneas y conquistador en pocos dias de toda la monarquía prusiana.

Ese trabajo de zapa tenía que ser lento, y por eso creemos que Godoy debía hallarse ya ocupado en él á la fecha de las tres comunicaciones á que hemos aludido, y cuyos principales párrafos vamos á poner inmediatamente en conocimiento de nuestros lectores.

La primera es del 6 de Marzo de 1806, y, despues de pintar á Godoy la situacion de las tropas del Campo, la misma de siempre, respecto á abrigos, dice el general Castaños: «Continúa el sistema establecido con Gibraltar por si no hubiesen variado las ideas, y que en tal caso pueda tratarse cualquier asunto sin la menor sospecha; pero hasta ahora no ha parecido sujeto alguno de los indicados, y esta franqueza con precaucion ha sido muy útil para el ejército, que, sin los socorros de nuestras, la mayor parte al fiado, que se han sacado

»de aquella plaza, hubiera experimentado extrema
»necesidad. El gobernador Fox está muy contento
»con la entrada de su hermano en el Ministerio, y
»confía en que el sistema que éste adoptará podrá
»proporcionar la paz...»

La segunda es del 12 de Junio, y, entre otras cosas, dice: «El general Fox me avisa en la adjunta
»carta su salida para Sicilia, habiéndosele conferido
»el mando en jefe de las tropas británicas en el
»Mediterráneo... El mayor general Drummond queda
»mandando en Gibraltar durante la ausencia de
»Fox, que no cree será muy larga, según indica
»su carta; pero no se ha verificado la salida de esta
»guarnición del regimiento suizo de Roll, ni se
»piensa en disminuir la fuerza de su guarnición.»

Ni antes ni después de estas comunicaciones, que sólo revelan que aún no se había desistido del todo del propósito contra Gibraltar, ni entre ellas tampoco, se encuentra despacho alguno del príncipe de la Paz por el que pudiéramos saber si es que había ó nó cesado en sus proyectos, ó si es que Castaños lo ignoraba por no continuar manifestándoselos. No hay en ellas, como antes indicamos, alusión de ningún género á Navarro ni á Martí; de modo que lo mejor que podemos suponer es que en Madrid no se acordaba ya nadie de Gibraltar ni de Castaños. Porque en su tercera carta, este general comienza por disculpar su largo silencio. Es ya del 18 de Diciembre, y la copiamos casi íntegra por lo significativa para comprender cuál era el estado de nuestras relaciones con los ingleses, aún cuando tan lejano todavía y preñado de sucesos nada favorables para la paz se hallaba aquel DOS DE MAYO que había de fundir en uno los intereses hasta entonces tan diversos de España y de Inglaterra.

Dice así: «Excmo. Sr.: Creo que el mayor obsequio que puedo hacer á V. E. es el de no molestarle con mis cartas cuando los asuntos que por aquí ocurren no sean tales que merezcan su atención, considerando también que las noticias que adquiero en Gibraltar las sabrá V. E. con más anticipación, no tratándose ya de las grandes expediciones al Mediterráneo con que pensaban los ingleses reconquistar la Italia. El general Dalrymple, que reemplazó al general Fox en Gibraltar, manifiesta más actividad y conocimientos militares que sus dos predecesores, y en el rigor de la disciplina militar quiere imitar al duque de Kent, por quien me ha sido recomendado: la casualidad me hizo conocerle la semana pasada, en que, habiendo ido á la Línea con los marqueses de Santa Cruz, se presentó cuando estábamos comiendo con el coronel Orell: manifestó más jovialidad y franqueza de la que es característica á los de su nación, y se extendió á tanto su atención, que se llevó á la plaza al marqués de Santa Cruz y esposa: al día siguiente

te le volví la visita en Puerta de Tierra y me enseñó las obras con que por aquella parte aumentan sus defensas: he observado que han sacado para Sicilia los regimientos en que había mayor número de irlandeses, y que en el día, los escoceses y la legión alemana de dos batallones componen la mayor parte de la guarnición: me manifestó que cuando salió de Inglaterra había esperanzas de que pronto dejaríamos de ser enemigos, pero ya conoce que en el día han variado mucho las circunstancias, y con arreglo á éstas y á las ideas que contra los ingleses manifiesta el emperador Napoleón, me parece será conveniente irlos encerrando en la plaza y cortando la comunicación que por los motivos que sabe V. E. se había conservado hasta ahora.

»En el día estoy muy tranquilo por lo que respecta al ramo de provisiones, habiendo tomado la Dirección los verdaderos medios para no padecer escasez: los regimientos trabajan á porfía en su instrucción, todos están contentos y anhelan el que V. E. les proporcione ocasiones de acreditar el espíritu de que están animados. Ruego á Dios guarde á V. E. muchos años.—Algeciras, 18 de Diciembre de 1806.—Excelentísimo señor príncipe de la Paz.»

¡Qué injusticia la del general Castaños y qué patriotismo tan egoísta! ¡Cuando su ejército padecía escasez y tenía que tomar los víveres al fiado en Gibraltar, se aprovechaba de una comunicación exclusivamente debida á la política ó á la generosidad de los ingleses, y ahora, que vivía en la abundancia, trataba de irlos encerrando en su plaza!

Hasta esta circunstancia misma revela bien elocuentemente que se había cesado en los proyectos de reconquista tan calurosamente acogidos por Godoy en Noviembre de 1804 y con tanta perseverancia llevados hasta los primeros meses, si no hasta los últimos, de 1806.

No es fácil descubrir cuáles eran los medios con que se prometió á Godoy ejecutar la empresa á que tan patrióticamente aspiraba al enviar al campo al capitán Martí. Sólo se puede observar que se confiaba en la complicidad del coronel H... y del secretario militar del general Fox, pues bien claro vienen á decirlo las cartas en que tan repetidamente se les nombra y en que se deja ver la impaciencia con que se esperaba su llegada á Gibraltar. Algun petardista del género de Soriano se valdría de sus nombres para pintar como fácil la empresa, del mismo modo que el presidiario de Ceuta hacía escuchar el de Trigg; suponiéndola ha-cedera con la cooperación de personaje tan influyente.

VIII.

No seremos de los que acusen al célebre valido por acometer la reconquista de aquel hoy ominoso Peñon, y ántes ornato el más envidiado en el angosto boquete por donde comunican los dos mares de que la civilizacion ha hecho su principal vehículo. Lo que no pudo alcanzar el ejército franco-español durante la guerra de Sucesion en un asedio inacabable; lo que al derecho reconocido por un monarca inglés negó su omnipotente Parlamento; lo que parecía perderse para siempre al ver cómo ardían las flotantes del ingeniero D'Arzon, á pesar de que se consideraran como incontrastables, podría lograrlo un acto de audacia inesperada, una estratagema como tantas otras que han abierto las puertas de plazas más formidables quizás que la de Gibraltar.

Todo eso es cierto; y no ha de ser nunca reprehensible quien, impulsado por un celo siempre laudable, busque en la maña de los suyos ó la torpeza de los contrarios la fuerza que las circunstancias hayan podido arrebatarse á su patria. Ese camino está y estará abierto á los débiles despojados de lo que la naturaleza y el derecho les ha concedido. Pero no puede aceptarse que se emprenda ese camino sin seguridad de éxito, sin probabilidades, al ménos, de alcanzarlo en cuanto quepa en los cálculos de una prudencia que, de no acreditarse, ha de producir el descrédito de la nacion, responsable de hecho de los errores de sus hombres de Estado.

Lo que hemos dicho de Soriano, hemos de repetirle respecto á Martí ó á la persona que debió influir sobre él y sobre el príncipe de la Paz.

Se contaba con dos personas, de las que una, al ménos, se encontraba lejos de Gibraltar, y no sabemos si llegó á avistar la orgullosa columna. Debía, pues, haber pensado Godoy que, además de lo inverosímil de una complicidad tan fea en personas caracterizadas, no podía una de ellas ponerse de acuerdo con ellas fácilmente hallándose en Inglaterra, casi incomunicada entónces por la guerra. ¿Era tan fácil hallar en Calpe otro gobernador ó delegado suyo que hiciese lo que el nuestro de la provincia Tingitana había hecho once siglos ántes, llevado, más que por su deslealtad, por la ira del deshonor y el deseo de su reparacion?

Tan ineficaz, pues, como el primer proyecto era el segundo, y los resultados habrían de ser los mismos; un fracaso, que debía esperar todo hombre prudente, y la demostracion de la falta de habilidad en el que España tenía por centinela de su honra, colocado en la cima del poder con el favor de sus ofuscados monarcas.

La historia es y debe ser inexorable, si ha de enseñar, en sus juicios; y ninguna leccion más útil

que la de las desgracias, pues que la prosperidad deslumbra con su brillo á los más perspicaces y ciega á los que, influidos por el orgullo, remontan locamente su ambicion á regiones á que no les es dado alcanzar.

Por eso, aún siendo enojosa, hemos emprendido esta tarea que, además de producir el conocimiento de datos completamente ignorados, puede advertir de algun peligro á los hombres constituidos en poder en ocasiones parecidas á las que hemos desenterrado del misterio en que yacían.

IX.

Antes, sin embargo, de terminarla, hemos de llamar la atencion de nuestros lectores sobre el último párrafo de una de las cartas del general Castaños, la ya citada del dia 7 de Enero de 1805. En ella revela el ilustre veterano la penetracion militar que ya se le concedía en España y las altas dotes que despues habían de hacer universal su fama é impecederó su nombre.

«Ha muerto, dice, el gobernador de Ceuta D. Antonio Terrero, y tomo la libertad de insinuar á V. E. que en las actuales circunstancias es muy urgente que se nombre un sucesor muy escogido y que sin mucha dilacion pueda pasar á aquella plaza, que en el dia está á cargo del Teniente de Rey, que se halla en cama paralítico, reemplazándole el coronel del regimiento de Jaen, que tiene poca más aptitud, y ambos sin la energia y demas cualidades que requiere aquel delicado é importante mando.»

Cualquiera, al leer estos renglones entre las muestras del recelo que le inspiran las promesas temerarias de Soriano y las del deseo de que deje de sentirse en España el grave peso de la ocupacion de Gibraltar, comprenderá toda la importancia que daba Castaños á aquel otro promontorio que con el de la colonia inglesa divide el dominio del Estrecho por donde comunican el Océano y el Mediterráneo.

Y es tanta, con efecto, que bien puede asegurarse que supera en mucho á la que generalmente se ha concedido á Gibraltar, no contando con el borron que imprime á la dignidad nacional la ocupacion de un punto, por insignificante que fuera, del suelo patrio por el extranjero.

Cuanto se ha trabajado, y ha sido mucho, por neutralizar la influencia del Peñon, ha venido demostrando que no está en él precisamente el dominio del Estrecho; y si la navegacion al vapor ha servido á burlar en parte las dominaciones de uno y otro lado, á Ceuta y á Tarifa, no corresponden á Gibraltar la guarda y la vigilancia más inmediatas á las líneas que hayan de recorrer las escuadras en su paso de uno al otro de los mares que allí se comunican.

Por el año de 1863, y con motivo de tratarse del cambio de Gibraltar por Ceuta, cambio que halagaba á muchos, influidos, más que por la reflexion de sus ventajas, por un patriotismo digno siempre en los españoles, decíamos en «La Asamblea del ejército y armada»: «Frente á Gibraltar, en la costa opuesta de Africa, se levanta la segunda de las columnas que separó Hércules con sus robustos brazos para inundar con las aguas del Océano el vasto receptáculo que hoy cubren las del Mediterráneo, donde acaso florecieran naciones poderosas y ricas y populosas ciudades. Y como si la fábula encerrara el espíritu profético de los tiempos, éstos han venido á hacer de las dos columnas las atalayas y el refugio de los que por aquel angosto canal van á engolfarse en el inmenso piélago llamado por los antiguos *de las tinieblas*.

«Calpe y Avila, Gibraltar y Ceuta, son efectivamente dos robustas columnas desde las que se domina el Estrecho, columnas que miradas aisladamente son fuertes ó capaces de serlo en igual grado, y representan igual papel, y pueden hacer el mismo oficio para el navegante.

«Pero Ceuta lleva una inmensa ventaja á Gibraltar. Esta plaza se liga al territorio de un pueblo robusto por el número de sus habitantes, por su organizacion y por su cultura, que si por las vicisitudes que ha tenido que sufrir no ha podido hasta ahora recobrarla, la hará suya en época no remota, porque lo desea con vehemencia al par que crece en fuerzas y riqueza y que se regenera de la decadencia en que se hallaba sumida al perder tan preciosa joya. No hay que perder de vista lo que anteriormente hemos indicado; esto es, que lo que aumenta en poder España disminuye Gibraltar en influencia, á tal punto y en proporcion tal, que ni la plaza inglesa sería hoy inexpugnable, ni su fondeadero y muelles podrían ofrecer seguridad á las escuadras contra un ataque vigoroso cual el que nuestro país pudiere verificar, unidas como están las voluntades en este patriótico asunto.

«Los ingleses han visto los arranques generosos que ha dado la nacion para la guerra de Africa, han debido observar la agitacion producida por palabras que han pasado por amenazadoras entre las masas del pueblo, y deben saber que su orgullo y actos análogos al de la presa de Gibraltar han hecho tan poco simpática la alianza con la Gran Bretaña, como popular es la guerra con los moros, y reservada y condicional la amistad con la Francia.

«En Ceuta, los ingleses tendrían en poco tiempo un establecimiento cual les importa tener cerca del Estrecho, mucho más desahogado que Gibraltar, más tranquilo, en territorio que siempre ha de estarle aliado y ofreciéndole en todas ocasiones

los medios necesarios para mantenerse y las probabilidades de una ocupacion permanente.»

.....
«Pero ¿convendría á España ceder Ceuta ó las Chafarinas en cambio de Gibraltar?

«Hé aquí un punto de la mayor gravedad en la discusion de los intereses de España. Muchos hay que abogan por el cambio, no pocos que lo desaprobarían, y nosotros somos del número de los últimos. Al obedecer al impulso violento de la ira que produce la desmembracion de la Península, y al de la vergüenza que siente todo español al ver sobre una roca española ondear un pabellon que no ostenta los leones y castillos en su escudo, todo sacrificio se hace pequeño y no se mira más que á la satisfaccion del momento; pero si se considera el desarrollo que van adquiriendo en España la poblacion y la riqueza, el estado sólido de organizacion que va rápidamente obteniendo y las fuerzas que vamos ya ostentando, hay que pensar en un porvenir de grandeza que en vano se trata de impedir, y que bien ó mal de su grado han de ver muy pronto amigos y enemigos.

«Entónces lamentaríamos ó lamentarían nuestros hijos ese cambio; pues que comprenderían que para aquella época habría caído en su poder la plaza de Gibraltar, y encontrarían en la que se hubiese cedido un obstáculo poderoso á su engrandecimiento.

«Esperemos sin impaciencia, unidos en voluntad y resueltos á obrar enérgicamente cuantos esfuerzos sean necesarios; que vean los extranjeros que en esta tierra, aun *siendo la gente en todas edades valerosa, magnánima y de levantados y nobles pensamientos*, como la llama Dunham, y sintiendo, como tal, el despojo cometido por sus compatriotas los ingleses, no cede á impresiones del momento, y estudia y calcula lo que puede convenirle.

«La plaza de Gibraltar no podría ser, en una guerra con la Gran Bretaña, una base sólida de operaciones contra nuestro país, porque su capacidad no es suficiente para albergar un gran ejército, y porque aun el pequeño que pudiese contener, ni saldría de sus murallas por el temor de verse asaltado en el país áspero que se encuentra al frente, ni podría mantenerse dentro de ellas por la dificultad de proveerse de víveres y por la facilidad de que se desarrollara entre los habitantes y las tropas una epidemia que las destruyera. En la guerra de Sucesion, Gibraltar estuvo casi constantemente sitiada por españoles y franceses; pero cuando los aliados se enseñorearon de la mayor parte de España, ésta se vió invadida en muchas direcciones y Felipe V á punto de abandonarla para siempre, no pensaron siquiera los ingleses en

»acometer desde Gibraltar las provincias meridionales. En la guerra de la Independencia, esta plaza sirvió de abrigo á los pequeños ejércitos que despues de operar en la Serranía de Ronda y á espaldas de los sitiadores de Cádiz tenían que retirarse y abandonar sus incesantes ataques, pero nunca de base de operaciones en grande escala.

»De donde han de venir siempre los ingleses cuando quieran ofendernos dentro de la Península es del Portugal, como es natural militarmente hablando, y como ha probado la experiencia.

»De todos modos, saben los ingleses que en un conflicto europeo la nacion española no haría nunca alianza con ellos sin la entrega prévia de Gibraltar, y que, siendo enemiga, había de serle muy adversa la fortuna para que fuese popular una paz sin la devolucion de aquella plaza.

»Además, si hoy el poder marítimo de la Inglaterra no conoce rival en el mundo, ¿sería difícil que, á consecuencia de nuevos descubrimientos en el arte de combatir en la mar, ó por efecto de atenciones perentorias en otras regiones, ó al impulso de un huracan, desapareciera, aunque fuese temporalmente, su supremacía en el Mediterráneo? ¿Qué tardaría entónces en ser nuestro Gibraltar?»

Posteriormente no ha habido más que motivos para que nos ratificáramos en esas opiniones, apoyadas tambien por los oficiales más distinguidos del ejército. Los trabajos del Cuerpo de Ingenieros y los informes de la Junta consultiva de Guerra en los diferentes periodos de su existencia han venido confirmándolo.

Había un hombre en España cuyo celo no conocía límites, aguijon punzante é infatigable para no permitir ni aun la menor dilacion á los oficiales de aquella arma en las varias comisiones á que este asunto ha provocado, alma á la vez, como su presidente, de la corporacion últimamente citada. Ese hombre, que no es otro que el inolvidable marqués del Duero, de tan gloriosa como triste memoria, pensó, se agitó, y hasta creemos que soñaba con la generosa idea de acabar con la influencia de Gibraltar en el Estrecho. No le satisfacía la inspeccion de los mapas ni la de los planos levantados con el pensamiento de ilustrarle en su voluntaria y á veces oficiosa tarea; no le bastaban la lectura y el estudio de cuantos escritos le ofrecían los que en su derredor debían secundarle, y se resolvió, por fin, sin mandato oficial alguno, sin más oportunidad que la constante de su anhelo patriótico, á visitar y recorrer los lugares mismos, y meditar sobre las excelencias y defectos que ofrecieran para la defensa del Estrecho y habrían de decidir la cuestion. Y desde el Hacho de Ceuta dirigía al Gobierno estas, que, si la memoria no nos es infiel, pues que

las escuchamos despues de sus labios, son sus mismas palabras: «Que se envíen á Ceuta cuantos morteros existan en los parques de la Península, ó no sean de precisa necesidad en las plazas, y el dominio del Estrecho será, como debe serlo, de España.»

Vemos, pues, que en nuestra patria ni ántes ni ahora se ha dado al olvido una cuestion que entraña tantas otras de dignidad nacional, de influjo legítimo y de equilibrio general europeo, pues que su desenlace será la señal de nuestra regeneracion militar y política, tan necesaria como para España, para muchas naciones del mundo. Si como fueron patrióticos, y no le escaseamos nuestros elogios en ese punto, hubieran sido los propósitos de Godoy dictados por la prudencia que debe caracterizar á los hombres de Estado; el descubrimiento de los interesantes papeles que han servido para este escrito habría sido para él un título indisputable de gloria. No lo fueron, y, por el contrario, estuvieron á punto de comprometer, no sólo la reputacion de un general ilustre, á quien despues de todo se hubiera atribuido trama tan grosera como la con que se pretendía la reconquista de Gibraltar, sino que tambien la fama de una nacion que habrá podido ser inducida á no pequeños errores, pero que nunca ha desmentido la de lealtad en sus procedimientos de politica exterior.

Recaigan, pues, en quien correspondan todas las responsabilidades que del hallazgo de distintos datos sobre la intentona de 1804 contra Gibraltar pudieran exigirse á las personas dignísimas que en ella parecían intervenir, y que cuatro años despues eran los primeros en abrir el abismo en que iban á hundirse las ambiciones y las glorias del primer imperio frances.

JOSÉ GOMEZ DE ARTECHE.

LA REORGANIZACION DEL EJÉRCITO INGLÉS.

La opinion pública en Inglaterra se preocupa mucho de los progresos de las fuerzas militares en otros países. A nadie escapará que este grande ardor militar coincide con un importante asunto exterior, el del canal de Suez. Esta circunstancia presta ancho campo á las imaginaciones novelescas: ¿no es claro que Inglaterra se prepara para la primavera? La cuestion de Oriente estalla; conflagracion general y apoteosis final... Pero dejemos todas estas hipótesis en lo que valen, porque lo más seguro y útil es estudiar sencillamente, y en ellos mismos, los planes de reforma; demostrar las lagunas que deben llenar en la organizacion anterior, y por consiguiente, apreciar su valor real en caso de guerra.

I.

No se crea que vamos á remontarnos hasta el Diluvio; pero para comprender la cuestion es necesario al ménos examinar en su conjunto el movimiento de trasformacion que se manifiesta en el ejército inglés desde la gran guerra franco-prusiana de 1870. Seguramente el ministerio de Mr. Gladstone representaba una política esencialmente pacífica, exclusivamente ecocómica; sin embargo, durante el reinado de la escuela de Manchester, es cuando Mr. Cardwell, jefe del *War-office* ha empezado la reorganizacion del ejército inglés, segun los principios modernos.

Todo el mundo conocía la abolicion del *Purchase system*; hasta entónces, los grados del ejército eran cargos vendibles; comprábase un empleo de capitán ó de coronel, casi como se compra todavía en Francia el cargo de notario ó agente de cambio. El mismo sistema pecuniario se extendía á oficiales y soldados, pero en sentido inverso: los primeros pagaban el honor de mandar; los segundos eran pagados para servir: enganchábanse por dinero constante, mediante ciertas ventajas formalmente estipuladas de sueldo y de pension. El regimiento era para el mismo soldado una propiedad, hasta el punto de no poder ser trasladado de un puesto á otro, teniendo derecho á servir veintiun años, salvo el caso de indignidad, y al cabo de este tiempo á la percepcion de retiro.

Mr. Cardwell ha suprimido la compra de grados, lo que no ha dejado de levantar vivas protestas por parte de los interesados, que han resistido durante mucho tiempo ante la comision parlamentaria encargada de liquidar las indemnizaciones. Si recordamos esta resistencia, es porque encontraremos más adelante igual oposicion á todas las reformas que se rozan con los intereses privados. Sin embargo, en cuanto á los grados, la cuestion está definitivamente resuelta.

No se han detenido aquí las reformas de Mr. Cardwell, sino que han penetrado por muchos puntos á la vez en el viejo edificio del ejército británico, restando, sin embargo, las bases fundamentales, conservando los cimientos seculares. La duracion del servicio militar para los soldados, la organizacion de las reservas, la administracion del reclutamiento, la fundacion del estado mayor; todos estos importantes ramos han sido objeto de graves reformas. El movimiento no se ha detenido por haberse retirado Mr. Cardwell con el ministerio Gladstone á principios de 1875. El nuevo ministro de la Guerra, Mr. Gathorne Hardy, ha continuado en el mismo camino, como lo demuestran los planes publicados por el *Times*. Aunque el gabinete de Mr. Disraeli, en razon de su programa conservador, se abstiene de

toda innovacion, sin embargo, se ve obligado, al ménos en lo concerniente al ejército, á seguir las huellas de su antecesor, diferenciándose de Mr. Gladstone en que pretende que Inglaterra tome parte activa en la política general de Europa. Como en este mundo, y sobre todo en esta época, las naciones solamente se diferencian en el peso de la espada que pueden echar en la balanza, comprende que, á pesar de la oposicion de los principios, el ministerio actual ha recogido pura y simplemente la herencia militar de un adversario y trabaja para aumentarla.

Por lo demas, el mecanismo de la direccion del ejército en Inglaterra permite las grandes empresas y la continuidad de las reformas, á pesar de la movilidad de los acontecimientos parlamentarios. Sabido es que el mando está separado de la administracion, encontrándose ésta en manos de un miembro del gabinete responsable ante el Parlamento; el secretario de Estado del *War-office*, es un personaje político, extraño algunas veces á los asuntos militares propiamente dichos; en esta situacion se encuentra Mr. Hardy, que no pertenece al ejército. La direccion técnica del ejército inglés está á cargo de las oficinas de los *horse-guards*, bajo las órdenes de un jefe permanente, que en la actualidad es el duque de Cambridge, hijo de la reina Victoria. Los dos subsecretarios de Estado de la guerra tienen el mismo carácter: uno está agregado al *War-office*, se elige del Parlamento y sigue la suerte del ministerio; el otro, que forma parte del ejército, ocupa su puesto en permanencia.

Á pesar de este doble mecanismo, no escapa el ejército á la intervencion de las Cámaras. Estas votan anualmente el presupuesto militar, que no se fija de antemano, como se hace en otros países, por cuadros y efectivos permanentes. El ministro mismo, por la distribucion de los créditos y la comprobacion, tiene en su mano la facultad de provocar todas las reformas que concuerdan con la política general del gabinete.

Compréndese, sin embargo, que estas mismas reformas, una vez iniciadas por un ministerio, no sucumben necesariamente con el mismo; que la accion permanente de los *horse-guards* puede sostenerlas y llevarlas á cabo. Pero tampoco debe exagerarse: en Inglaterra, como en todas partes, las oficinas especiales no brillan precisamente por el espíritu de progreso. Los criticos ingleses han acusado con justicia á la administracion militar francesa por sus costumbres rutinarias, y los franceses pueden devolverles las criticas. Solamente bajo su enérgica presion, la opinion pública se ha abierto paso en el Parlamento, y trasmitiéndose por el *War-office*, se han decidido los *horse-guards* á *revisar* la constitucion del ejército, sobre todo, en lo que les concierne á ellos mismos. Hé aquí lo que se lee en un

número del *Times* de Octubre de 1875: habla un corresponsal militar: «Se me ha preguntado quién realizaba en Inglaterra el trabajo del estado mayor general. He tenido que contestar que algunas cuestiones, poco numerosas en verdad, las tratan nuestros departamentos de instruccion; otras quedaban al cuidado de los empleados del departamento de la guerra; otras confiadas á los oficiales de los *horse-guards*, á quienes agobia su trabajo de oficina; otras quedan esperando, y, en fin, considerable número se encargan á comisiones irresponsables, cuyos miembros, completamente ignorantes de los asuntos que debían tratar, deciden bien ó mal, y las decisiones se archivan, se desprecian y se olvidan.» Ahora no puede repetirse aquello de: Verdad al otro lado de la Mancha, error aquí. Desgraciadamente, sobre este asunto, la verdad es sobre poco más ó menos igual en todas partes.

II.

El ejército inglés se compone de tres elementos; las fuerzas regulares, las milicias y los voluntarios.

Hasta estos últimos años, estos tres elementos estaban completamente aislados, teniendo cada uno su organizacion especial.

En 1868, al principio de las reformas, el ejército regular, propiamente dicho, contaba un efectivo de 87.000 soldados, con una reserva insignificante de algunos millares de hombres. Lo que primeramente llama la atencion, es la desproporcion del número de 87.000 hombres con el de la poblacion inglesa, que se eleva en el Reino-Unido solamente á cerca de 32 millones de habitantes. Verdad es que Mr. Hardy ha dicho orgullosamente en el Parlamento que las escuadras de Inglaterra valen por un ejército de 300.000 hombres; pero el accidente del *Wanguard*, ¿permite tomar al pié de la letra esta afirmacion? Esta catástrofe ha provocado hasta en la misma Inglaterra graves reflexiones sobre la fragilidad de los grandes armamentos marítimos. En segundo lugar, se observó que estos 87.000 hombres de ejército regular, reclutados por enganche voluntario, costaban la cantidad, relativamente enorme, de 345 millones de francos por año; tenían derecho á ventajas pecunarias, cada vez más considerables, á medida que aumentaba en la industria el precio de la mano de obra; porque el oficio de soldado es realmente entre los ingleses una industria asalariada que hace la competencia á las grandes fábricas, y que, á su vez, sufre la competencia de éstas.

La extension del comercio británico, las *Trades-unions*; sin contar la creciente emigracion de Irlanda, han hecho aumentar la tasa de las pagas de los mercenarios militares, de la misma manera que la de los mercenarios civiles.

La calidad de los sujetos rebajaba en la misma razon de la cantidad disponible. Wellington contestaba ya en el Parlamento á los que, á ejemplo de Francia, querían suprimir los castigos corporales en el ejército: «No pueden hacerse comparaciones: en Francia el ejército es la flor de la poblacion, y en Inglaterra es el deshecho.» Posteriormente, el duque de Cambridge en una reunion de comerciantes notables, ha pronunciado estas significativas palabras: «El buen sentido debe hacernos comprender, que si no pagamos un artículo en lo que vale, no nos lo darán. Ved lo que pasa en vuestros establecimientos comerciales. ¿Acaso no han aumentado sensiblemente todos vuestros gastos? ¿Acaso no se ha elevado el precio de todos los artículos? ¿Cómo no ha de suceder lo mismo en todo lo que se refiere á los asuntos militares? No tendremos hombres sino los pagamos mejor. Dícese que no nos procuramos hombres realmente aptos para el servicio; dadnos más dinero, procuraremos buscarlos y los encontraremos.»

Hacemos plena justicia de las cualidades excelentes y de la solidez de que el ejército de Inglaterra ha dado pruebas desde Waterloo hasta la guerra de Crimea; pero es evidente que la recluta por dinero no concuerda bien con las virtudes militares propiamente dichas; que los sargentos reclutadores solamente pueden enganchar á los más pobres y los más ignorantes, á los pobres diablos colocados en la última capa social. Bajo el punto de vista del valor moral, ¿cuánta inferioridad si se compara con los principales ejércitos de Europa que se reclutan por el servicio obligatorio en todos los rangos de la nacion y que vienen á representar la clase media!

Pero en esto, como en todo, lo primero que impresionó á los hombres de Estado ingleses fué el punto de vista material. Cuando los ejércitos de las demas naciones tenían ya fuertes reservas, que les permitían, en caso de guerra, duplicar y á veces cuadruplicar sus efectivos, el de Inglaterra, tan reducido ya por sí mismo, no tenía medio alguno para aumentar su fuerza, y no podía decir como la Medea de Corneille:

Yo sola, y basto.

En 1868 se empezó, pues, á buscar de qué manera sería posible constituir las reservas de las tropas regulares.

Los voluntarios estaban fuera de la cuestion, porque se reclutan exclusivamente por iniciativa privada. La única condicion para que una compañía ó un batallon tenga existencia legal, es la de reunir un determinado efectivo mínimo de *eficientes*. Dáse este nombre á los voluntarios que han recibido certificacion de aptitud, otorgada por los oficiales inspectores. Los *eficientes* reciben una subvencion

anual de 37 á 50 francos. Además, la Sociedad nacional del Tiro, fundada en 1860, un año despues de la reorganizacion de los voluntarios, colocada bajo el patronato del general en jefe del ejército, tiene por objeto servir de lazo de union entre los voluntarios, asegurar su permanencia y ejercitarlos en el manejo de las armas de fuego. El premio del tiro, á veces de considerable valor, tiene mucha importancia en Inglaterra. Entre los ingleses el honor y el dinero no son antitéticos, sino que concuerdan y armonizan perfectamente. Así, pues, los premios de la Sociedad nacional se elevaron en 1873 á 34.000 francos, y en el año que acaba de transcurrir se distribuyeron por valor de 16.750 francos á los artilleros voluntarios reunidos en el campamento de Schoeburness.

Sin embargo, por el mismo principio de la institucion, que está libre de toda intervencion, de toda prevision, los voluntarios solamente pueden tener un puesto muy secundario, el último completamente en la organizacion general del ejército. No sucede lo mismo con la *milicia*.

En principio, la milicia se gobierna por la ley de 1752, que establece la quinta, el *ballot*; pero anualmente suspende el Parlamento el efecto de esta ley, por cuya razon se recluta la milicia como el ejército regular, por medio de enganches voluntarios; éstos se contraen por seis años, con facultad de reenganche. La milicia es territorial en el concepto de que los regimientos corresponden á las circunscripciones administrativas de los condados. Los regimientos son 130 de infantería y 30 de artillería. La caballería, la *yeomanry*, tiene organizacion especial: en caso de guerra debe servir, bien al lado de los estados mayores, bien para reconocimientos.

Los regimientos presentan en sus efectivos grandes desigualdades: unos tienen 12 ó 14 compañías, otros solamente cuatro ó seis, segun la importancia de los condados.

Los enganchados reciben una instruccion preliminar de seis meses; además están obligados á ejercicios anuales, cuya duracion varía de veinticinco á veintiocho dias. Ordinariamente se les llama para las maniobras de otoño á los campamentos de instruccion, á Aldershot, por ejemplo.

La milicia tiene un estado mayor permanente de 5.000 hombres, que comprende desde los coroneles hasta los sargentos. Los personajes más elevados apetecen los grados; así, sir Ricardo Wallace es coronel del regimiento de artillería de Antrim.

El efectivo total, votado por el Parlamento, debe ser de 130.000 hombres, pero no llega á este número. En 1873 la milicia comprendía solamente 104.000 hombres; en 1874, 100.500, y en 1875, 102.500. El decrecimiento es sensible. En las reuniones de ejercicios es considerable el número de

los ausentes sin permiso, elevándose en 1874 á 40.500. El mismo año se dieron de baja en los cuadros 9.159 desertores. Además, la desercion y el enganche fraudulento son enfermedades endémicas del ejército inglés, consecuencia casi fatal del sistema de reclutamiento. Segun el informe del mayor general Taylor, inspector general de enganches, cuéntanse en los cuerpos regulares en 1874 más de 6.000 desertores; cerca de 2.000 volvieron de grado ó por fuerza á reunirse á sus banderas.

III.

Hasta aquí las reformas solamente han versado sobre puntos secundarios, y no han tomado verdadera importancia hasta que han querido hacer de la milicia la reserva del ejército regular. Para conseguir este objeto, Mr. Cardwell ha tenido que tocar á la vez á la organizacion de las tropas regulares y á la de la milicia. Estas dos fuerzas estaban completamente independientes y aisladas, y se han puesto en relacion mútua.

El servicio del ejército regular terminaba uniformemente á los veintiun años, pero una disposicion de 1870 ha establecido dos categorías, una llamada *servicio largo* y otra *servicio corto*.

El servicio largo comprende doce años; despues de este período, el enganchado, si ha demostrado buena conducta y aptitud, puede contraer nuevo compromiso por nueve años; total, veintiun años, como en la antigua ley; pasado este tiempo, el enganchado tiene derecho á la pension de retiro.

El servicio corto comprende tambien doce años, pero solamente seis en activo servicio y seis en la reserva. Puede tambien el gobierno mandar al enganchado á los tres años de servicio, y con su consentimiento, á la reserva, mediante un sueldo de 40 céntimos por dia.

Esta es la primera clase de la reserva. La segunda la forman los hombres de la milicia, quienes por premios pecuniarios se obligan á formar parte del ejército activo en caso necesario.

De estas dos clases de reserva, una solamente, la segunda, ha podido producir ya algun efecto. La milicia cuenta con unos 28.000 de la reserva. La segunda, la que debe salir del ejército regular, empezará este mismo año, 1876, á producir sus primeras consecuencias. La facultad de pasar á la reserva, despues de tres años de servicio activo, solamente la han aprovechado 7.000 hombres.

Como, por otra parte, la generalidad de los enganchados se comprometen para el servicio corto, será necesario, para mantener los efectivos del ejército activo, para colmar los huecos que quedan por los que pasan á la reserva, que la recluta aumente en grande proporcion en lo sucesivo; es decir, en unos 30.000 hombres por año.

Ahora bien, el informe del mayor general Taylor manifiesta que en 1874 solamente se engancharon unos 20.000 hombres. De aquí las inquietudes bastante fundadas que inspira el resultado de las nuevas leyes de recluta. De aquí el llamamiento del duque de Cambridge al bolsillo de los contribuyentes para aumentar las ventajas pecuniarias del enganchado. Nada puede presagiarse con seguridad, pero la alarma es grande. Puede ocurrir muy bien que la preocupacion de constituir una reserva rebaje los efectivos del ejército regular; y si por otra parte este no tiene una reserva suficiente, ¿cómo atender á la creciente insuficiencia de sus efectivos permanentes? Esto es un círculo vicioso.

En todo caso, Mr. Hardy aprovecha la experiencia del pasado y las esperanzas del porvenir. El informe del mayor general Taylor da para 1.º de Enero de 1875 un efectivo mayor de 178.000 hombres de tropas regulares, sin aumento notable del presupuesto de la Guerra. ¿Pero se sostendrá este efectivo? *That is the question.*

Otra medida, la más práctica y eficaz en nuestro concepto, ha consistido en reunir en el mismo sistema de recluta los tres elementos, hasta aquí separados y autónomos del ejército inglés: las tropas regulares, las milicias y los voluntarios.

A partir de Marzo de 1872, el territorio está dividido en setenta distritos de brigada. Cada distrito está colocado bajo una autoridad única; esta autoridad tiene á su cargo el depósito, el centro de incorporacion, vestuario, equipo, movilizacion para todos los que en el territorio del distrito forman parte, bajo cualquier concepto, del ejército nacional. Las circunscripciones de la artillería son ménos extensas; y la guardia, los ingenieros, los cazadores y la caballería continúan reclutándose en el conjunto del territorio. Pero fuera de los cuerpos especiales, todos los enganchados voluntarios del ejército y de la milicia están concentrados para su instruccion en los depósitos de brigada.

De esta manera la milicia ha perdido su carácter local; no está colocada bajo la direccion de los lores tenientes de condado, sino que se encuentra directamente bajo la mano del ministro de la Guerra.

La creacion de los distritos de brigada ha ocasionado considerables gastos, calculados, especialmente para los acuartelamientos, en 88 millones. Pero no puede negarse que no sea este un gran progreso; la organizacion de las fuerzas nacionales se encuentra muy simplificada.

Tambien deben tenerse en cuenta los progresos materiales. La industria inglesa que dispone de un herramental tan perfeccionado, que ocupa el primer puesto en el mundo, no podía ménos de asociarse á este gran movimiento de reforma; por su parte ha reformado todo el armamento de los arsenales. La

infantería ha recibido un fusil moderno, el llamado Henry-Martini, del que se hacen grandes elogios y que parece es la última palabra del arte. Todos conocen, al ménos de reputacion, el magnífico establecimiento de Woolwich, cuartel general de la artillería, que á la vez es fábrica, arsenal y centro científico de instruccion. Estos talleres han quitado á la fábrica Krupp el honor de haber fundido el cañon más grande de los tiempos antiguos y modernos, el cañon monstruo de 81 toneladas. Los *hijos de Woolwich* son legendarios; llámense así las piezas de 35 toneladas. Los calibres adoptados para el ejército son dobles; la pieza rayada de 16 libras y la de nueve. Estas piezas, al contrario de las universalmente adoptadas, se cargan por la boca. En vista de los incontestables resultados obtenidos por la carga por la recámara, ¿no podría dudarse de la eficacia de los experimentos, antiguos ya, que han hecho mantener la carga por el ánima? A las objeciones recientemente formuladas en el Parlamento, Mr. Hardy y lord Cecil, director general del material, han contestado que los gastos ascienden ya á 105 millones: ¿cómo puede ser defectuosa una artillería que cuesta tan cara?

Sea lo que quiera de esto, los cuadros comprenden 720 piezas de campaña, servidas por un efectivo nominal de 35.000 hombres y de 13.500 caballos; pero no deben estar todas las baterías en situacion de servicio; al ménos en el mes de Agosto pasado, lord Elcho demostró en el Parlamento que en Inglaterra, prescindiendo de las Indias, la artillería, con los medios reales de que dispone, no podría poner en batería 120 piezas.

Avanzando cada vez más la reforma, ha llegado hasta la cabeza misma del ejército, hasta el estado mayor. Por experiencia sabemos que este es el punto más difícil.

La escuela de estado mayor de Sandhurst, *Staff-college*, ha sido reorganizada dos veces, en 1870 y en 1874; aunque la escuela está abierta indistintamente á todos los oficiales que llevan cinco años en el grado, parece que la duracion de los estudios, fijada en dos años, así como las condiciones de residencia, más reducida aún, no son suficientes para formar un cuerpo escogido. Pero los resultados no son apreciables todavía, y se comprende que el sistema adoptado por generales tan entendidos, tan prácticos como sir Garnet-Wolseley, el jefe de la expedicion contra los Ashantees, inspire bastante confianza en Inglaterra.

Entre las modificaciones en práctica, existe una muy importante; la creacion en los *horse-guards* del servicio llamado de informes. A medida que se preocupan más de reorganizar el ejército, se ha comprendido mejor la necesidad de reconcentrar en un trabajo general tanto los estudios como los efectos

obtenidos; ó lo que es lo mismo, establecer un estado mayor general. Han tomado por modelo el de Berlin, pero muy de léjos. «Nuestro departamento de informes, decía el *Times* en Octubre de 1875, es el embrion de un estado mayor constituido en condiciones completas; como todo el resto de nuestro ejército, se reduce á lo estrictamente indispensable en tiempo de paz.»

El nuevo servicio chocó al principio con grandes dificultades; ¿cuáles eran exactamente sus atribuciones y funciones? Los partidarios del estado mayor burocrático y expedientero querían reducir el *Intelligence department* á la simple confeccion de planos y á trabajos de traduccion. Hubo dificultades y dilaciones; para conjurar la mala voluntad de las oficinas, que en todas partes son lo mismo, tratóse de confiar el servicio de informes al *War-office*; pero el *War-office* es más bien administrativo que militar, y Mr. Hardy ha restituido, pues, este servicio á los *horse-guards*, bajo la direccion inmediata del cuartel maestre general, quien está encargado de la vigilancia general y de la distribucion de las tropas en el territorio. Poco á poco quedó definido el verdadero papel del *Intelligence department*, que consiste en preparar el plan de movilizacion de las fuerzas nacionales para todas las eventualidades, bien en caso de invasion, bien en la hipótesis de una guerra exterior, de una expedicion sobre el Nilo, por ejemplo.

Hasta ahora, uno de los mayores defectos de la organizacion emprendida consistía precisamente en la falta de toda prevision práctica de la guerra; se constituía exclusivamente para la paz, medio excelente para dejarse sorprender y batir, casi sin defensa.

El *Times* señala con justicia este defecto: «Hasta 1873, los cuidados y gastos prodigados en detalles, aún suponiendo que cada reforma fuese eficaz, no han conseguido otra cosa que poner al país en el estado de un hombre que, queriendo acumular fuerza material para un gran edificio, examina cuidadosamente la calidad de las piedras y maderas; entra en minuciosos detalles, pero olvida confiar á un arquitecto el levantamiento del plano del edificio que quiere habitar. En suma, aunque poseemos un ejército regular, voluntarios de todas armas y hasta reservas de cada categoría, si repentinamente hubiese habido que hacer frente á una amenaza de invasion, ninguna de nuestras diferentes fuerzas nacionales hubiese sabido lo que tenía que hacer. Lo primero que es indispensable para la verdadera defensa nacional en estos tiempos de advertencias repentinas y de golpes rápidos como el rayo, es saber exactamente lo que puede hacerse con las fuerzas defensivas de que dispone la nacion.»

Este es el trabajo que cierra, al ménos hasta ahora, la serie de reformas del ejército inglés.

IV.



La revista oficial militar, el *Army List*, publicó en su número de Diciembre el plan de movilizacion elaborado por el *Intelligence department*. Compónese de dos cuadros; el primero se refiere al ejército activo, y el segundo á las tropas de guarnicion; el último capítulo resume arma por arma la distribucion de las tropas regulares, bien en las guarniciones, bien en las formaciones nuevas de cuerpos de ejército.

La creacion de cuerpos de ejército es la parte esencial del plan de movilizacion. Hemos mencionado los distritos de brigada; este era el primer ensayo de fusion, al ménos para la recluta, entre el ejército activo y la milicia. El cuerpo de ejército completa esta fusion en caso de guerra; porque comprende, en proporciones diversas y con una sola excepcion, las fuerzas regulares y las milicias de las mismas circunscripciones territoriales.

El *Times* ha estudiado detenidamente la cuestion, encargándose de enunciarla, de explicarla, no solamente á los ingleses, sino tambien al mundo entero, y sus artículos pueden considerarse como los preámbulos que suelen acompañar á los proyectos de ley. No podemos hacer nada mejor que reunir estos comentarios para dar á los lectores completa iden del plan de movilizacion.

En principio, dice el *Times*, el ejército debe recibir gran cantidad de milicia; de otra manera sus efectivos serían totalmente insuficientes. De los ocho cuerpos de ejército cuya formacion se anuncia, cinco están organizados por una verdadera amalgama, que recuerda, hasta cierto punto, los de la primera república francesa. Solamente el primer cuerpo se compone de fuerzas regulares; el segundo comprende ya una tercera parte de milicianos. De esto resulta que Inglaterra solamente dispone de un verdadero cuerpo de ejército como única fuerza para responder á los peligros urgentes interiores, bien para intervenir en breve plazo más allá de las fronteras en una guerra continental. Porque en principio, siguiendo la ley de 1873, la milicia no puede ser llamada á servir fuera del reino.

El cuerpo de ejército, comprendidos todos los servicios, debe contar un efectivo de 36.008 hombres, 10.500 caballos, 90 cañones y 1.400 furgones: damos números redondos. Se forma en tres divisiones de dos brigadas cada una. El *Times* explica detalladamente, y con razones técnicas, cómo son superiores las tres divisiones al sistema de dos adoptado por Prusia y por la mayor parte de los ejércitos europeos; pero nosotros creemos que sobre todas estas razones está la de que el sistema de dos divisiones cuadraría mal con la proporcion de

milicianos y soldados regulares que constituye el cuerpo de ejército inglés.

Adoptado el cuerpo de ejército como unidad fija de movilización, nada tan sencillo como asignar á la milicia sus centros de reunión. Pero el ejército regular cambia frecuentemente de guarniciones; ¿cómo mantener la integridad del cuerpo de ejército á pesar de estos cambios? Los ingleses han renunciado desde luego á la idea de reunir las tropas á gran distancia, habiéndoles servido de lección el ejemplo de los franceses en 1870. Así, pues, han decidido que las órdenes de movilización no serían, en cierta manera, personales á tal regimiento, sino que se dirigirían á la guarnición ocupada por el regimiento: si éste cambia, el que lo reemplaza recibe la orden.

El expediente parece, sin duda, ingenioso, pero tiene sus inconvenientes. ¿Cómo podrán continuar los jefes de cuerpo la instrucción de la tropa? ¿No queda disminuida la responsabilidad del mando superior por el movimiento de todas las guarniciones del reino? Además, no será muy fácil conservar en el cuerpo de ejército el efectivo de las tropas regulares determinado por el plan primitivo, pudiendo producir graves equivocaciones estos perpetuos cambios.

Obsérvanse en los cuadros de la *Army-List* lagunas bastante numerosas; las tropas actualmente organizadas no llenan el cuadro de los ocho cuerpos de ejército. El plan reemplaza las unidades ausentes por asteriscos; pero la realidad no se satisface con éstos, y cualquiera se preguntará cómo se llenarán estos huecos, puesto que los recursos de la recluta van en constante disminución.

Otras lagunas existen que el *Times*, á pesar de su entusiasmo, es el primero en reconocer. Por ejemplo, es evidente que los 720 cañones necesarios para armar los ocho cuerpos de ejército, en gran parte solamente existen en los arsenales. Para presentarles montados; equipados, provistos del número indispensable de sirvientes, se necesitarán aún muchos esfuerzos, dinero y tiempo. Lo más difícil de improvisar hasta en Inglaterra, donde abundan los medios materiales, es la artillería.

¿Y los 1.400 furgones de la administración militar? Hé aquí una gran impedimenta, aún admitiendo que estén completos. Una fila de 1.400 carruajes ocupa en un camino 16 kilómetros de longitud. ¿Estará condenado el ejército movilizado á arrastrar con él convoyes de tales dimensiones? En este caso será imposible realizar cualquier concentración por poco importante que sea. La dificultad consiste en que el soldado inglés está acostumbrado á un bienestar relativamente superior; este bienestar es un atractivo, una condición de su enganche. Si se suprime, debe esperarse que disminuya más aún el número de

reclutas. ¿Y cómo conservar estas comodidades relativas sin suministrar á la administración militar los gravosos medios de aprovisionamiento que reclaman? Además, no es en las expediciones coloniales de las Indias ó de Africa donde el ejército inglés puede haberse acostumbrado á vivir á la ligera, el *Selbstbewirtschaftung*, que los alemanes han imaginado en tiempo de guerra y que todas las naciones se han apresurado á imitar.

Añadamos, para completar este estudio del plan de movilización, algunas palabras sobre el ejército de guarnición. Este comprende dos comandancias distintas para toda la extensión de las costas, especialmente para los cinco puertos. Se han acumulado los medios de defensa alrededor de Londres, no solamente por ser la capital, sino también para la custodia de los grandes establecimientos militares reconcentrados en los alrededores: el arsenal de Woolwich, la única fábrica de pólvora de Vatham-Abbey y depósito general de pólvoras de Pirbright. Así, la artillería de plaza es distinta de la de campaña, estando dedicada á la defensa permanente de las numerosas y grandes obras de fortificación que Inglaterra ha construido, especialmente en estos últimos años, en las desembocaduras del Támesis y del Mersey.

Independientemente de cierto número de batallones regulares y de la milicia, el ejército de guarnición se compone en su mayoría de voluntarios. El *Times* cree que se puede contar con las dos terceras partes de los *eficientes*, es decir, cerca de 50.000 hombres. El reglamento, en caso de movilización, no impone la presencia en el cuerpo más que á la cuarta parte de los efectivos inscritos.

Dios nos libre de poner en duda el patriotismo inglés; sin embargo, parece que estas previsiones sin base cierta no están en relación con la gravedad del papel que se atribuye á los voluntarios. En este punto, el plan de movilización peca contra la primera regla del asunto, que consiste en no admitir más que números ciertos y no confiar más que en efectivos bien determinados de antemano.

V.

Si nos permitimos criticar en detalle las reformas que acabamos de exponer por su orden sucesivo, no es porque nos preocupe una idea preconcebida; al contrario, reconocemos toda su importancia y toda su utilidad. Evidentemente Inglaterra ha aprendido y comprendido, si no á costa suya, al menos á expensas de otro, la verdad del adagio: *Si vis pacem para bellum*. Presentando simultáneamente en un solo cuadro todos los cambios realizados en cinco años, hemos querido poner de manifiesto con claridad el alcance y el valor de los esfuerzos que Inglaterra ha realizado.

Pero, por otra parte, al leer atentamente los comentarios que el gran órgano de la opinión pública de los ingleses, el *Times*, acumula desde hace algún tiempo sobre las mismas reformas, parecemos descubrir en esas líneas un sentimiento análogo al del viajero que se cree llegado al término de sus fatigosas peregrinaciones y que lanza un suspiro de satisfacción.

El *Times* se manifiesta muy confiado y hasta entusiasmado por el plan de movilización ideado por el *Intelligence department*. Da á entender que la reorganización del ejército inglés está perfectamente terminada, que la obra es perfecta y que se puede descansar en ella con toda seguridad. Los publicistas que estudian la cuestión en el gran periódico inglés son demasiado inteligentes para no ver que el edificio presenta faltas y lagunas. Pero, según ellos, están echados los principales fundamentos, y solamente queda la corrección de detalles.

Esta disposición de espíritu se traduce por lo acerbo de las respuestas á aquellos que en la misma Inglaterra no participan de igual confianza. Así lord Grey, en una carta dada á la prensa, se ha permitido, aprobando el proyecto de movilización, declarar que sería grande ilusión creer que este proyecto deba suministrar á Inglaterra suficientes fuerzas defensivas y un buen servicio de campaña por parte de las tropas irregulares. El *Times* llama á esto una paradoja; siendo así, añade, el plan de movilización no valdría el papel en que está escrito.

Esta contestación nada tiene de tónica. No se ataca al proyecto del *Intelligence department*; éste tiene un valor incontestable, tanto más evidente, cuanto que se limita á reproducir la organización general adoptada por la mayor parte de los ejércitos europeos. No es invención completamente nueva organizar de antemano cuerpos de ejército en previsión de guerra y de asignar puesto en estos cuerpos de ejército á todas las fuerzas disponibles.

Que el ejército inglés comprenda cien mil soldados ó un millón de hombres, siempre sería igualmente útil, igualmente indispensable fijar la manera de movilización.

La verdadera cuestión es otra, tal como aparece del conjunto de las reformas. Si Inglaterra se decide á modificar su antigua situación militar, es, sin duda, porque quiere ponerla en relación con las eventualidades de guerra defensiva ú ofensiva que puede verse obligada á sostener en el mundo por la defensa de sus intereses. Siendo esto así, como los elementos del problema son relativos, ¿no es necesariamente indispensable tener en cuenta los factores impuestos por la potencia militar de otras naciones? Sin duda, la perfección del mate-

rial, la instrucción de los oficiales, tienen hoy más importancia que nunca; ¿pero no es el número el primero de todos los factores? El raciocinio no puede nada contra el hecho brutal; Prusia, Rusia, Austria, Francia están ó estarán en un porvenir determinado en disposición de poner cada una en pie de guerra un millón de hombres. Dedúcese de aquí que si Inglaterra piensa seriamente en desempeñar un papel influyente, ó, por lo ménos, en garantizar su libertad de acción, se ve obligada, por su parte, á oponer el número al número.

Sin duda, su especial situación geográfica y sus numerosas escuadras la dan cierto desembarazo, y hasta puede esperar en su legendaria fortuna por el mar. Pero ¿cuántas leyendas ha visto sucumbir ya este siglo!

Mr. Hardy ha calculado que las escuadras inglesas equivalen á un ejército de 300.000 hombres. No discutamos el número; admitámoslo desde luego.

A estos 300.000 hombres es preciso añadir los ocho cuerpos de ejército, cuya creación está ya decidida. Componiéndose cada cuerpo de 36.200 hombres, forman un total de 290.000 hombres. Añadamos el ejército de guarnición, en el que se cuentan 50.000 hombres; añadamos también el efectivo regular y la artillería de plaza, otros 50.000 hombres. Total para el ejército completo, comprendidas todas las reservas: 390.000 hombres. Unidos estos 390.000 soldados á los 300.000 á que equivale la escuadra, da un total definitivo de 690.000 hombres. ¿Está este número en proporción con el ejército de cualquiera de las cuatro grandes potencias de Europa? La inferioridad es evidente, tanto más, cuanto que la gran mayoría de estos 690.000 hombres no representan un valor real de campaña.

Cerca de la mitad existe en el material y tripulaciones marítimas, cuya importancia es hipotética. En la otra mitad solamente encontramos una tercera parte de soldados ejercitados, puesto que los voluntarios y hasta las milicias tienen una instrucción muy imperfecta. Tampoco son cosa seria las reservas: tengamos en cuenta un hecho significativo: lord Sandhurst, en Irlanda, llama á los comprendidos en la primera clase de la reserva, «á aquellos al ménos que no tienen otra cosa mejor que hacer,» á asistir á las maniobras de otoño; nadie acude al llamamiento. En cuanto á las tropas regulares, la recluta es cada vez más incierta: el informe del mayor general Taylor, á pesar de ser muy optimista, demuestra la escasez de hombres suficientemente altos y fuertes para los cuerpos especiales. El mismo Mr. Hardy ha confesado que el 30 por 100 de los reclutas para infantería son medianos. En suma, para marchar al primer encuentro, Inglaterra solamente dispone de un cuerpo de ejército ó de dos en vigor; pongamos 50.000 hombres, y esto es todo.

¿Y despues? ¿Milicianos instruidos durante seis meses, voluntarios *eficientes* constituyen un ejército de campaña?

«Admitamos, dice un periódico alemán, el *Nationale Zeitung*, que todas las formaciones exigidas por el plan estén en pié de guerra, con sus efectivos completos; la fuerza disponible para el exterior estará, en comparacion con la de las naciones del continente, en un estado de proporcion ínfima, equivaliendo apenas al ejército belga ó al holandés.»

No llegaremos nosotros hasta este punto. Reconocemos que Inglaterra dispone para la guerra de recursos incomparables, tanto por su genio propio, como por su riqueza de todo género. Pero deploramos precisamente que en las altas regiones no se manifiestan dispuestos á preparar de antemano el buen uso de estos recursos.

Habla el *Times* «de la reserva de energía individual que no dejaría de desplegarse en caso de peligro.» Creemos desde luego en esta energía individual; ¿pero no existen significativos ejemplos que demuestran lo difícil que es, precisamente en los momentos de peligro, emplearla con buen éxito?

VI.

¿Cuál sería la mejor solución? Fácilmente se comprende. Inglaterra acaba de tomar á Europa la mayor parte de sus instituciones militares; pero retrocede ante la principal, la que sirve de base á todas las demas: no quiere el servicio obligatorio.

En el gobierno, en el mundo oficial, parece que existe una verdadera consigna para rechazar la obligacion del servicio personal. La quinta es generalmente la ley de la milicia; pero anualmente le sustituye el Parlamento la manera mucho más cómoda de la recluta por dinero.

En cuanto al ejército activo, la cuestion se propuso en el Parlamento en la legislatura pasada. El coronel North puso en evidencia todos los defectos del modo actual de recluta, y gran número de miembros hicieron en seguida el proceso del servicio obligatorio: sería una calamidad nacional, etc. Mr. Hardy ha rechazado sumariamente la idea del servicio obligatorio como imposibilitada de sostener la discusion.

Más recientemente aún, el duque de Cambridge, en la reunion de comerciantes notables de que ya hemos hecho mencion, se expresaba en estos términos: «Debo deciros, señores, que despues de haber considerado la organizacion colosal de otros países, no he pensado ni por un momento en pedir nada parecido; no os lo pido, por la razon de que no podeis hacerlo; no teneis medios para ello: no somos pueblo bastante numeroso: no tenemos suficiente extension de país para sacar considerable número de hombres. Existe además otra razon muy grave;

no tenemos quintas: ¿creeis que sea posible establecerlas entre nosotros? En mi concepto es un absurdo creer que pueda sujetarse nuestro país á las quintas.»

Esto se dice muy pronto. ¿Por qué sería absurdo aplicar á Inglaterra el principio del servicio obligatorio? ¿Acaso porque es excepcionalmente rica y se dedica á los trabajos industriales? ¿El servicio obligatorio, introducido en Francia, ha secado las fuentes de la actividad nacional? El balance económico del año de 1875 demuestra, por el contrario, prodigioso aumento de prosperidad. Y cuanto más rica es una nacion, parécenos que mayor interes debe tener en fortalecer su seguridad exterior, y la prima de la seguridad debe estar lógicamente en razon del valor del objeto garantido.

¿Qué hemos de decir de la razon basada en la insuficiencia de poblacion? La estadística contesta que las Islas Británicas contaban en 1871 31.817.000 habitantes. Es indudable que este número es inferior al de las cuatro naciones principales del continente; pero la desproporcion no es enorme. ¿Cómo admitir que realizándose la quinta sobre 31 millones de ingleses no daría una fuerza muy superior á la del efectivo actual del ejército?

¿Se invocarán las instituciones políticas? ¿Pero no es evidente que el servicio obligatorio concuerda mejor con el régimen liberal de Inglaterra que el sistema de mercenarios á sueldo? Cuanto mayor es el patriotismo moral y material de cada ciudadano, más interesado debe estar en defenderlo. Estas son verdades incontrovertibles.

Por lo demas, no somos nosotros quienes, por autoridad privada, proponemos introducir el servicio obligatorio en Inglaterra. La idea ha germinado espontáneamente entre los ingleses; si aún encuentra viva oposicion en la mayor parte de los círculos oficiales, sin embargo, va abriéndose paso en el mismo ejército. He aquí una prueba de ello. El *Royal united service institution* es el gran círculo militar de Inglaterra en el que se reunen todos los oficiales estudiosos de tierra y mar. Ahora bien: en 1874 se propuso dar un premio al mejor estudio sobre reclutamiento, y lo concedió al capitán Hime, por un trabajo en que sostenía precisamente el servicio obligatorio.

El capitán Hime pretende que la quinta es inevitable, que se impone á Inglaterra como una consecuencia necesaria de la industria moderna. Siguiendo su sistema, el servicio militar duraría cinco años, uno en el ejército activo propiamente dicho, dos en la primera reserva, y dos en la segunda con ejercicios periódicos.

No discutiremos estas ideas; bástanos consignar el éxito considerable que el principio del servicio obligatorio ha obtenido con el capitán Hime. Ni si-

quiera en Inglaterra se atrevería nadie á decir que es una heregía. Véase, pues, que, á pesar del aparente desden de los personajes oficiales, la cuestion se controvierte seriamente.

Para nosotros, por lo mismo que Inglaterra representa en tan alto grado en Europa la paz laboriosa y la libertad prudente, quisiéramos ver estas grandes ideas sólidamente garantidas contra todas las sorpresas de la fuerza brutal. La mayor parte de las naciones no han comprendido hasta despues de dura experiencia la patriótica necesidad del servicio obligatorio.

Quisiéramos que Inglaterra no tuviese necesidad de una batalla de Dorking (*¡Dii omnes avertant!*) para llegar á este resultado: que no se forme peligrosas ilusiones sobre la eficacia de medias medidas y de insuficientes paliativos, y que por el sólo efecto de su prevision consiga adaptar su estado militar á las condiciones reales de la guerra. Bien establecido su poder y bien demostrado, nos parecería prenda preciosa de seguridad para todos los países que, como ella, sólo piden vivir por el trabajo y la libertad.

LUIS JEZERSKI.

(Revue politique.)



LOS PUEBLOS OCCIDENTALES

DE LA

TURQUÍA EUROPEA Y LA CUESTION DE ORIENTE.

(Conclusion.) *

La Albania, cuyas tribus descienden tal vez de los antiguos Ilirios, es un país extremadamente accidentado y desigual que se extiende desde el Montenegro hasta las fronteras de Grecia. A cada paso el viajero se ve obligado á cambiar de direccion ante torrentes impetuosos, pintorescos precipicios é inaccesibles alturas, y su ánimo se abate y entristece cuando penetra en la Baja Albania y en los meses de Julio y Agosto contempla secos los cauces de los rios y abrasados sus bosques, campos que inundan lluvias torrenciales en Noviembre y Diciembre y cubiertas en Enero las cimas de los montes con blancos penachos de nieve.

Múltiples relaciones ligan á la Naturaleza con el hombre, y de aquí la influencia del suelo en el carácter é historia de las razas y familias humanas. Cierto es que el hombre, sér inteligente y libre, altera la Naturaleza y hay ocasiones en que la domina y esclaviza; tuerce el curso de los rios, rompe

los istmos, taladra las montañas, atrae las nubes, las ahuyenta, sujeta el rayo y encadena los vientos; pero esto sucede cuando la razon alcanza, mediante cultura y continuado progreso, superiores estados de desarrollo en que las ciencias físicas y naturales se enriquecen con la experiencia, observacion y atento estudio de leyes y fenómenos: ántes ha impreso ya la Naturaleza eternas huellas en el hombre como sér físico y moral, creando en él especiales condiciones, constituyendo el carácter de los pueblos y siendo el primer motor que impulsa su vida ó su historia en este ú otro sentido. Imposible es confundir al habitante de las regiones llanas y mediterráneas con el de las montañas ó el de las riberas. La civilizacion donde primero arraiga es en las islas y en las costas de fácil acceso; remonta la corriente de un rio y se atrae á las gentes que pueblan sus orillas, y para llegar á las montañas, donde anida el águila y rugen las fieras, donde un clima duro y áspero forma tribus feroces y aguerridas que han gozado siempre de una libertad sin freno, que disponen de castillos, trincheras y fosos naturales, han transcurrido años y siglos de lucha tenaz y constante, porque la civilizacion, las más de las veces, va representada en un pueblo que invade y conquista, y las tribus montañesas, que por sus condiciones geográficas adquieren costumbres republicanas y un arraigado sentimiento de libertad, sacrifican su bienestar y su vida en aras de la independencia. Y cuando un poderoso enemigo subyuga á estas gentes, quedan sometidas de nombre, no de hecho, y vencidas, escarnecidas, clavadas en la cruz, rasgan su lengua con los dientes, como hacían nuestros astures, y la escupen en pedazos al rostro del verdugo.

El tipo, carácter y costumbres de los albaneses responden exactamente á lo que la ciencia que podemos llamar Filosofía de la geografía humana nos dice que son los hombres que habitan regiones ásperas y montuosas. Gran estatura, músculos de acero, ojo negro y penetrante lleno de altivez, mejillas coloreadas, regularidad y belleza en las facciones; sobrios, activos, de carácter firme, valientes y aún crueles en el combate, se dividen en cuatro grandes familias, de comun origen y separadas por el dialecto y especiales rasgos fisonómicos, *Mirditas, Tóvidos, Japis y Cámides*. El *Mirdita* es católico y casi independiente; ha desafiado el poder de los turcos y conserva la religion de sus padres. Se distingue de los demas albaneses por sus formas elegantes y costumbres ménos belicosas: cubierto con una especie de túnica blanca que llega hasta las rodillas y un albornoz con capucha, ofrece un vivo contraste con sus hermanos de la misma tribu, los *Guegos*, aficionados á vestir ropajes de vivos colores, de tez tostada y actitud marcial é imponente.

* Véase el número anterior, pág. 550.

A esta tribu perteneció el famoso Castriota, espanto de la Media Luna bajo el nombre de Scanderberg; á orillas del Drin guardan sus cenizas y con frecuencia el viajero se detiene extasiado al oír la voz sonora de un albanés que, apoyado en su fusil, canta las proezas del héroe, del valiente *Dragon de Albania*. En los *Tóvidos* el tipo presenta algunas variantes; la nariz es romana, los ojos claros, el cuello largo, y con más gracia que belleza en el conjunto. Llevan túnica hasta las rodillas, ceñidor, clámide y coturno; sólo les falta casco y escudo para asemejarse á los soldados de Pirro. En los *Japis* degenera la especie en lo físico y en lo moral; flacos y pálidos, apénas llegan á los cinco piés de estatura; enemigos del trabajo, viven á expensas del robo. Los *Khamis* ó *Cámides* habitan en las playas del mar Jónico; ganaderos y comerciantes, son los que más participan de las ventajas de la civilización: de cabellera rubia, faz blanca, dulces y benévolos, vieron turbada no ha mucho su tranquilidad por los estragos de la peste y de la guerra con los otomanos.

En general, los albaneses profesan exteriormente la religion musulmana. Hay, sin embargo, tribus y ciudades que jamás consintieron abrazar el islamismo y públicamente rinden culto al Dios de los cristianos: los habitantes de Durátzo son católicos; en Janina hay un arzobispo griego; Scutari cobija no escaso número de católicos y cismáticos y los pastores de las inmediaciones de Soulí se han formado una religion especial, mezcla de los ritos musulman y griego. En 1846 los habitantes de Parga prefirieron abandonar sus hogares á convertirse á la religion de Mahoma. Los *Mirditas* nunca han alterado sus creencias; separada la Iglesia griega de Occidente, siguieron sometidos á Roma en lo religioso, y en lo político á Byzancio. Desde el siglo XI diferentes territorios de la Albania fueron perteneciendo sucesivamente á normandos, catalanes y servios, y algunos, como Janina, se constituyeron con jefes propios que dependían, ya de Constantinopla, ya de los condes de Cefalonia. Dueños los turcos de la Tracia, pasan el Vardar é incendian los pueblos Ilirios: entónces el montañés de la Albania, que ve en peligro su independéncia y su religion, corre á las armas; la cimitarra del turco se embota al chocar en las rocas de Croia y las soberbias falanges otomanas ceden el campo ante un puñado de valientes que acaudilla Scanderberg. Pero los *Guegos* abrazan la religion musulmana y se convierten en auxiliares de los ejércitos turcos, muere Scanderberg y cambia la fortuna de los *Mirditas* y albaneses católicos; los turcos los acosan, y desesperados, mas no abatidos, se refugian en las cuevas, en los montes y en los bosques. Pierden su libertad y su independéncia, pero queda á salvo su dignidad personal, y si se declaran súbditos de la Puerta es á condicion

TOMO VI.

de conservar el derecho de propiedad, el culto y las iglesias y eximirse de la capitacion que todo cristiano pagaba al gobierno musulman. Además se obligaron á servirla con sus personas y bienes en las guerras contra el extranjero. Así es que, no obstante la dominacion turca, continuaron las misiones y seminarios, cuyo sosten corrió á cargo de España hasta 1804.

El albanés reúne todos los vicios y virtudes de los pueblos bárbaros: valiente y astuto, es implacable en la venganza; supersticioso, ve al resplandor de la luna vagar por los bosques las *mises* ó buenas diosas y consulta á las *vyles* ó profetisas; cree que las almas condenadas se albergan en los cuerpos de las bestias feroces y acude á encantos y anatemas para librarlas del dolor. Robar á los suyos es un acto vituperable, pero robar á un turco es un gran medio de llegar á adquirir consideracion é importancia en la tribu. En cambio, el asesinato, el rapto, el adulterio son ofensas que sólo la sangre borra. Las mujeres de Albania presentan la misma diversidad típica que los hombres, segun la tribu á que pertenecen. Las más bellas son las mujeres de los *Tóvidos*, muy buscadas para los harenes por la morbidez y delicadeza de sus formas. Las mujeres de los *Guegos* se distinguen por su altivez y majestuosa figura; llevan al cinto daga y pistolas y en la guerra acompañan á los hombres para excitar su valor y curar á los heridos. La mujer es quien más ha perdido con la dominacion otomana; el albanés musulman, que ningun caso hace de los ritos, prácticas y ceremonias del islamismo, ha simpatizado, sin embargo, con las costumbres familiares del Oriente y la vida del haren; trata con severidad excesiva á sus esposas é hijas, que á la menor sospecha mueren violentamente, porque el padre, el esposo ó el hermano disponen de su existencia. El matrimonio es una compra-venta entre los padres de los que van á contraerlo. Esto es, sin duda, efecto de la influencia musulmana entre las tribus de Albania, á la par que vaga reminiscencia de las costumbres de raza, porque en medio de las revoluciones que han sufrido los territorios del litoral Adriático, á pesar de la accion constante de griegos, slavos y turcos, los albaneses han conservado su tipo nacional y gran número de costumbres primitivas; sus instintos guerreros son los mismos de siempre, si no luchan por la independéncia, combaten en las filas de los ejércitos extranjeros; venden su espada á los otomanos, mas cuando llega ocasion, saben volverla contra ellos y convertirse en sus más implacables enemigos. Pueblos oscuros é ignorantes, adolecen de no pocos vicios en su constitucion social y familiar, pero en cambio atesoran las virtudes y excelencias del hombre que es inculto porque aún vive esclavo de la Naturaleza, y tan difícil es

regenerar á pueblos corrompidos por un refinamiento de civilizaci6n 6 una exagerada molici6 en las costumbres, como f6cil educar á hombres sencillos, bárbaros, salvajes, si se quiere, pero de ánimo varonil y enérgico, de carácter firme, tenaz, perseverante; hombres que han nacido ya á la vida de familia, de tribu y les falta sólo un paso para llegar á la vida de nacionalidad, rompiendo yugos extraños, recabando su total independenci6, para constituirse, no en medio de pueblos decadentes, sino en el centro, en el foco del progreso humano, en el mundo de la raza Jafética, en Europa. Es, pues, indispensable lanzar á los turcos al otro lado del Estrecho, relegarlos al Asia, su cuna, porque el principal obstáculo á la independenci6 de los albaneses es el Imperio otomano, la dominaci6n turca, que mantiene á estos pueblos separados de la cultura europea y los acerca á la caduca y decrepita civilizaci6n asiática.

El Imperio Otomano, desp6tico, dueño de las conciencias, seño de turcos y árabes, griegos y slavos, judíos y armenios, no puede subsistir porque se consume moral y materialmente. Vastos territorios de Asia y Europa, regiones donde la naturaleza se muestra excesivamente pr6diga en beneficios, derramando sobre ellas luz, vida y hermosura, forman hoy mismo parte integrante del poderoso Estado que fundaron los descendientes de Othman; pueblos de distinta raza y de religiones enemigas viven aún sometidos á su odioso yugo y, sin embargo, si el trono de Mahomet II se sostiene todavía en Europa, es porque las bayonetas cristianas detuvieron su caida cuando amenazaba derrumbarse bajo los repetidos golpes de la política rusa. Gracias á la necesidad del equilibrio europeo hay en el mapa de Europa tierras que llevan el nombre de Turquía, pero ni el equilibrio europeo, ni el egoismo 6 la ambici6n de las grandes potencias, ni las reformas administrativas de la Puerta podrán evitar en plazo más 6 menos breve el eclipse total de la Media Luna en Europ6.

Probable es que los que hoy vivimos presenciemos la catástrofe, y ante la expectativa de un hecho de tal importancia, el historiador y el político se preocupan, tratan de hallar la mejor soluci6n posible sin vulnerar los encontrados intereses que tan importante papel juegan en esta ya célebre *Cuesti6n de Oriente* y, buscando base y fondo en la historia, aspiran á conjeturar el pormenor 6 el detalle, empresa no difícil una vez conocidos el carácter y costumbres de los pueblos sujetos á Turquía, principalmente los occidentales Bosnia y Albania, y Montenegro por su situaci6n geográfica y relaciones que mantiene con aquellos pueblos, en que perpétua-

mente late el espíritu de insurrecci6n y el odio contra el turco, sin olvidar la historia del Imperio Otomano en Europa en sus relaciones con Rusia y Austria, grandes Estados que cifran su política de engrandecimiento territorial á expensas de los dominios turcos.

En el siglo XII existi6 un Estado poderoso que, bajo el nombre de Sultani6 de Rum, abarcaba la Armenia, la Georgia y el Asia Menor. Era un Estado turco gobernado por príncipes de la raza Serdyúki-da, destruido por los Mongoles en los primeros años del siglo XIV. Otra tribu turca, expulsada del Kharizim por los mismos Mongoles un siglo ántes, vivía bajo la protecci6n de sus hermanos de Rum y cuando las feroces hordas del interior de Asia se fueron replegando hácia sus montañas y desiertos, aquella pequeña tribu sustituy6 al vasto Imperio de los Serdyúkidas. Su jefe Othman di6 nombre y desde 1300 los Othomanos van extendiendo sus conquistas hasta llegar á las márgenes del Danubio. Una tras otra se hacen dueños de las provincias del Bajo-Imperio; someten la Macedonia, la Tracia, la Sérvia, la Tesalia; se acercan á Constantinopla, derrotan á insignes guerreros, clavan los estandartes del Profeta en los muros de Byzancio, se extienden por las costas del Mar Negro y conquistan á Crimea y sus ejércitos; de victoria en victoria, atraviesan la Península Ilírica desde el Bósforo hasta la Bosnia, á la par que sus escuadras se enseñorean del Mediterráneo, amenazan las costas de Italia y hacen temblar de espanto á las naciones cristianas. Selim I subyuga la Siria y el Egipto y Soliman II desembarca en Rodas, invade la Hungría, se dirige á Viena y sitia la capital del Imperio. La Media Luna ha llegado al centro de Europa: de aquí no pasa; poco despues el Golfo de Lepanto sepultará bajo sus olas la escuadra otomana, y sultanes afeminados 6 intrigas de serrallo abrirán para el Imperio de los Bayacetos y Solimanes los días de corrupci6n y decadencia. Este es fenómeno que caracteriza especialmente á los pueblos musulmanes: como ese corpúsculo celeste que cruza los espacios, se inflama y cae sobre el Planeta y cubre la Tierra con sus ardientes fragmentos, así instantáneamente se levanta un pueblo en Asia 6 en Africa, cae sobre los países comarcanos, sus ejércitos, sus masas de hombres invaden sin cesar, todo lo arrojan, ningun obstáculo les detiene, derriban Imperios seculares y poderosos y sobre sus ruinas edifican otro Imperio desp6tico que sujeta con mano de hierro millones y millones de hombres. Así hicieron los árabes, los almoravides, los almohades, los turcos. Pero si el nuevo Imperio se ha formado con la rapidez del rayo, su esplendor, su brillo será también momentáneo; el musulman lleva ligado á sus banderas el fatalismo, creencia que anonada l₂

libertad humana y hace imposible todo progreso; además el Sultan ó el Califa es el heredero del Profeta y es rey y pontífice á un tiempo, unidad de poderes, mortal veneno para la sociedad, porque hay despotismo sobre el alma y el cuerpo y el destino de la nacion depende de la voluntad de un hombre. Por otra parte, el oriental no tiene la menor idea del movimiento y agitacion de nuestras sociedades; las esclavas, el tabaco de Siria, el café de Moka, el opio, hé aquí los placeres del turco. Perezoso é indolente, sólo la guerra de proselitismo ó de conquista es capaz de excitar su genio indiferente y apático, y cuando la guerra es imposible porque lucha con adversarios poderosos que le han vencido en sangrienta lid, cruza los brazos sobre el pecho y exclama: «Dios lo puede, Dios lo quiere.» En el último tercio del siglo XVII pareció que despertaba de su letargo el Imperio turco; Mahomet IV vence á los persas, conquista á Bagdad, á Candía; por segunda vez las armas otomanas llegan hasta los muros de Viena y delante de esta misma capital y en la más célebre batalla de aquel siglo, son al fin derrotadas las huestes de Turquía. Austria les cierra el camino de Occidente y al Norte se levanta un poderoso enemigo que iba á encerrar en un círculo de hierro al decaído Imperio de Othman. Es Rusia. La política rusa se inicia con Pedro I el Grande: este príncipe cree á su pueblo llamado en el porvenir á la dominacion general de Europa, porque las naciones europeas, segun él, habían llegado á las puertas de la senectud y era fácil empresa su conquista por un pueblo jóven y fuerte como el ruso. En esto se equivocaba el gran Pedro I; estamos en el siglo XIX, los rusos no han conquistado la Europa y la raza slava no se halla ya en condiciones de representar un papel semejante al de los germanos en los primeros siglos de la Edad Media. Y añadía Pedro I que era preciso para el engrandecimiento de Rusia apoderarse de Constantinopla y del comercio con las Indias. Si volviera á la vida el Czar *tambor* no podría quejarse de sus descendientes; Rusia ha saltado el Cáucaso y ha extendido sus conquistas por la Georgia, Mingrelia y el Daguestan, siente una inclinacion irresistible hácia las sagradas aguas del Indo: allí está Inglaterra. Rusia ha dilatado también su Imperio arrebatando á los turcos las tierras septentrionales del Mar Negro; Pedro I les toma á Azof, y aunque luégo se pierde, Catalina II la recobra y conquista la Crimea, los rusos pasan el Danubio y las llamas devoran la flota otomana en la bahía de Tchesmé. En 1788 unen sus fuerzas Austria y Rusia; parece que el Imperio turco va á desaparecer de Europa, pero los desaciertos de Potemkin y la intervencion de Suecia, Prusia é Inglaterra conjuran el peligro y se firma el Tratado de Jassi. La Revolucion francesa y las guerras del Primer Impe-

rio ofrecen á Rusia ocasion oportuna para desenvolverse con amplia libertad sus planes; maquiavélicamente se alía con el turco so pretexto de auxiliarle en la cuestion de Egipto, los soldados del Czar se establecen en las islas de Grecia y se derraman por la Sérvia y la Valaquia; Alejandro I adquiere la Besarabia y parte de la Moldavia y en 1829, por el tratado de Andrinópolis, Nicolás I logra la libre navegacion del Danubio y el protectorado sobre la Moldavia, Valaquia y Sérvia. Además Grecia se subleva, el Pachá de Egipto aspira también á la independencia, y no obstante los esfuerzos de Mahmud II y Abdul Medjid, á pesar de la desaparicion de los genizaros, milicia audaz é intrigante, continúan acumulándose cada vez más los elementos de ruina en los Estados del turco, y la decadencia moral y desorganizacion política marchan con gigantados pasos. Las desavenencias con Mehemet Alí y la revolucion general de 1848 fueron pretextos á que apeló Rusia para entrometerse de nuevo en Turquía é invadir los Principados Danubianos, y más tarde la negativa del Sultan á sus pretensiones de protectorado sobre los súbditos griegos de la Sublime Puerta sirvióle de excusa para declarar la guerra á Turquía y destrozar su escuadra delante de Sinope. Inglaterra y Francia protestan, el coloso avanza demasiado y es preciso atajar sus pasos; los soldados de la vieja Europa, unidos á los turcos, humillan en mar y tierra á los descendientes de Pedro I, y por el tratado de Paris de 1856 el Mar Negro se declara neutral y los Principados sérvio y rumano dejan de estar bajo la proteccion de Rusia.

Pero no es Rusia el único peligro que amenaza al señorío de los turcos en Europa; hay otro que late en el seno mismo del Imperio otomano y es la insurreccion de los pueblos subyugados que estalla frecuentemente en las comarcas occidentales. La fuerza bruta los mantiene en servidumbre y á ella acuden también bosnios y albaneses para romper sus cadenas; los griegos vivían sujetos al déspota musulman y les probaron que era posible luchar con él frente á frente, vencerlo y reconquistar la independencia perdida, y sus fronteras tocan en Montenegro, que les enseña á amar y defender la libertad. El Imperio turco es un Imperio militar; administra sus dilatadas conquistas como si fueran ciudades tomadas al asalto, todas las personas y las cosas son propiedad del Sultan y si el vencido conserva la vida, es mediante el tributo de la capitacion: de aquí esa profunda linea divisoria que desde un principio establecieron los turcos entre ellos y los cristianos; hicieron desaparecer las instituciones y costumbres del Imperio de Oriente, y si obligados por una tenaz resistencia concedieron á algunos de sus nuevos súbditos cierta autonomia en lo referente al culto y derecho de poseer, rechazaron

toda solidaridad con los vencidos, porque profesaban una religion que sólo desprecio merecía de parte del buen creyente y celoso musulman. Por esto los turcos jamás han logrado arraigar su dominacion en el suelo de Europa y constituir un imperio que tuviera condiciones de estabilidad; les era preciso fundirse con los pueblos vencidos de modo que el tiempo llegara á borrar diferencias de origen y antipatías de raza y de creencias religiosas, pero entónces de la fusion saldría ganancioso el vencido, porque las tres cuartas partes de los pobladores de la Turquía Europea son cristianos.

Ahora bien, ¿llegará un día en que Rusia, siguiendo la política de Pedro el Grande y sus sucesores y aspirando á ser la única heredera del poderío musulman, lance sobre el Imperio otomano inmensos ejércitos para extender sus dominios desde el Océano Glacial hasta el mar Mediterráneo, y oponiéndose Austria, cada una buscará sus aliados y será teatro el mundo de una guerra general mediante la intervencion armada de Rusia, Inglaterra, Italia y los Estados-Unidos? ¿Unirán sus fuerzas Austria y Rusia para repartirse las provincias del turco en Europa? ¿Se rebelarán en masa bosnios, herzegovinos, albaneses, y auxiliados por Montenegro llegarán de victoria en victoria á las puertas de Constantinopla? Y entónces, ¿las grandes potencias permanecerán cruzadas de brazos ú opondrán un veto á los designios del vencedor, sacrificando á sus ambiciosos planes las nobles aspiraciones de pueblos oprimidos?

Supóngase que Rusia invade la Turquía Europea con ánimo decidido de conquistarla ¿qué aliados, qué enemigos tendrá? Desde luégo Austria é Inglaterra se opondrán con todas sus fuerzas al buen éxito de las pretensiones moscovitas; Francia y los demas pueblos de raza latina verán con temor el engrandecimiento de la raza slava, y Prusia, el moderno Imperio de Alemania, tal vez haga causa comun con los rusos, aspirando los dos colosos, el germano y el slavo, á hacerse dueños de la Europa. La raza latina, dirán, desfallece, muere; nosotros, los germanos, llevaremos por segunda vez un soplo de vida á esas enfermizas gentes y serán nuestras; nosotros, los slavos, avanzamos ya hácia el centro de Europa, continuaremos caminando para llegar al Occidente aunque sea por cima de la raza germana, que hoy nos ayuda, y conquistaremos todas las naciones de Europa para cumplir la última voluntad del hombre que labró los cimientos de nuestra grandeza, del inmortal Pedro I. ¿Es una ley histórica la gran corriente de las razas? ¿Europa se halla expuesta á una irrupcion general de slavos semejante á la llamada de los Bárbaros del siglo V y siguientes? Los rusos, representantes de la raza slava, no son bárbaros; forman un vasto Imperio ya

constituido y organizado, y para dominar á Europa lo harían, no á la usanza de las tribus que invadieron el Imperio romano, sino acomodándose á las modernas leyes y costumbres de la guerra; no sería un pueblo ó una raza que luchara con otras razas ó pueblos, sino un Czar que en nombre de su nacion aspiraba al imperio universal, reproduciéndose tiempos parecidos á los de Napoleon I. Si Alemania vislumbraba los propósitos de Rusia y no se dejaba alucinar por las ventajas de una alianza que la expondría en lo futuro á graves peligros, los obstáculos que se levantarán ante Rusia serían casi insuperables, y aún admitiendo que esos dos Imperios obraran de comun acuerdo, jamás podrían llegar á ser dueños absolutos de los países conquistados, porque la fuerza es impotente para ahogar en los pueblos el espíritu de independenciam, y cuando esos pueblos son de raza latina, que atraviesa hoy tristes períodos de crisis, mas no de decadencia, que tiende á la descentralizacion del poder y olvidando amargos días de su historia siente rejuvenecerse á la par que va adquiriendo clara conciencia de los derechos del individuo como hombre y como ciudadano, es un absurdo creer en el predominio absoluto del ruso en Europa y un sueño pensar en accidentes históricos que sólo una vez se dan en la vida de la humanidad, porque no en balde se suceden tiempos, edades y generaciones. Los pueblos del Occidente de Europa no deben temer al Czar; el Czar es quien debe precaverse ante la revolucionaria raza latina y la viril germana, que sin ejércitos pueden minar su trono y *absorber* su pueblo el día en que la civilizacion necesite nuevos elementos para continuar su excelsa marcha por las vías del progreso. La historia enseña que los odios de raza no son perpetuos y que la multiplicidad de relaciones engendra tolerancia y fraternidad y crea un ideal de armonía y universal concierto de pueblos, naciones y razas.

Hay entre los Estados de Europa alguno al que por fines inmediatos no conviene el engrandecimiento de Rusia; es Inglaterra. Inglaterra teme por sus posesiones de Asia y del Mediterráneo y no ve otro medio de salvar sus intereses que prolongar la vida del Imperio turco en Europa. Pero aunque Inglaterra se empeñe y busque aliados y confie en las habilidades de la diplomacia, es imposible que viva el Imperio turco por las razones ya expuestas, y es un peligro para la misma Inglaterra, porque da pretexto á Rusia para anexionarse las provincias del Oriente. Aquí Rusia se encontraría frente á frente de Austria, y si con objeto de evitar complicaciones pactan ambas potencias el repartimiento de los Estados del turco, como se hizo con la infeliz Polonia, el problema quedará sin resolver, porque croatas, bosnios, albaneses, macedonios aspiran á ser indepen-

dientes y no á llamarse súbditos de Austria ó de Rusia; además, ésta tocará en las fronteras de Grecia y en el Adriático y dominará en Constantinopla, precisamente lo que Inglaterra no quiere y repugna Italia. Hasta ahora, para evitar semejantes conflictos, las naciones interesadas han tratado de sostener á todo trance la vida del caduco Imperio otomano, é invocando el equilibrio europeo, el derecho internacional, la justicia y todo género de palabras huecas y altisonantes, propias de la chancillería y diplomacia, ahogan cualquier tentativa de los pueblos vasallos del turco, ó los abandonan á sus propias fuerzas, continuando siempre las cosas en el mismo estado.

Se pensó también en reconstituir el antiguo Imperio de Oriente. Catalina II de Rusia acarició la idea de colocar en el trono de Byzancio, ya á su amante Potemkin, ya á su nieto Constantino, medio indirecto de realizar las aspiraciones de Pedro el Grande. Pero un Imperio formado artificialmente, fórmelo quien quiera, no tiene ni puede tener condiciones de vida, porque lo primero que requiere un Estado para subsistir es autonomía y aquiescencia de todos los individuos y pueblos que le constituyen, y un Imperio creado en Oriente bajo la influencia de Rusia, Austria ó Inglaterra ó de varias naciones puestas de acuerdo, se hallaría sujeto á mil cambios y trastornos con grave peligro de su constitucion política y aún de su independencia. En Grecia murió con Capo de Istria la República helénica; las potencias hicieron allí un reino artificial, y un Estado que pudo llegar á ser base poderosa para realizar la obra comun de todos los pueblos que viven bajo el turco, arrastra hoy una vida inquieta y agitada, que no es la inquietud y agitacion de las grandes crisis políticas que abren nuevos destinos á un pueblo, sino el desasosiego que traen los partidos y el descontento general.

Otra cosa sería que, libre y espontáneamente, los bosnios, albaneses y demas pueblos sometidos á Turquía, en union de Montenegro y Grecia, bati-dos los turcos y arrojados del Asia, constituyeran Estado bajo una ú otra forma de gobierno. Empero esta es solucion que, si conviene á Inglaterra, daña en cambio los intereses de Rusia y Austria. Es probable que Rusia, para no ver defraudadas sus esperanzas, y Austria, temiendo por sus provincias de la Croacia y Dalmacia, invadieran en son de guerra el nuevo Estado, é ilirios, slavos y griegos, no obstante su patriotismo, acreditado valor y costumbres belicosas y á pesar de las condiciones naturales de defensa del terreno, tal vez cedieran ante las fuerzas combinadas de los dos colosos. Entónces es cuando Inglaterra y las demas naciones que no han tenido inconveniente en emplear sus ejércitos de mar y tierra para defender al turco de los ataques

de Rusia, deben intervenir y apelar á toda clase de recursos en beneficio de los derechos y justas aspiraciones de pueblos que combaten por su independencia. Entre estos los hay que son slavos; slavos son los rusos y, sin embargo, los slavos del Occidente de Turquía, una vez expulsados los musulmanes de sus tierras, jamás harán causa comun con Rusia, porque han adquirido de antiguo hábitos de libertad que rechazan el despotismo y la opresion del Imperio moscovita. Es un hecho incontestable que la política rusa influye poderosamente en Montenegro, pequeño Estado que parece sometido al gobierno de San Petersburgo; la identidad de creencias religiosas y de lengua revelan su comun origen y, no obstante, hay entre ambos pueblos notables diferencias que derivan principalmente de sus costumbres y constitucion política. Es imposible que el guerrero de la Montaña Negra, nacido en una sociedad libre y republicana, habituado á no doblegarse por nada ni ante nadie, se resigne á vivir como vasallo del Czar: en tanto que llegue hasta sus fronteras el poder de la cimitarra otomana, él y los demas slavos acudirán á Rusia, mas cuando ya no tema á su mortal enemigo, volverá la espalda al ruso para tender su mano al albanés y al bosnio, al griego y al servio. Hoy mismo dicen los telegramas que Montenegro propone á Sérvia una alianza ofensiva y defensiva en favor de la Herzegovina y circula el rumor de un convenio entre Turquía y Montenegro, consiguiendo éste gran parte de la Herzegovina con tal de reconocer el patronato de Turquía. Si tal convenio llegara á realizarse, es posible que á Montenegro cupiera la gloria de ser origen, principio de la gran nacion que están llamados á formar todos los pueblos de la Península Ilírica. Por otros convenios ó por la fuerza de las armas iría Montenegro extendiendo su territorio desde las fronteras de Austria hasta las de Grecia y los montes que separan la Herzegovina y la Albania de la Sérvia y Macedonia; se atraería á todos estos pueblos, tal vez á Grecia, y como *la union hace la fuerza*, no le sería difícil traspasar los montes y, llegando hasta Constantinopla, concluir de una vez con la dominacion otomana en Europa. Conquistado el territorio, si se ha de fundar nacion, precisa establecer las relaciones de vida política entre los pueblos que van á constituirla, hallar vínculos permanentes de union mediante los que, sin sacrificar intereses particulares, costumbres ni creencias religiosas, se asegure para en lo sucesivo, así la paz y armonía interior como el poder y la fuerza indispensables para rechazar toda agresion que venga de fuera. Esto ofrece algunas dificultades tratándose de pueblos no muy cultos, que pertenecen á distintas razas y profesan varias religiones, pero no es imposible; si en un

principio, débiles todavía porque no se han organizado políticamente, necesitan para mantener su independencia el apoyo de Inglaterra ú otras naciones que se presten á ello, en ese mismo apoyo encontrarán la base de nuevas y frecuentes relaciones con pueblos ya muy adelantados en los caminos de la civilización, y en el trascurso de más ó ménos tiempo y aleccionados con la propia experiencia, bosnios, montenegrinos, albaneses, griegos, búlgaros, macedonios, irán adquiriendo una mayor cultura hasta nivelarse con la cultura general europea. Así acontece hoy á sérvios y rumanos. Entónces se levantará un Estado poderoso capaz de hacer frente á Rusia, porque lo formarán millones de hombres encerrados entre el Danubio y el Mediterráneo, el Mar Negro y el Adriático, el Imperio turco habrá desaparecido de Europa y la *Cuestion de Oriente* pertenecerá ya á la historia.

RICARDO BELTRAN Y RÓZPIDE.

EPIGRAFÍA CRISTIANA.

Á los numerosos recuerdos de antigüedad que Cartagena posee, hay que añadir una lápida encontrada hace poco en la calle de los Cuatro Santos, donde empezaban las afueras de la ciudad primitiva, y cuya inscripción dice así:

† HIC IACET
SATVRINA QVI
VIXIT ANNOS
SEX ET REAIVIT
IN PACE SI QVIS
TEMTAVERIT ISTO
MONVMENTO A
BEAT PARTE COM
IVAA ISCARIOTA

Aquí yace Saturina, que vivió seis años y se volvió en paz. Si alguno atentare contra este monumento, participe de la suerte de Judas Iscariote.

Así la cruz como la redacción de la lápida persuaden que fué cristiana la tierna niña debajo de ella enterrada. Propias son de cristianos epígrafes las palabras *hic iacet*, lo mismo que la dición *in pacet* y sólo en ellos fuera posible aludir ó mentar á Judas Iscariote. Pero la fecha, que en monumentos de este género falta raras veces, no se encuentra en la inscripción de Cartagena, y es preciso, por lo tanto, conjeturarla por el estudio de sus propias condiciones. Es la principal el carácter de la letra, cosa que no se puede figurar en la impresión sin el auxilio del grabado, y que por lo mismo no es fácil

conseguir que produzca en el lector el efecto necesario. La forma de los caracteres conserva aún el tipo de la escritura romana, aunque desfigurado por la extrema irregularidad del dibujo, lo cual indica una fecha muy anterior al décimo siglo, pero no tanto que se pueda ir más allá del sétimo; porque si bien es verdad que el uso de la Δ griega por la D latina, es comun desde nuestros primeros epígrafes cristianos, la T retorcida por debajo como una τ griega no se ve hasta la inscripción de San Claudio de Leon del año 630, y la S en forma de garabato no aparece hasta la inscripción de Montoro de 643 y la de Arjona de 650 (1).

El estudio del lenguaje conduce á nuevas reflexiones para deteminar la época del epitafio. *Abeat* por *habeat* es falta de ortografía comun hasta en tiempos del romano imperio; *Iscariota* lo mismo puede ser errata que olvido del ablativo grecolatino *Iscariote*, pero *com* en lugar de *cum* indica más bien la tendencia del latin á convertirse en el castellano por la alteración de ciertas vocales, tendencia mucho más marcada todavía cuando se ve emplear el ablativo en lugar del acusativo, como al poner *isto monumento* por *istud monumentum* y *parte* por *partem*. La adopción general del ablativo en lugar de los demás casos de la declinación ha sido la regla constante sobre la cual se ha transformado en el vocabulario castellano el latino, y este carácter lingüístico me obliga á reducir algun tanto la antigüedad posible de la lápida, y traerla, á lo ménos, á fines del siglo octavo. Otra razón para hacerlo así suministra la fórmula final execratoria, que no se halla en ningun monumento ni documento gótico, y sólo empieza á verse en escrituras de Galicia y Asturias á mediados de dicho siglo octavo y principios del noveno.

A cualquiera de los dos que corresponda el enterramiento de la pequeña Saturina, tiene importancia para la historia de Cartagena. Destruída por Suintila en 625, nada se sabe de la suerte ni aún de la existencia de tan insigne ciudad hasta que suena incidentalmente un obispo suyo allá por el siglo décimo. La muerte de una niña de seis años, dando ocasión á que se le grabara una losa, ha dejado memoria indudable de que en tal sitio seguía viviendo gente principal, en cuyas almas estaba la fe cristiana firmemente arraigada, á pesar de que ya estuviera en olvido la autonomía de que gozara el país en tiempos de Teodomiro y Atanagildo. Y bien mirado, ¿cómo podía faltar nunca población en el mejor puerto de España, aún cuando los godos se hubieran entretenido en arrasar una por una las casas de la antigua Carthago nova? Esto, por otra parte, apé-

(1) Véanse las *Inscriptiones Hispaniae Christianae* de Hübner, números 142, 120 y 117.

nas es posible, y al leer en San Isidoro, contemporáneo de Suintila, *nunc autem a Gothis subversa et in desolationem redacta est*, debemos recordar que hace dos años nos decían también en todos los periódicos que Cartagena era un montón de ruinas, y hace cuatro meses, apenas he encontrado otras que las del parque. Para leer con fruto la historia antigua, es preciso compararla con la moderna, así como la de casa con la de fuera.

Esta es la primera ocasión en que aparece en España el nombre de Saturina (derivado de Saturnus), así como la idea de reemplazar los graves pensamientos que expresan las palabras *obit, requievit, recessit, obdormivit*, por otra más adecuada á los tiernos sentimientos de amantes y piadosos padres, que dicen de su hija *redivit*, juzgándola ángel que tendió sus alas al cielo á poco de habitar su patria pasajera. Reflexiones son estas no encaminadas á entretener con retórico floreó á un lector desocupado, sino á demostrar cómo el cultivo de las antigüedades, cuando no se reduce á amontonar avaramente objetos enmohecidos, y principalmente el de la epigrafiá, nos retrata la vida de las sociedades que pasaron, y hace conocer sus más íntimos pensamientos.

EDUARDO SAAVEDRA.

BENITO ESPINOSA.

NOVELA.

XX. *

MICROCOSMOS.

No interesará ciertamente al lector, por las emociones violentas de una ruina inminente ó de una salvación imprevista, contemplar un corazón habituado á dominar sus impulsos ú observar una vida igualmente lejana de la apatía y de extremado júbilo ó tristeza. Sin perderse nuestro héroe en el amor que profesa á una jóven, tiene comprometido en él lo mejor de su vida. Él mismo es su propio enemigo. Aunque falta obstáculo tangible que excite la vigilancia, existen las luchas interiores y ocultas que requieren grandes esfuerzos.

Ningun imperio está interesado en la elevación ó en la caída de nuestro héroe; quien está vivamente interesado en estas luchas, que se libran en la buhardilla de la Kalverstraat de Amsterdam, es el poderoso imperio del espíritu. Cuanto podemos ver y contar es trabajo y meditación.

* Véanse los números 96, 97, 98, 99, 101 y 102, págs. 314, 329, 385, 426, 509 y 546.

Encontramos muy de mañana á nuestro filósofo trabajando como siempre. Pero no está sólo; tiene una compañera en el rincón de la ventana, al cual dirige sus ojos con frecuencia. Como necesita pensar en alimentarla, coge una mosca y la arroja en la tela de la araña. Coge el microscopio; observemos con él, y sigamos sus reflexiones.

—«Con qué rapidez sale de su retiro la araña! Debe ser muy débil su vista, á pesar de sus ocho ojos, porque no se zafa al presentársele un objeto; también debe tener una sensibilidad exquisita, pues siente la menor impresión en su tela. ¿Subsiste quizá algún lazo orgánico entre ella y lo que está separado de ella? ¿Ved con qué agilidad se arroja sobre la presa; cómo la coge y comprime con sus largas y velludas patas, cómo la comprime con su poderosa trompa! ¡Bravo! pobre mosca, defiéndete; pero la tela, la tela! Ha pasado, cruza sus patas y se prepara á huir. ¡Vanos esfuerzos! Tiene rota el ala derecha, no puede volar, y su enemiga, hambrienta, la ha atrapado; ve ahí, la coge y la lleva á su antro. Ya acabó. La arranca los piés, la envuelve en sus menudos hilos, separa la cabeza del tronco y bebe ávidamente con su trompa las entrañas. ¡Qué quietud en el goce! ¡Cómo se deleita, se detiene y vuelve á comenzar! ¡Piensa que le ha enviado una Providencia superior aquella alondra cogida en la boca! Sin duda cree en este instante la araña que ha sido creada para ella la raza de las moscas y que la naturaleza de éstas sólo vale para servirla de alimento. ¡Me mira! ¿Acaso me adora, ó dirige tal vez sus ruegos al viento y á la escoba, porque la experiencia la ha enseñado que pueden destruir su vivienda? Ha terminado; sólo ha dejado el esqueleto. Ya se retira á su escondite; ya da por concluida su empresa, porque se ha saciado.»

Dejó el filósofo su microscopio. Regocijémonos de hallar á Espinosa solo y tranquilo. Había disputado el día anterior con Gertrudis, porque ésta había entrado con la escoba en la mano en el momento en que nuestro observador miraba atentamente las peripecias de una lucha entre una mosca y una araña.

—¿Creeis los judíos que son las arañas de buen agüero? Sois amigo de la limpieza como antípoda del difunto magister, y yo me alegro de ello. No quiero yo matar las arañas; presérveme Dios de ello; intento sólo arrojarlas de aquí. Me avergüenzo ante las visitas que recibís. ¿Qué pensarán de mí al ver telarañas?

Trabajo le costó á Espinosa templar estos pujos de limpieza de Gertrudis; tuvo que decirle que la araña era un insecto muy limpio, y la tranquilizó prometiéndola declarar á todas sus visitas que él era protector de aquella araña.

—No es verdadero holandés desde el momento

que puede sorportar á su lado una telaraña;—tal fué la opinion decisiva de Gertrudis.

Veamos de qué modo termina el dia: trabaja hasta por la noche y despues confia al papel los pensamientos elaborados en su interior. Se halla fatigado, siente necesidad de conversar con álguien, coge su luz y baja á ver al patron Klaas. Cuando abre la puerta, Klaas y Gertrudis están sentados á la mesa con las manos cruzadas, miéntras su nieto Alberto Burgh lee la oracion de la tarde...

Hasta que terminó la oracion, estuvo sentado en un rincon. Despues se acercó á la mesa y comenzó á hablar de cosas vulgares. Se quejaba de su oficio Klaas, y Espinosa encontraba consuelo para todo; de suerte que le oian ambos con gran placer.

—Decidme,—preguntó Klaas,—¿cómo os las componeis, sin ser viejo ni haber visto el mundo, para conocer tan bien el interior del corazon del hombre del pueblo?

Espinosa le explicó que el corazon humano es el mismo en todas las circunstancias, y que el conocimiento de sí mismo basta para comprender y juzgar exactamente lo que pasa en el corazon del prójimo.

—Cuando habláis así,—dijo Gertrudis,—me parece que estoy escuchando al pastor en la iglesia. Ya te lo he dicho, Klaas, muchas veces: nuestro buen señor Espinosa tiene un alma tan cristiana que no parece judío.

—Gertrudis,—dijo Klaas,—deten la lengua y no digas tonterías. Dispensadla, Sr. Espinosa, por su intencion.

—Demasiado sabeis lo que quiero decir; sólo afirmo que no sois como los judíos si... En fin, ya me comprendéis.

—Perfectamente; no me habeis ofendido en nada.

—Cada cual,—dijo Klaas,—tiene su creencia. Como todos somos hijos de Dios, se salva el hombre honrado en todas las religiones.

—Pero tú eres hijo del diablo,—dijo de repente Albertito, que había escuchado hasta entónces en silencio.—Has crucificado á nuestro Salvador é irás al infierno.

Klaas intentó dar al niño un bofetón; pero lo impidieron á la vez Espinosa y Gertrudis.

—No es el señor, tontin,—dijo Gertrudis,—quien ha hecho eso, sino otros, que llevaron hace tiempo su merecido.

Espinosa sentó el niño en sus rodillas, le explicó que no era un pecado ser judío, pues los Apóstoles de Jesucristo lo habían sido, y que si los judíos habían obrado mal al crucificar á Cristo, ya habían sufrido mucho y no debían expiar eternamente faltas pasadas.

—Dispensad,—dijo Klaas;—no estais en lo cierto. El Salvador debía morir necesariamente en la cruz,

pues Dios-Padre lo había decidido así, para que fuera nuestro Redentor.

—Serán,—replicó Espinosa,—doblemente inocentes los judíos, si se acepta esa opinion calvinista. No creas, querido Alberto, que Dios castiga eternamente á los hombres.

—¿Por qué no tienes barba?—preguntó Alberto, acariciándole su cara con cierto temor.—En tu país todos usan barbas muy largas.

—¿En mi país! Pues ¿dónde crees que he nacido?

—En Jerusalem ó en Nazaret. ¡Oh! Contadme algo de allá; debe ser precioso aquello.

—No soy de Canaan, chiquitin. He nacido, como tú, en Amsterdam.

—Mientes; eres judío, y todos los judíos proceden de la tierra de Canaan; ¿no es así, abuelo?

—Hace de eso ya mucho tiempo. Los judíos viven con nosotros desde siglos, y volverán á la Palestina cuando vuelva el Salvador á fundar el reinado de mil años.

—Entónces quisiera yo tambien ser judío para ir con ellos.

—Alégrate de no serlo,—dijo Espinosa;—hace muchísimo tiempo que esperamos el reinado de mil años.

—¿Cómo se llamaba tu padre?

—Benjamin.

—¿Era, por casualidad, el hijo de Jacob? ¡Qué miserable era el tal Jacob! Me avergonzaría de que fuese mi abuelo; engañó á su hermano Esaú y á su suegro Labán, y sus descendientes robaron á los egipcios sus riquezas.

—Hacedme el favor de dar á ese tontuelo un par de bofetones de mi parte,—exclamó Klaas.

—No penseis en ello,—dijo Espinosa;—es un doctorcito muy enterado de la Biblia. Entiende sólo, hijo mio, que nada les queda hoy á los judíos ni de las riquezas egipcias ni de la crucifixion de Cristo. No olvides que los Apóstoles eran tambien judíos.

—Procura, Gertrudis, que se acueste, porque no acabará nunca.

Y tenía razon Klaas en lo que decía. Sin querer abrazar á Espinosa, le dió la mano con gran repugnancia. Aún continuaron hablando mucho rato, hasta que Klaas comenzó á bostezar y se retiró.

—Llegas hoy á tiempo para asistir á una ejecucion capital,—dijo un dia Espinosa á Oldenbourg;—tengo en esta vasija un ejemplar monstruo de una araña que tengo á dieta hace dias, y aquí otra tambien con su estómago vacío; como verdadero diplomático, quiero empeñarlas en una guerra de exterminio.

Echó en un baño agua hasta la mitad, arrancó un asiento del banco, le metió en el agua y puso las

dos arañas en esta isla improvisada. Cada uno de los dos amigos se proveyó de su correspondiente microscopio.

—Observa,—dijo Espinosa;—porque si existe un espíritu independiente del mundo, así debe observar nuestras luchas terrestres.

—Demos nombres á los dos campeones,—dijo Oldenbourg;—la una será Alejandro, la otra Darío. ¡Ah! ya adelanta Alejandro su vanguardia; Darío huye, pero se detiene, porque el mar le rodea. ¿Descansan? No, que Alejandro se adelanta: ¡cómo envuelve con sus brazos al adversario! Y éste resiste bien: ¡cómo se oprimen y desgarran con sus trompas! ¡Si pudiera ver sus ojos!... ¡Bravo! Cayó Alejandro, pero ataca fuertemente con sus brazos el pecho del enemigo; ya se levanta. ¡Ah! ¡estrecha al enemigo con gran empuje! Su caída era un ardid de guerra; pero llega el momento decisivo... nó, se fatigan.

—Tranquilízate,—dijo Espinosa,—es un tratado de paz; pero, aunque hayan jurado por todos los dioses observarle, le romperán como los hombres en cuanto reúnan nuevas fuerzas para el combate. ¡Tengo plenísima razón al sostener que todo depende del punto de vista en que uno se coloca, del poder visual! No es más grande que la lucha que observamos la empeñada entre los búfalos para matar un tigre; porque nada es en sí grande ni pequeño; medimos las cosas por nuestra vista. Lo mismo que estos insectos se verían dominados los hombres por sus instintos y se destruirían entre sí, á no estar refrenados por una razón superior.

—Verdad. ¡Tan grandes son estas luchas como las de los hombres! Al vomitar en la batalla mil cañones la muerte, al temblar el suelo y teñir en sangre humana las espadas, creen los hombres poder levantar los cimientos del mundo. ¿Qué es aquello en el fondo? Unas cuantas hormigas que pelean entre briznas de yerba.

—Ya terminó la paz,—interrumpió Espinosa;—preparan sus armas; vamos al combate.

Observaron en silencio los dos amigos el resultado del combate. Oldenbourg no había acertado con los nombres; después de una resistencia corta, Darío, que devoró la araña llamada Alejandro, fué llevado en triunfo de la isla á su tienda real.

—Tiene el lenguaje vulgar,—dijo Oldenbourg,—muchas frases de sentido profundo. Se dice que se odian como dos arañas dos enemigos que se tienen un odio imborrable.

—Tu maestro Descartes,—dijo Espinosa,—podía haber aprendido mucho de esta araña, ahorrándose también la falsa demostración de un principio verdadero. Pretende probar la existencia de Dios porque nosotros, que tenemos idea de él, existimos realmente. En primer lugar, dijo, lo que puede pro-

ducir lo más grande y difícil puede también producir lo ménos grande y difícil; en segundo lugar, es más grande crear y conservar la sustancia que los atributos ó cualidades de la sustancia. No sé qué entiende con esto. Nada es fácil ó difícil en sí, abstractando su causa; basta para mostrarlo el ejemplo de la araña: teje sin esfuerzo una tela que el hombre haría con muchísimo trabajo; hacen á su vez los hombres muchas cosas que quizás serán imposibles para los ángeles. Así, ¿qué podemos llamar absolutamente fácil ó difícil? De este modo se podría reconocer en el hombre el atributo de la existencia, sin reconocerle en Dios. Pero se demuestra, según hemos visto, la existencia de Dios por la necesidad íntima y lógica de su idea.

Duró algún tiempo la discusión sobre este asunto. Pero debemos ya abandonar la casa de Klaas; esperamos poder aún acompañar á nuestro Benito á casa de Olimpia, donde va á modificarse la acción como el lugar de la escena.

XXI.

ORIGINALIDADES.



Llegó Espinosa un día á casa de Olimpia en ocasión que Kerkering, que la tenía cogida su mano, suplicaba á Cecilia fuera madrina de su bautismo cuando se convirtiera á la religión católica. Al ver Olimpia la sorpresa de Benito, se ruborizó y quiso separar su mano; pero no la dejó Kerkerin, necesitando para dominar su emoción apagar disimuladamente la luz, y aprovechar aquel momento de oscuridad para rehacerse.

—No comprendo,—dijo, comenzando á echar un sermón al recién venido por su larga ausencia,—que un hombre de vuestra edad se encastille así en una celda. Me ha asegurado Gertrudis que no habeis bajado en diez días de vuestra habitación, y que habeis consumido cada noche libra y media de aceite en vuestro estudio: con poco más, llegareis á ser monje ó ermitaño. ¡Es una lástima que no seais católico!

—También yo lo siento; pero si es fácil desechar el hombre antiguo, es difícil hacerle aceptar una fórmula nueva.

Olimpia se calló, y Kerkering seguía representando un papel desairado, sin lograr comprender lo que había querido decir Espinosa.

—¿No es triste,—preguntó Olimpia,—que nosotras las mujeres seamos siempre guiadas, y no podamos nunca producirnos libremente? Tengo vivísimos deseos de ver esa habitación que sule para vos al mundo entero, y para cumplirlos, he concertado ya con Gertrudis ir allá la primera vez que hayais salido, y descubrir el misterio que os absorbe. Por fuerza hay allí algo particular: pasar todos los días

puliendo cristales y estudiando sin nádie, siempre solo... yo penetraré el misterio.

—A mi vez,—dijo Espinosa,—os negaré un sexto sentido, porque, despues de visitarlo todo, no habreis descubierto mi fiel compañera, que vive para mí y cuyo cálido aliento respiro. ¡La pobre es tan efímera y frágil como todo lo terrenal!

—¡Oh fumador enfático é interesado! En vuestro caso, dejaría de fumar, porque es un placer artificial é imaginario.

—Despues de la música, nada recrea y refuerza el espíritu fatigado como una pipa llena de la planta americana; sus ondulaciones, como las vibraciones sonoras, nos rodean y restablecen nuestro vigor; lo mismo que una melodía acaricia el oído, regocija el paladar y los labios una bocanada de néctar aéreo, retenida algunos instantes y saliendo despues en rápidos torbellinos.

—¡Bravo!—exclamó Olimpia;—al ménos os veo entusiasmado.

—Es necesario que muestre este entusiasmo para haceros comprender el valor de un goce que no podeis disfrutar.

—¡Qué lástima que no hayais conocido á mi tío Bonifacio!

—Dejad en paz á los muertos,—dijo Cecilia, que leía sentada á la ventana.

—No hay inconveniente en distraerle un poco de la otra vida; la excesiva tranquilidad de que gozó en ésta, le tenía casi siempre enfermo.

Se marchó Cecilia sin contestar.

—¿Era vuestro tío también sacerdote del fuego sagrado de la nicotina?—preguntó Espinosa.

—Recuerdo perfectamente un sermón terrible que pronunció hace cinco años contra los fumadores. Exterminaba el tabaco bajo sus dos formas. «Tienen olfato y no huelen,—exclamaba con el Salmista desde el púlpito;—tienen boca y no gustan...

—Y no hablan,—corrigió Espinosa.

—A propósito: ¿conoceis el horrible escrito del sabio rey Salomón?—preguntó Olimpia sin hacer caso de esta rectificación.

—Conozco todas las obras de Salomón, y supongo que no llamareis horrible el *Eclesiastes*, ni ménos el *Cántico de los Cánticos*, aunque los antiguos doctores de la Iglesia pretendiesen hacerle desaparecer.

—No, me refiero á otra cosa; pero dispensad, señores, vuelvo al momento.

Y al decir esto, cogió la luz y salió, dejando á oscuras á Kerkering y Espinosa.

—Es un maravilloso enigma esta mujer,—dijo Kerkering;—sabe lo suficiente para sostener conversación con diez profesores. Cuando la oigo hablar, me hallo, sí... sí... no sé cómo me hallo. Prefero callarme, y quisiera que no dejase de hablar.

Yo no puedo seguirla, me marea; vos sois el hombre que la es necesario.

—¿Es esa vuestra opinión?—dijo Espinosa.

—Dispensadme, señores,—dijo Olimpia que entraba con un libro debajo del brazo;—les he dejado á oscuras, porque no había notado que Cecilia había salido con su luz.

—Con vos recibimos una doble luz,—dijo Kerkering.

Olimpia se inclinó, abrió el libro y dijo:

—Me es muy lisonjero poderos enseñar aún alguna cosa. Sabed que Jacobo I, rey de Inglaterra, fué apellidado Salomón el Sabio, y hé aquí su horrible escrito canónico: *De peccato mortali fumandi nicotianam*. ¿Estais dispuesto á morir, Sr. Espinosa? De todos modos me alegro conocer vuestros amores.

—Hace tiempo que los conoceis,—contestó Espinosa.

Hizo Kerkering un signo de asentimiento para decirse que sus sospechas estaban bien formadas.

—Sois injusto con la música,—replicó Olimpia,—comparándola con el tabaco. ¡La música! Concebid en una sola armonía un número infinito de almas confundidas, luchando las unas contra las otras; aquí, quejas, suspiros y cólera; allí, alegrías y triunfos. De pronto se reúnen y expresan el mismo pensamiento en una diversidad infinita; despues se extinguen; una sola se despierta; se vuelve á levantar y muere lentamente y sin dolor; otro grupo se reforma; las demas huyen; las muertas resucitan, hasta que, por último, se extiende la paz sobre todas. Digo más; afirmo que toda vuestra filosofía es una filosofía de la música. ¡Oh, si pudiera expresarlo como lo concibo! Me habeis explicado un día que la paz humana descansa en el abandono parcial y recíproco que hace cada cual de su derecho natural para que la conservación de sí mismo venga á ser la de todos. Lo mismo sucede con el sonido: aislado, es duro y áspero; compuesto con otros, cede parte de su derecho natural; los sonidos se confunden y se unen, se sostienen y se elevan mutuamente.

Admiraba Espinosa cómo procuraba Olimpia conservar sus pensamientos y hacerlos entrar en la esfera de sus ideas. No pensó que las palabras de la jóven podían aplicarse también á su inclinación recíproca, porque continuó por una desviación caprichosa:

—Aceptareis que no puede existir ningún movimiento regular que no produzca un sonido rítmico: esto me ha sugerido opiniones muy extrañas, que os comunicaré si me prometeis no reiros.

—Os lo prometo, porque deseo saber lo que os parece tan extraño.

—Me ha referido mi padre que ha determinado las

leyes de la circulación de la sangre un médico inglés, W. Harvey. Pues tengo la convicción de que los movimientos de la sangre en nuestras venas, como los del corazón, constituyen un sonido perceptible que oímos rara vez. Sanos, gozamos una armonía completa; enfermos, sufrimos una disonancia. Decía á mi padre que los sonidos fuertes, que se separan del movimiento armónico de nuestro ser, producen el silbido de nuestros oídos; pretendía él que esto era una ilusión acústica; pero no puedo creerlo. Observad la verdad profunda de esta expresión: «Sentir crecer la yerba.» Existe un movimiento de savia regular en toda la naturaleza; allí donde hay movimiento, hay sonido. Todo, las estrellas, el interior y la superficie de la tierra resuena y retumba incesantemente. La música es el alma del Todo y de nosotros mismos. El universo es una armonía de millones de voces, cuya más divina revelación es la palabra concedida al hombre.

La figura de Olimpia resplandecía más y más, y Espinosa dijo:

—Ved que no me río, ántes bien me regocijo de que hayais huido de las opiniones de vuestro padre. No me atrevo, sin embargo, á formar un juicio precipitado de vuestras ideas.

—¿Por qué,—preguntó Olimpia,—son tan distintas las inclinaciones de los hombres y nos impiden estar conformes?

—Con el fin de que no busquemos la convicción más que en el conocimiento puro. Donde éste acaba comienzan la excomunión y la persecución. Haced bien en amar la música; pero este mismo arte nos enseña con qué facilidad se desenvuelve el fanatismo en el dominio de la fe y de la fantasía, donde no existen pruebas ni conclusiones positivas. Nace el apasionamiento de la impotencia para convencer á las gentes, y se quiere lograr por la violencia exterior lo que es del dominio interior. No me tengais, por lo que os digo, como herético en música, y no me arrojéis de vuestro santuario.

Kerkering se apoderó de esta última frase para rogar á Olimpia que tocara el órgano; Espinosa expresó el mismo deseo, y se calmaron sus espíritus, agitados por el movimiento del pensamiento, con la armonía cada vez más dulce que la jóven hacía producir al órgano.

XXII.

MISIONEROS.

No podía mirar con indiferencia la santa Iglesia judía que se separase de ella un hombre que la pertenecía por su nacimiento y dignidad, porque comprendía—lo mismo que los doctores de las confesiones cristianas—que se arruina el edificio gigantesco de la Iglesia donde el hombre tiene derecho

para ser simplemente hombre. Tres veces el portero E. Merimon, que hemos visto en la Cábala, había venido á casa de Espinosa para invitarle, de parte del Tribunal, á que volviera á la comunidad y observara las prescripciones religiosas concernientes á los alimentos y á la asistencia á la sinagoga; por desobedecer esta invitación, se le había impuesto á Espinosa la excomunión menor, que le excluía por tres meses de la sinagoga. Aunque de hecho se hubiese condenado él mismo, se opuso á esta medida, porque su manera de vivir no era contraria á los principios del judaísmo y porque pretendía probar la legalidad del acto. Desechadas sus reclamaciones, tenía ya olvidado este asunto, cuando llegaron un día á visitarle sus dos cuñados para recordarle que debía volver al seno de la Iglesia. Su negativa impasible les irritó y violentó hasta el extremo que llegaron á insultarle y amenazarle con descuartizarle si no libraba á la familia de la vergüenza inherente á su conducta.

Bullía en las venas de Espinosa la sangre española; pero logró dominar su efervescencia y consideró estos hombres como objeciones abstractas, incorpóreas, que podía formularse su espíritu. Mostró con frases tranquilas y comedidas á sus adversarios los límites entre el derecho de parentesco y el del individuo, y añadió aún otras razones que debían tener gran fuerza, porque los dos cuñados se miraron en silencio y se marcharon. A los pocos días, un sábado, vino á visitar á Espinosa una mujer con un niño en los brazos y una niña cogida de la mano. Se adelantó Espinosa hácia ella, y la alargó la mano.

—¿Qué dichoso me haces, visitándome, mi querida Miriam! Pero ¡cuánto has envejecido, Dios mío! ¿Estás enferma? ¿Eres desgraciada?

—Estoy bien, gracias á Dios,—contestó Miriam suspirando,—y no tengo por qué quejarme. No son todo flores en el matrimonio, querido hermano; dos partos difíciles, trece semanas en la cama, la casa arruinada por manos extrañas, los niños que os impiden descansar por la noche, y los cuidados y sobresaltos de todo el año... ¡Ah! no me harías ahora burla de que me miro al espejo; ni tiempo tengo para ello de uno á otro sábado.

—Siento no poder ayudarte en algo, pero ya vendrán mejores tiempos. No puedes formarte idea del gran bien que me proporcionas viniendo á visitarme; son los parientes los mejores amigos. Recuerda el proverbio de la vieja Chaje: «¡Atadme de piés y manos y arrojadme entre los míos!» Es una gran verdad.

—Sí, eres tú quién quieres ser arrojado entre los tuyos, y vives ¡Dios mío! de modo que obligas á avergonzarse á las gentes. ¿Sabes lo que va á pasar hoy? Hoy te se llama públicamente por segunda vez

en la sinagoga. Hace ocho dias estaba yo en la sinagoga; sentía como un peso de cien libras en el corazon; acababan de guardar el Pentateuco; subió al altar el rabino Isaac Aboab, que se da mucho tono desde que ha vuelto del Brasil; pronunció tres veces tu nombre, y te invitó á presentarte, so pena de ser herido por la cólera del cielo y tragado por la tierra. ¡Querido hermano! Parecía que me arrancaban el corazon; sentía frio en todo el cuerpo; hubiera deseado que me tragase la tierra. Ester de Leon, que se sienta junto á mí, me ayudó á ir á casa; ya sabes qué mala es ella, que debiera callarse, porque fué en su tiempo la prometida de Acosta. Y tú ¡gracias á Dios! no has llegado á tal extremo.

—No, ni llegaré nunca.

—No estás muy léjos: hoy es la segunda, de hoy en ocho dias la tercera invitacion; despues... ¡Oh, no sobreviviré á tal vergüenza! Mi marido quiere que olvide por completo que has sido mi hermano; no puedo conseguirlo; parece que á tí no te pasa lo mismo, porque aquel que olvida su religion puede olvidar tambien á su hermana.

Al decir estas palabras, observaba Miriam á Espinosa, cuya fisonomia expresaba un agudo dolor; se arrepintió, sin duda, de haberle hecho tanto mal, é inundada en lágrimas, continuó:

—No se va de mi imaginacion tu recuerdo de dia ni de noche; pensando en tu falta, olvido mis deberes de madre y de esposa; tu desobediencia al deber es causa de la mia. No comprendo los motivos de tu obstinacion; sólo sé que si mi hijo hubiera de causar algun dia semejante disgusto á sus hermanas, preferiría que se muriese ántes de saber hablar.

—Nada de eso necesitas decirme, hermana mia; todo se arreglará. ¿Sabe tu marido que has venido acá?

—No, ni hay necesidad de que lo sepa. Quería esta mañana llevarme á la sinagoga; no lo he consentido; le he dicho que tenía que quedarme con el niño, y he venido. Tambien se ha quedado Rebeca en casa; pero no se ha atrevido á acompañarme, porque su marido es muy severo. Pero, en fin, no me explico por qué no quieres volver; puedes continuar tu misma existencia, viviendo como los demas judíos. Si no quieres ir tres veces al dia á la sinagoga, vas una, que esto no te fatigará; ve, llevas aquí la vida de un recluido y condenado. Ni sábado, ni fiesta; ¿para qué vives? Yo te lo ruego; vuelve, que cuiden los demas de averiguar lo que deben considerar como religion. Quiero creer que tienes razon en muchos puntos; pero ¿es preciso que lo digas en todas partes? Sé que los hombres no quieren nunca ceder, miéntras que nosotras, las mujeres, tenemos que soportarlo todo; pero tú no eres así: cuando eras niño, te sometías á la voluntad de otro; vuelve

á lo que eras, créeme. ¡Haz este esfuerzo por nosotras, y vuelve! ¡Dios mio, de este modo recobraríamos la antigua gloria de nuestra casa! Adivinaré tus menores deseos; pondré mis manos para que pises en ellas; te lo suplico encarecidamente, vuelve á nosotros.

Sin poder apénas contener su emocion interior, dijo Espinosa á su hermana que estaba resuelto á defenderse contra los rabinos, que se opondría á que menoscabasen su honor ó el de su familia, y que, por él y por todos, deseaba contrariar al poder que se atrevía á pronunciar una excomunion contra el pensamiento.

—Te creo, te creo,—contestó Miriam;—tú quieres sólo lo justo; vales más que el mundo entero; pero, créeme, he aprendido á conocer las gentes desde que la desgracia nos persigue. Quieres sacrificarte por los demas; eres demasiado bueno; eres una perla entre los hombres; no se merece ninguno que por ellos toquen un pelo de tu cabeza.

Estaba profundamente turbado Espinosa; no veía más que el entrañable amor de su hermana; y ésta, que adivinaba, sin duda, el movimiento de su corazon, se arrojó á su cuello gritando:

—Nó, nó; no puedes sacrificarte ni sacrificar nos al bien del mundo. ¿Es cierto que te quieres casar con una cristiana?

Se vió Espinosa en un grave apuro. Le era tan extraña la mentira como la noche al dia, y desconfiaba de convencer á su hermana que sólo su pensamiento le había hecho violar los preceptos de la ley, siendo su amor una mera coincidencia. No hubiera salido de tal perplejidad ó no ser por un accidente imprevisto. Al ver llorar á su madre, comenzaron los dos niños á gritar y llorar, de modo que Miriam olvidó su pregunta, preocupada con hacerles callar.

—Benjamin,—dijo al pequeñuelo que se había tranquilizado primero,—Benjamin, suplica al tio que no nos abandone. ¡Querido mio, se llama como nuestro buen padre! ¡Ah, cuánto lloraría y se lamentaría si te viera; no descansará en su tumba si sabe lo que te sucede!

Cogió Espinosa al niño, acariciándole y abrazándole.

—Del mismo modo que este niño no me condena, no me condenará mi padre en la eternidad,—dijo.

La pequeña Sara cogió tambien la mano de su tio, rogándole que se volviese con ellos, como deseaba su madre; Espinosa repitió que tenía medios para defenderse, y Miriam, acompañada de sus niños, se marchó con el corazon oprimido.

Al anoecer vino á verle Rodrigo Casseres.

—No tienes padre,—le dijo el viejo;—tengo derecho á reemplazarlo. ¿Recuerdas la primera vez que te ví? Te enterrarán lo mismo que á aquel rene-

gado, como á un perro sarnoso. ¿Recuerdas el fin que te he contado tuvo tu tío Jerónimo? Así morirás; aún más miserable y desgarrado por los demonios. ¿Por qué hemos abandonado nuestra patria para vivir en países lejanos? Por servir libremente á nuestra religion y á nuestra fe, que locamente piso-teas. Aún es tiempo; eres jóven, pero si dejas correr el tiempo será tarde; se acercará la muerte, tú apostasia te perseguirá de dia y te ahuyentará el sueño de noche.

Consideró Espinosa la edad del viejo, y se contentó con expresarle claramente su firme resolucion y su inocencia. En ocho dias no volvieron á molestarle con estas tentativas de conversion; durante este tiempo había concertado un plan de defensa, cuyo trabajo le suministró nuevas conclusiones que venían á dar fuerza á las verdades que ya había reconocido. La primera que vino á interrumpirle de nuevo, el sábado siguiente, fué la vieja Chaje.

—¿Os envían para hacer entrar la oveja descarriada en el redil?

—Nó, nó; vengo por mi sola decision, Dios lo sabe, tan cierto como deseo que el cielo nos conceda la felicidad. Creía que me faltaban las piernas ántes de llegar al alto de las escaleras. No he querido creer á nadie; necesito oír yo misma si es verdad que se revela contra nuestra santa religion el que era ántes tan bueno y tenía un corazón tan piadoso de judío.

Notó por sí Espinosa la influencia que tendrían los rumores divulgados contra él, cuando la vieja Chaje, llevada de su celo, había olvidado su presencia y hablaba para sí de él en tercera persona.

—Pero, ¿quién sabe esto?—preguntó.

—¿Quién? ¡Dios mio! Todo el mundo lo sabe, y los chicos lo repiten en las calles. ¿Quién me habría dicho que, andando el tiempo, acontecería lo que acontece con este niño que llevaba yo en mis brazos! ¡Oh, pero lo que es verdad es verdad! La hermana de la negra Gudula, que ha servido en casa del rabino Isaac Aboab, lo decía hace mucho tiempo: «Baruch es un hipócrita; si llega á ser rabino, su comunidad se bautizará.» Me había yo dicho: Cuando cierre los ojos, yo que no tengo á nadie, dejaré lo poco que posea á mi Baruch, á quien habré enseñado una oracion para pedir el descanso de los difuntos, á fin de que me gane un asiento en el Paraíso. ¡Cómo se han disipado mis esperanzas!

Lloraba á lágrima viva la buena mujer. Espinosa quiso consolarla.

—Ya veis,—continuó Chaje lamentándose,—me induce á mí misma á pecar al llorar el sábado, lo cual será un clavo para mi ataúd. Quisiera sólo saber qué es lo que piensa. Hace millares de años que la religion judía ha sido la verdadera; creo que se ha apoderado de él un demonio, porque de no ser

así, no hubiera maldecido á los judíos y su religion. Quizá por amor á mí, vuelva á ser bueno y piadoso como ántes; si así lo haceis, me lo agradeceréis á la hora de la muerte. Todo eso son locuras de juventud, que se olvidan pronto; el año próximo habrá crecido la yerba, y mi Baruch podrá elegir mujer entre las hijas de los más ricos de Amsterdam.

Afectaron estas palabras á Espinosa, que tuvo que prometer á la buena vieja que se haría bueno y piadoso como otras veces. Había acertado Olimpia al profetizar una peregrinacion á casa de Espinosa, pero esta peregrinacion era dirigida á Maledictus. Al dia siguiente de visitarle Chaje, vino el médico Salomon de Silva, que comenzó por hacerle algunas consideraciones higiénicas, haciéndole observar que su manera de vivir destruiría su salud. Le contestó Espinosa que tenía dos amigos médicos, que observaba un régimen y que estaba muy bien: entónces Silva abordó resueltamente la cuestion:

—Convengo en que deben ser destruidos muchos vicios y excrescencias anormales del judaismo; á tu edad conocía yo exactamente estos inconvenientes. La juventud es fogosa, quiere andar de prisa, pero se necesita ganar la confianza de las gentes, no ponerse directamente en contradiccion con ellas y obrar siempre con mucha mesura para llegar á la realizacion de sus proyectos.

—El mismo Talmud dice: «No tengas falsa medida en tu casa.» ¿Es aplicable aquí este precepto?—preguntó Espinosa.

—Sin duda, pero tambien se necesita considerar el tiempo y las circunstancias, porque estas condiciones vulgares y diárias son por lo ménos tan legítimas como el pensamiento lógico. Sin destruir todos los obstáculos de una vez, vuelves con nosotros, te unes á otros hombres ilustres y puedes contribuir á la reforma del judaismo.

—¿Quién os ha dicho que yo me propongo tal cosa? Para mí es el judaismo, como el cristianismo nacido de él, un grado en el movimiento necesario del espíritu; tan sólo pretendo mantener la independencia de mi vida, lo cual no me impedirá ningún poder rabínico.

—Bien; te propongo un arreglo. La comunidad te ofrece un lugar en el gran Tribunal, desde el cual podrás consagrarte casi exclusivamente á tus estudios, porque tendrás poco que hacer.

—No aceptaré nunca un empleo.

—En ese caso, quiere la comunidad asegurarte una pension de mil florines, á condicion de que te obligues, bajo palabra de honor, á no escribir nada contra el judaismo.

—Dice el proverbio: «Para hacer callar al pueblo, llenarle la boca;» lo cual es un medio político inútil para mí. Sin aspirar á indisponeros conmigo, ¿qué significan, querido doctor, esas proposiciones?

—Las he formulado cumpliendo un mandato; pero voy á hablarte por mi cuenta en otros términos. Sé que tienes un poderoso talento; presagia tu tranquilidad un gran hombre, pues sólo las naturalezas débiles se violentan ante la contradicción; pero no debes arrojar piedras á la fuente en que has bebido. Del judaismo has sacado tú este valor y esta libre abnegación por la verdad; sé, pues, agradecido; muestra tu poder dominándote; permanece unido á los tuyos, y no llegues á la apostasía.

—No se puede cometer apostasía mas que contra sí mismo.

—Te honraremos todos si sabes vencerte.

—Quedaría deshonrado á mis propios ojos.

Se retrataron á la vez la sorpresa y un movimiento de cólera en la fisonomía de Silva, al ver que ni alabando su virtud había logrado ablandar á Espinosa.

—Desgraciado,—dijo el médico ya en ademán de marcharse;—estás perdido. No puedo rogar á Dios para que te ilumine y destruya el fuego fatuo que te arrastra á los abismos.

Las lágrimas inundaron sus ojos al decir estas palabras; salió y dejó á Espinosa pesaroso por haberle proporcionado semejante disgusto; pero ¿podía obrar de otra manera?

Más fácil le fué rechazar la última visita que tuvo el mismo día, Chisdai. Apenas abrió la puerta, se arrojó al suelo y tomó la posición del hombre que está de duelo.

—¡Desgraciado!—exclamó Chisdai sin levantar la cabeza y murmurando sus palabras con la cara puesta en el suelo;—¿te ha hecho olvidar todo el espíritu maligno que habita en tí? ¿Ignoras la historia del rabino Eliezer ben Hyrkanos?

—La sé muy bien; quería apoyar su opinión sobre el uso de un horno en un milagro que había hecho, lo cual le valió la excomunión. Nadie quiso hacerle saber esto, hasta que lo hizo el rabino Akiba del mismo modo que tú lo haces ahora. Ya ves que aún sé mi Talmud. Pero levántate, que no puedo mandar al árbol que se arranque, ni al agua correr hacia atrás; no me obedecerían.

—¡Ah!—exclamó Chisdai, levantándose furioso y con los puños cerrados,—te burlas del Talmud. Había venido aquí en són de paz; quería traerte al temor de Dios y mostrarte que no voy contra tí por envidia ni por ninguna pasión vil; pero todo es inútil contigo. Sigue, pues; los cuervos te arrancarán los ojos y los aguiluchos se los comerán.

—Interpretas, según quieres, las palabras de la Biblia, como buen talmudista. No reservan las Escrituras este castigo más que á los que desprecian y deshonran á padre y madre.

—Eso es lo que tú has hecho setenta y siete veces, infame. Pero no se hará esperar tu castigo; serás

apedreado después de tu muerte; un montón de piedras cubrirá tu cuerpo corrompido, y tu suerte será el espanto de las generaciones. Cuida de no caer en mis manos; mientras tu aliento infestara el aire, te destrozaría como se destroza un pez.

—Sigues con las frases talmúdicas,—dijo Espinosa sonriendo;—pero el Talmud dice también: «Bueno es que el asno no tenga cuernos.»

Echando espuma de furor Chisdai, se apresuró á marcharse, porque oía pasos en la escalera.

—¿Quién es ese bípedo implume?—dijo Meyer entrando;—parece el pecado original en persona.

Esta ocurrencia hizo reír á Espinosa.

—Ahora,—le dijo,—has acertado, este pecado original quería llevarme al paraíso judío.

Meyer le aconsejó que se opusiese á los papas judíos con su firmeza habitual; después se marchó, y Espinosa se apresuró á salir también.

Por primera vez estaba violento en su habitación solitaria; le hubiera sido imposible en tal situación fijar su espíritu en la indagación de una idea; necesitaba un alma afectuosa y serena, al lado de la cual pudiese olvidar las tempestades del día. ¿Dónde podía encontrarla á no ser en casa de Olimpia? Fué allí y la encontró hablando familiarmente con Kerkering, y le pareció que su presencia les había sorprendido, por lo cual supuso fundadamente que había sido objeto de su conversación. Supo, sin embargo, Olimpia dominar pronto, como siempre, su emoción.

—He soñado con vos la última noche, Sr. Espinosa,—dijo ella en el curso de la conversación.—Adivinad en qué forma me habeis aparecido.

—Como no creéis en ángeles ni en demonios, me habeis visto de monje.

—Nó, seguid.

—Como emperador.

—Nó.

—¿Como rabino? ¿De papa?

—Nó, veo que no acertareis. Os he visto de Masianello.

Aunque le habló largo rato de su sueño, comprendió Espinosa que no encontraba allí apoyo ni simpatía para la lucha dolorosa en que estaba empeñado. Una sombría incertidumbre, una duda punzante, vino á herir su amor; veía á Kerkering acercarse á Olimpia con una afabilidad muy íntima, sin que ella le contuviese como otras veces, y le parecía descubrir cierta inteligencia entre los dos. Cuando iba á retirarse, le dijo Olimpia:

—«Ha venido hoy á verme vuestra hermana Rebeca; quiere que yo os convenza para que os sometáis á los rabinos.

Hizo Espinosa un saludo, y salió silencioso y preocupado. ¿Cómo había podido hablarle de sueños y cosas fútiles ántes de comunicarle este hecho? ¿No

debía haberse afectado al ver á su hermana suplicándole?

Había venido á su casa Miriam, con la cual había vivido desde su infancia en la más cariñosa afecion, y no le había hablado más que de soslayo de la mujer que amaba; y la altanera Rebeca, con la cual nunca había él intimado, había llegado hasta Olimpia. ¿Cómo se había presentado? ¿Había quizá despertado la duda en el corazón de su amada con su alejamiento y repugnancia á las relaciones de familia? Espinosa sentía un fuego abrasador en sus mejillas; estaba para romper todos los lazos de la familia y del hábito, pero no podía tolerar el desprecio á la sangre que corría en sus venas. Habían debido sostenerle en la lucha que iba á emprender el amor y la verdad. ¿Le sería fiel sólo la verdad?

BERTHOLD AUERBACH.

(Continuará.)

LA CONDESA DE ALBANY.

III.

LA AMIGA DE ALFIERI Y LA SOCIEDAD EUROPEA.

I.

La muerte de Alfieri abre un nuevo período en la historia de la condesa de Albany; porque, por más dolorosa que fuese para ella la hora de la separación, desde aquel punto quedaba libre y como emancipada del dominio de su dueño. Parece ser indudable que ántes de morir Alfieri ya estaba en relaciones con Favre, y está plenamente probado que la misantropía del primero la condenó los últimos tiempos á vivir privada del trato de las gentes y en la mayor soledad, bien contra su gusto é inclinaciones. No es ménos cierto, sin embargo, que, merced á su carácter sumiso y bondadoso, se consolaba sin gran esfuerzo, hallando distracción y solaz en el estudio de la literatura; pero ¿quién podrá decir que su resignación fuese completa, y que, al morir su amante, no se sintiese como libertada de un gran peso? Al perder á su amigo, no pronunció la condesa una palabra ni escribió una sola línea que hiciera sospechar lo que decimos; pero su conducta posterior nos lo revela de una manera clara y evidente. Porque á los pocos meses de haber ocurrido la muerte de Alfieri, ya Favre ocupaba su puesto en la *palazetta de Lungo Arno*, y los salones de la reina de Inglaterra, que habían permanecido cerrados por espacio de tantos años á causa

del genio insociable del poeta, debían abrirse muy en breve para ser el punto de reunión de la buena sociedad europea y el gran centro literario de la Italia del Norte. Así se celebraron las honras fúnebres de Víctor Alfieri por *la sua gentilissima donna*, por la no há mucho tan atribulada é inconsolable Beatriz del Dante piemontés.

Quisiéramos no vernos en la necesidad de consignar un hecho semejante y que nos repugna, por lo mismo que pertenece á la vida privada; pero era imposible dejarlo pasar desapercibido, en razón á la publicidad que se le dió en aquella época, á la ostentación que la misma condesa hizo de mucha parte de sus culpas, imprimiendo y publicando, de su libre voluntad, la *Vida de Alfieri*, donde se hallan consignadas no pocas de sus flaquezas y debilidades, y á la falta completa de miramiento con que pasó á tener relaciones con Favre. ¿Ni cómo era posible tampoco suprimir de la vida de la condesa un episodio de tanta importancia y en el cual se contiene la conclusión moral del drama?

No está probado de una manera clara y terminante, dicen los defensores de Luisa de Stolberg, que Alfieri haya sido reemplazado por otra persona en su corazón. ¿Quién era Favre para inspirar un amor tan vivo é impaciente? Un hombre digno de aprecio, mas sin ninguna de las cualidades que pueden seducir y atraerse á una mujer entusiasta: grave, inteligente, de buena y agradable conversación, muy perito en materias de arte; pero escaso de talento, y sin la elevación y grandeza de ingenio de que tan pródigamente dotado se hallaba el poeta piemontés, merced á cuya circunstancia podía perdonársele de buen grado la brusquedad de su carácter. En su vulgar fisonomía percibíanse sólo trazos rudos, y así, cuantas personas han tenido la ocasión de ver su retrato en Montpellier, pintado por él mismo, se preguntan cómo pudo la viuda de Carlos Estuardo, *l'adorata donna* de Alfieri, despojarse de la aureola de poesía que rodeaba su nombre con tan inexplicables amores.

Bueno sería, contestan á esto sus defensores, averiguar si en 1803 no habían hecho ya los años en la condesa un estrago tal, que la pusieran al nivel de su segundo amigo; porque si la reina Luisa tuvo en su juventud y conservó por largo espacio de tiempo un color hermoso, un cutis fresco y terso, algo, en fin, de la belleza de las mujeres de Rubens, su compatriota y pintor favorito, á los cincuenta y un años había desaparecido todo esto; y si sus adoradores, los que solamente la conocen por el retrato de Alfieri, se admiran de que haya podido amar, después de él, al ménos poético de los hombres, á su vez los amigos de Favre pueden quedar no ménos sorprendidos de su amor, siendo todavía jóven, hácia la envejecida condesa.

* Véanse los números 100, 101 y 102, págs. 444, 490 y 530.

«Conocí en Florencia, dice M. de Chateaubriand, en las *Memorias de Ultra-Tumba*, á la señora de Albany, en quien sin duda los años habían hecho gran estrago, pues su traza carecía de nobleza, su rostro de expresion y su cuerpo más bien era pesado y sin gracia que no airoso. Si las mujeres de los cuadros de Rubens pudieran envejecer, se parecerían á ella. Es lástima que su corazon, *fortificado y sostenido* por Alfieri, haya tenido necesidad de buscar otro apoyo.» Los recuerdos que consigna en este párrafo el ilustre publicista se refieren al año de 1822; mas es probable que desde el de 1803 ya careciese de los encantos que en ella echa de ménos; porque Lamartine, que la vió en 1810, es decir, pocos años despues de la fecha en que trabó relaciones intimas con Favre, la representa, con muy corta diferencia, del mismo modo, si bien añade como correctivo que «la expresion de su semblante hacía recordar su pasada belleza.»

Despues, los defensores de la condesa de Albany, no pudiendo negar la naturaleza de sus relaciones con el jóven artista de Montpellier, pretenden que se habían casado secretamente, lo cual desmienten sus adversarios, puesto que la viuda de Carlos Estuardo se limitó á instalar en su casa á Favre, á presentarlo con la mayor familiaridad á la aristocracia europea, á llevarlo consigo en sus viajes, á París en 1810, á Nápoles en 1812, y á vivir con él públicamente, sin escrúpulo alguno, como mujer legítima: en cuanto á tomarlo por marido, nunca pensó en ello, y lo prueba el testimonio del mismo Favre.

El primer tomo del suplemento de la *Biografía Universal*, publicado el año 1834, contiene un artículo sobre la condesa de Albany, donde se leen las palabras siguientes: «Pretenden algunos biógrafos que la señora de Albany contrajo, secretamente, matrimonio con Alfieri, y que á la muerte del poeta casó con M. Favre; pero esto último se halla desmentido por el mismo Favre, quien, á su vez, pone muy en duda lo de Alfieri.» Y como si no le pareciese bastante, en el ejemplar de su pertenencia que legó Favre á la Biblioteca de Montpellier, despues de subrayar las palabras que á él se referian, escribió al márgen: *Es falso*. Al obrar de este modo el artista frances no lo hacía movido del temor de que adquiriesen consistencia aquellos rumores, pues no se curaba de tal cosa, ni comprendia ciertas delicadezas, sino que tan verídico y franco hasta el cinismo, como testarudo, sólo pensó en decir la verdad, sin pararse mucho en la forma.

Sostienen muchos, á pesar de cuanto dejamos consignado, que, habiendo desaparecido á la muerte de Favre gran parte de los papeles y cartas de la condesa, bien pudieron correr igual suerte los documentos relativos á su matrimonio. Pero este método,

que consiste en negar el mal de preferencia á combatirlo, no resiste al más ligero exámen, puesto que los papeles referidos fueron quemados por M. Gache, jansenista de los más timoratos, que adquirió, no sabemos cómo, ilimitada influencia y predominio sobre el poco escrupuloso y ménos jansenista de Favre, y que no hubiera por cierto entregado al fuego ningun documento que atestiguase su matrimonio con ella. Así, pues, debe suponerse que los papeles destruidos por el albacea serian sólo las cartas amorosas, la correspondencia de la condesa con Alfieri y Favre, aquellas hojas sueltas en las cuales declarase sin embozo alguno sus flaquezas la mujer á quien Sismondi pudo decir «que conocia todas las borrascas del corazon.» Y aún siendo tan vivas y apasionadas aquellas epístolas, como hubieran tenido por causa amor legítimo, no habría hecho con ellas un auto de fe el timorato executor testamentario.

Es indudable que la condesa, movida de su instinto, cedió sin lucha, pero tambien sin alarde, sin propósito de rebelarse contra las leyes de la moral, pero sin curarse de ellas, á la corriente que arrasaba la sociedad de su época, cuyo desórden había precipitado la Revolucion y el Directorio. Cuando las más altas instituciones del catolicismo parecían condenadas á perecer; cuando el Pontífice se había visto lanzado del Vaticano y en el destierro, y vacante por un largo espacio de tiempo la silla de San Pedro; cuando el primer cónsul, para restablecer el culto, había tenido que arrostrar grandes dificultades; cuando todo era ruinas y desolacion, ¿qué tiene de extraño que ciertas cosas, que al presente causarían el mayor escándalo, se mirasen con la más profunda indiferencia? Entónces las mujeres más célebres y, bajo muchos conceptos, más justamente honradas, tenían *un amigo*, reconocido por el público y tratado como legítimo esposo, sin que para sancionar estos matrimonios naturales hiciese falta otro requisito que la mutua fidelidad, y cierto respeto á las conveniencias sociales. Y como la condesa de Albany era el tipo más perfecto, el modelo más acabado de tales maridajes, hé ahí por qué halló siempre simpatías tan vivas y profundas entre las damas de aquel tiempo. Amiga poéticamente glorificada por Alfieri, protegía con su ejemplo á otras muchas que se hallaban en su caso, y veían practicar sus mismas costumbres á una de las primeras señoras de Europa, á la que seguía llamándose siempre reina legítima de Inglaterra, y cuyo palacio era centro de la sociedad más escogida. Su correspondencia da testimonio de que siempre se acordaban de su amigo, nombrándolo con el mayor desenfado, pidiéndole con el más vivo interes noticias suyas, y haciéndolo partícipe del respeto y consideracion que á ella profesaban. Buena, de ca-

ráter afable, acomodaticia, no sólo permitía y autorizaba este lenguaje, sino que le placía por extremo, lo cual obligaba de tal manera á sus correspondientes femeninos, que no hallaban términos para elogiar bastante la indulgencia, la bondad, la caridad, el perfecto agrado de la *cara sovrana*.

¿Diremos por eso que olvidó completamente á Alfieri? No: el poeta tuvo un sucesor en el artista, pero no cayó en olvido. A propósito de sus amores con el autor de *María Estuardo*, ha dicho Mr. de Reumont algunas palabras muy notables y dignas de ser consignadas aquí: «No era precisamente amor lo que Luisa de Stolberg sentía por Alfieri; ántes era entusiasmo y admiración por su ingenio, mezclado de gratitud por la gloria que, merced á él, podía lograr con el tiempo.» Nada es más exacto, si se refiere á los últimos años: primero, amó al joven poeta que bebía en su boca la inspiración; más tarde, cuando lo hubo sometido á su yugo, lo que amó en él fué el talento, la fama del escritor, á la sazón el más célebre de Europa; que en el interregno de Voltaire á Chateaubriand y de Rousseau á lord Byron, desconocidos como eran Schiller y Goethe, no hubo ningun poeta cuyo nombre pudiera oponerse al de Alfieri, primera y más alta personalidad literaria de su tiempo, y bajo cuyo amparo esperaba transmitir la suya á los siglos venideros. Muerto Alfieri, lo que su misantropía le negó en vida, iba á obtenerlo de su fama, puesto que, merced á ella, recibiría los homenajes y acatamientos de sus contemporáneos y vería convertido su palacio en una verdadera corte literaria.

Entre las opiniones y pareceres contradictorios de que acabamos de hacernos cargo, hallamos un hecho cuya existencia nos complace mucho consignar, y es el del culto tributado á la memoria del poeta por Luisa de Stolberg con noble afán y religioso celo. Dejemos lo demás envuelto en sombra; y ya que la hemos juzgado en nombre de la moral, ofendida por su aristocrática incredulidad y su menosprecio de la opinión, no veamos en ella en lo sucesivo sino lo bueno, lo noble y lo digno de respeto.

«Lego todos mis bienes muebles é inmuebles, plata y oro, libros y manuscritos, á la condesa de Albany, de la familia de los príncipes de Stolberg, viuda del conde de Albany Stuart, que falleció en Roma el año de 1788,» dijo Alfieri en su testamento, dejándola encargada, además, de resolver lo que tuviese por conveniente acerca de la publicación de sus obras inéditas, y autorizándola, en el caso de que no las quisiera imprimir, á destruirlas todas, excepto las *Sátiras*, el *Misogallo*, la tragedia de *Abel* y las *Poesías líricas*. La condesa nada destruyó; ántes al contrario, se apresuró á dar á la imprenta aquellos preciosos manuscritos, sin

olvidar, como es consiguiente, la *Vita d'Alfieri*, donde se la tributaban tantos elogios con tan poético entusiasmo; y para que la edición fuese digna de su autor, encomendó el cuidado de dirigirla y ordenarla al buen abate Caluso, su antiguo é íntimo amigo, quien, auxiliado de Favre y Francisco Tassi, secretario y casi podemos decir colaborador de Alfieri, llevó la obra á término feliz en poco tiempo. La impresión empezó el año 1804, en la tipografía de Piatti, á expensas de la condesa; y valiéndose de un subterfugio muy admitido entónces para eludir la censura, se dató en Lóndres: así es que los trece volúmenes de que consta, llevan el siguiente pié de imprenta: *Lóndres*, 1804.

Pero no era este el único monumento que debía consagrar la condesa á la memoria de su poeta, porque se propuso erigirle uno magnífico que fuese al propio tiempo como un homenaje de la nación. Al efecto solicitó se le designase lugar para construirle un sepulcro en la iglesia de Santa Cruz, panteón de los más ilustres toscanos, y á pesar de la oposición que manifestó parte del clero, triunfó de todos los obstáculos, merced al decidido apoyo que halló en el conde Mozzi, ministro de la reina-regente, logrando se le diera un espacio suficiente al lado de la tumba de Maquiavelo. Conseguido esto, encargó á Cánova la obra. Cánova era el único artista digno de realizar el pensamiento de la condesa; la cual, auxiliada por Favre, y admirablemente secundada y comprendida por aquél, vió al poco tiempo alzarse majestuoso y bello el famoso monumento que debe la Italia á esta triple inspiración. Sobre un ancho zócalo, donde se apoya una lira y dos guirnaldas de flores, descansa el sarcófago adornado de máscaras, atributo de la tragedia, y de coronas de laurel, con un medallón en que se lee bajo el busto del poeta: *Victorius Alferius Astensis*. Una matrona, representando á Italia, pensativa y triste, se apoya en el sarcófago; pero su tristeza es varonil, y parece recibir consuelo de la esperanza, como si al través de las lágrimas que nublan sus ojos viese cercano el día de la resurrección de la patria. Tuvo lugar la inauguración en Setiembre de 1810, precisamente cuando Cánova oponía más resistencia á las órdenes de Bonaparte. Hubiérase dicho que había comunicado Alfieri algo de su espíritu viril al afeminado estatuario.

En el zócalo del sarcófago hizo esculpir la condesa la siguiente inscripción: *Victorio Alferio Astensi Aloisia e principibus Stolbergis Albaniae comitissa M. P. C. an. MDCCCX*, consagrando de tal manera la gloria del poeta y sus amores.

Si los hechos en que ántes nos ocupamos estuviesen admitidos unánimemente por adversarios y amigos de la condesa, hubiera llegado para nosotros el caso de manifestar la sorpresa que nos

causaba esta contradicción entre los actos públicos y su vida privada; pero si real y verdaderamente los móviles secretos que la impulsaban eran cuales dicen, la contradicción sólo es aparente y lógicos y bien encadenados los hechos, porque, si no fiel al amor del hombre, lo era mucho al culto de su gloria para partirla con él.

II.

La condesa, que acogió con grandes muestras de alegría el establecimiento del Consulado, recibió de muy diverso modo la fundación del Imperio, sucediendo lo propio á sus amigos y corresponsales, todos á cual más opuestos al poder discrecional que la Francia de 99, abatida y humillada por tantos *terrores* sucesivos, había tan fácilmente dado á un caudillo victorioso, convertido, en virtud de él, de libertador en amo; que el genio colosal de Bonaparte no logró entonces subyugar á los espíritus liberales, satisfechos sin duda alguna de la solución que habían tenido las pasadas calamidades, pero temerosos al ver surgir otras de diversa índole, más profundas, duraderas y difíciles de curar que las anteriores, en la tiranía de las bayonetas. Conocida es de todos la actitud de la colonia de hombres pensadores y de observadores profundos que se agrupaban en Coppet alrededor de Mme. de Stael; pero no acontece lo propio con el círculo de la condesa en Francia, que más de una vez tuvo el mismo carácter. A pesar de que Mr. de Reumont nada dice acerca de esto en su Biografía, con el auxilio de los documentos que posee la biblioteca del museo Favre en Montpellier, procuraremos añadir algunas noticias á la historia de Luisa de Stolberg, que no serán ciertamente inútiles á la literaria, política y social de principios del presente siglo.

Entre los huéspedes de Coppet, hubo dos íntimos amigos de Mme. de Stael, que al propio tiempo lo eran muy entusiastas de la condesa, en cuyo palacio se alojaban siempre que iban á Florencia: fué uno Mr. de Bonstetten, patricio de Berna, francés por la viveza de su imaginación, alemán por la extensión de sus conocimientos, y cuya maravillosa inteligencia nunca brilló cuanto hubiera podido, á efecto de la excesiva movilidad y ligereza de su carácter, que le hizo disipar, por decirlo así, los tesoros de su ingenio; el otro fué Sismondi, el renombrado historiador de las Repúblicas Italianas.

Ya hemos visto á Mr. de Bonstetten, al comenzar el presente trabajo, frecuentando en Roma la casa del conde de Albany (1774), dos años después del matrimonio de Carlos Estuardo. A Sismondi no sabemos cuándo ni dónde lo conoció la condesa; sólo si podemos decir que debió ser antes de 1807, según se deduce de su correspondencia, por demás instructiva é interesante, pues da en ella á conocer

con todos los detalles necesarios á los familiares de Coppet y á muchos personajes notables de Europa, y emite acerca de los hombres y de las cosas de aquel tiempo juicios muy atinados, mereciendo por tal concepto ser estudiada con el mayor interés y detenimiento. Mme. de Stael, Mr. de Bonstetten, autor del *Viaje al Lazio*, Zacarías Werner, «el entusiasta profeta del sonambulismo perpetuo,» visionario sublime y jefe de la escuela romántica en Alemania; Mr. de Chateaubriand, Benjamin Constant, Schlejel, Napoleon, Mr. de Barante, aparecen en estas cartas como en un panorama, presentados con la inteligencia y sagacidad propias de su gran talento. No deja de ser extraño que, habiendo sido escritas por Sismondi para la amiga de Alfieri, se hable tan poco en ellas de política; no obstante, cuando lo hacía era para juzgar del estado de las cosas con entereza y vigor. Cuando en 1809 se preparaba la Francia á entrar de nuevo y en grande escala en guerra con la Europa, después de pintar con los más vivos y tristes colores la verdadera situación del país, decía: «Todo se derrumba, se agota y perece, y, sin embargo, á pesar de la miseria y de la escasez de brazos, vuelve á empezar la guerra de Norte á Sur. Pronto quedaremos reducidos al estado de los búlgaros. Europa fué la patria natural de los lobos; se la hemos arrebatado; ved cómo se vengan de nosotros.» Sismondi, á fuer de filósofo amante de las libertades públicas, deseaba la paz y sus inapreciables beneficios. Pero ninguna cosa era más de su agrado al escribir á la condesa que referirla cuanto sabía de las obras nuevas que veían la luz pública, de las tentativas poéticas de Benjamin Constant, de los estudios de Mme. de Stael acerca de la literatura alemana, de sus proyectos de emigración á los Estados-Unidos, de lo que pensaba de Chateaubriand, de Bonstetten y de todos y de cada uno de los huéspedes de Coppet.

Poco tardó la tertulia política y literaria que se reunía en el palacio de Lungo Arno en excitar la cólera del dominador de Europa. No diremos por eso que fuese tan resueltamente hostil al régimen imperial como la de Mme. Stael, pues la condesa prefería el despotismo al desorden. Amiga de la buena sociedad, entusiasta por las artes y las letras, recibía en los salones de su casa á todos los hombres notables sin atender á sus opiniones; era, por decirlo así, espectadora de la lucha, sin tomar nunca en ella parte activa. Demás de esto, una circunstancia personal hacía más difícil la oposición de la condesa al nuevo orden de cosas.

La paz de Luneville había conferido el trono de Toscana, bajo la denominación de reino de Etruria, al príncipe heredero de Parma; y en 1807, después de ser incorporado á la Francia y dividido en tres departamentos, ejercía su gobierno, con el nom-

bre de Gran Duquesa, Elisa Bonaparte, señora dotada de prendas relevantes de carácter, generosa, caritativa, decidida protectora de las artes, y que había ganado muchas voluntades á la causa de su hermano. No era posible que la amiga de Josefina declarase la guerra á su cuñada, ni ménos en los momentos en que hacía tan nobles y generosos esfuerzos para dulcificar la general opresion. Pacífica y bondadosa, no era tampoco á propósito para imprimir un carácter de hostilidad á sus reuniones; su satisfaccion y su arte consistía en hacer brillar en ellas los más opuestos talentos. El parrafo siguiente de una carta de Sismondi, escrito no sin cierta ironía, se refiere á este arte de *maga* poseido por ella con tanta perfeccion: «He tenido el gusto de recibir dos cartas de Florencia, en las cuales me hablan de vuestro círculo con tan vivo entusiasmo, que todavía estoy dudando si se refieren á la sociedad florentina de nuestros dias, ó á la del siglo XV. Podrá ser, tal vez, que por arte mágica, hayais operado esa trasformacion en los hombres.» Este y no otro fué el carácter de las reuniones de la condesa, en las cuales la política representó siempre un papel muy secundario al lado del que hacian las ciencias, las artes y la literatura, magistralmente tratadas por sus amigos; que los principios que le había legado su amante, reanimados y vivificados por Sismondi, sólo se manifestaban á presencia de muy contadas personas, de cuya fidelidad tenía recibidas grandes pruebas.

En las cartas de Sismondi á la condesa hemos podido descubrir un episodio relativo á la vida de Mme. de Stael, y que no se halla consignado ni en el brillante cuadro de la literatura del siglo XVIII, por Villemain, ni en la notable obra de Mr. Saint Beuve acerca de esta señora. Nos referimos á su proyecto de trasladarse á los Estados-Unidos, que no abandonó, al ménos en tres años, de 1809 á 1812; siendo su idea constante, á pesar de la manifiesta y resuelta oposicion de sus amigos, que, como Sismondi, querían disfrutar de su compañía y trato, y evitarla el gigantesco fastidio de habitar en tan apartadas regiones.

III.

Sin embargo de presentar caracteres tan diversos en apariencia, las reuniones de Lungo Arno y de Coppet tenían mucha afinidad secreta. Así fué que la condesa se hizo sospechosa á la policía del gobierno imperial; y mientras Mme. de Stael, exasperada con la vigilancia que con ella y sus amigos ejercía el gobierno frances, trataba de buscar refugio en el Nuevo Mundo, su amiga de Florencia recibió (Mayo de 1808) la orden de trasladar su domicilio á Paris ántes de concluirse el otoño. Luisa de Stol-

berg obedeció, y acompañada de Favre salió de la corte gran ducal, haciendo el viaje á cortas jornadas y procurando no pasar por Ginebra, donde sus amigos de Coppet se proponían detenerla. «No sé qué camino habeis tomado para no llegar aquí,» la escribió Bonstetten. Pero la *Reina de Inglaterra*, cuyo carácter nada tenía del de los héroes, creyó sin duda más prudente llegar á las Tullerías en derechura, cuando iba á sufrir un interrogatorio del emperador, que hacer escala en puerto sospechoso. Recibióla Napoleon cortésmente, mas no sin cierta ironía en sus palabras. «Sé, la dijo, que teneis gran influencia con la sociedad florentina; pero usais de ella en un sentido opuesto á mi política de fusion entre franceses y toscanos. Por eso os he llamado á Paris, donde hallareis cuanto podais desear para satisfacer vuestro amor á las artes.» Fácil es comprender que aquel magnífico museo, convertido en prision para ella, debía inspirarle ménos simpatías que en 1788. Por las respuestas de Sismondi se advierte que no era muy de su agrado: así y todo, Mme. de Stael la tenía envidia.

Durante el año de 1810 continuó su estudio de la sociedad parisiense, á la cual, á juzgar por las cartas de su correspondencia de Coppet, no trataba con mucha indulgencia. «Si no habeis podido persuadir á Mad. de Stael, á mí me habeis convertido, escribe Sismondi. A decir verdad, no deseo verme ahí; me repugnan esas gentes que sirven á un gobierno y se creen dispensadas de proceder con él dignamente; que obedecen con bajeza y luego hacen escarnio de quien los manda.» Estas palabras caracterizan á su noble autor, que, despues de haber hecho la oposicion durante diez años al régimen opresivo del Imperio, se convirtió en defensor suyo el dia que mudó la faz de las cosas, como se vió en 1815, cuando amenazaban á la Francia los reyes coaligados. Por eso el dia que Napoleon, algunos ántes de Waterlloo, mandó llamar á las Tullerías al amigo de Mad. de Staël y de la condesa para darle las gracias por sus artículos insertos en el *Moniteur*, debió acordarse de la ingeniosa frase de Andrieux: «Nadie se apoya sino en lo que hace resistencia.»

Entre las personas á quien la condesa distinguió y apreció más en Paris, aparece en primer término Mad. de Souza, ingeniosa y amable persona, á quien se deben notables trabajos literarios, con la cual intimó mucho, siendo en lo sucesivo una de sus más consecuentes amigas (1). Era más jóven que la condesa, pero, como ella, procedía de aquella sociedad del siglo XVIII cuyos últimos restos iban desapareciendo. La biblioteca del Museo Favre posee unas sesenta cartas de Mad. de Souza á la de Albany, na-

(1) La condesa frecuentaba en Paris los salones oficiales, y tenía palco en el teatro particular de las Tullerías.

tural, sencilla y familiarmente redactadas; y si no es posible sacar de ellas cosa digna de mencion, al ménos sirven para demostrar con su lectura los tesoros de bondad que guardaba en su corazón la viuda del último Estuardo.

Otra de las personas cuyo trato frecuentó más mientras estuvo en París, fué Mr. Bertin, á quien había conocido en Florencia como uno de los mejores amigos de Favre, á cuyas obras de arte era muy aficionado, y de quien adquirió, entre otras, su gran cuadro titulado el *Juicio de París*, que mereció entónces (1808) los mayores elogios á David y á Girodet, y que al presente parecerían tal vez exagerados, si atendiéramos á la frialdad característica de su pincel. Como se ve, la condesa proseguía en París haciendo la misma vida de siempre y de todas partes, esto es, rodeándose de un círculo de artistas y literatos, entre quienes pasaba las horas insensible, agradable y provechosamente.

A pesar de la mala impresion que produjo en su ánimo el estado de la Francia, bien puede afirmarse que no hizo un viaje inútil, pues cuando fué autorizada en 1810 para regresar á Toscana, llevó los más gratos recuerdos de aquella sociedad y de los buenos amigos que adquirió en ella. ¿Qué ocurría entre tanto á Mad. de Stael? ¿Había renunciado á su proyectada emigracion, de que tan afligido se mostraba Sismondi en sus cartas? No por cierto, y con tanto más motivo, cuanto que por aquellos dias precisamente había sido víctima de nuevos rigores por parte del gobierno imperial, que hizo prohibir su libro *De la Alemania* y recoger la edicion. Soportó, sin embargo, Mad. de Stael tan rudo golpe con una firmeza que dejó sorprendidos á sus más íntimos amigos; y olvidando, al ménos en la apariencia, á París y á su libro, sólo pensó en distraerse en un torbellino de fiestas y en escribir y representar comedias caseras. La idea de plantar en las soledades del Nuevo Mundo la tienda de sus dias futuros no la abandonó hasta el año 1812, en cuyo mes de Mayo, faltándole tal vez la resolucion necesaria para renunciar *al cenagal que ántes era la famosa Europa*, para emplear las palabras de Sismondi, salió secretamente camino de Austria, con propósito de trasladarse á Rusia y Suecia, á cuyas partes llegó, no sin correr grandes peligros, estableciéndose en Stockolmo, patria de su marido é hijos, bajo el amparo de sus leyes y de su gobierno.

Cuando tan vivas emociones agitaban á los huéspedes de Coppet, la condesa regresaba de Roma y Nápoles, á la primera de cuyas ciudades llegó el 31 de Octubre de 1811, con propósito de pasar en ella el invierno. Sus *Memorias* de la Ciudad Eterna no contienen apénas otra cosa que apreciaciones, en general muy severas, acerca de los artistas contemporáneos y de sus obras. Landi, Granet, Angé-

lica Kauffmann, Thorwaldsen, el mismo Cánova, son tratados con rigor por la desdeñosa y altiva señora, influida por Favre. No siempre cedia, sin embargo, á las observaciones y advertencias de su amigo, y de ello da pruebas Pablo Luis Courier, en su «*Conversacion en casa de la condesa de Albany.*»

Favre y Luisa de Stolberg habían ido durante la primavera de 1812 de Roma á Nápoles, acompañados de Courier y de un célebre anticuario inglés, llamado Games Millingen. Entónces tuvo lugar en casa de la condesa, situada frente á Pausilipo, la conversacion que uno de sus interlocutores debía desenvolver de un modo tan brillante. Demuestra la relacion de Courier la importancia que Favre había sabido adquirir en el mundo, ya fuese porque Mme. de Albany lo hubiera elevado á su nivel, como dice Lamartine, ya porque su competencia en materias de arte, gusto, erudicion y estilo hubiese llegado á ser, para los contemporáneos, autoridad competente. No estamos léjos de convenir en esto último, despues de haber visto á su maestro David y á su compañero Girodet apreciar el *Juicio de París*, y la estimacion en que lo tenía Mr. Bertin, y de leer muchas cartas que se conservan en la Biblioteca de Montpellier y que sirven para demostrar que Favre gozaba de la consideracion de perito consumado, á quien acudian en consulta los mismos maestros. Mas no fueron sólo sus colegas Girodet, Gros, Gerard, Guerin, Michallon, Bognet y Granet los únicos que recurrieron más de una vez á su erudicion para utilizar el minucioso estudio que había hecho de todos los secretos del arte, sino que en una ocasion el pintor Merimée se dirigió á él, en nombre de la Academia, para saber cuál era su sentir acerca del valor y autenticidad de un cuadro. Tratábase de un retrato de Rafael, que se suponía pintado por él mismo para un tal Bindo Attoviti. El cuadro era bueno; pero como había diversidad de pareceres y unos lo creían original y otros copia, despues de mucho discurrir, dudando todavía la Academia, quiso, para decidirse, saber la opinion de Favre. Este es, sin duda, un título muy envidiable; y si pudiera tomarse al pié de la letra cuanto se contiene en la *Conversacion en casa de la condesa de Albany*, la reputacion de Favre subiría de punto; pero no era Courier hombre á propósito para limitarse, en un caso semejante, á poner de relieve las ideas de un compañero de viaje. Los principios de literatura y de arte que Favre sostiene en la disputa son los mismos de Courier, expuestos por él con notable lucidez; y si deja el papel principal y cede la victoria á su amigo, lo hace por cortesía y para mejor alcanzar su propósito, exponiendo sus teorías por boca de un artista célebre, lo cual les daba más peso y autoridad. Es indudable que Favre ha-

blaba bien; pero la verbosidad, el *brio*, la gran copia de razones y argumentos que expone, y la manera viva y hábil de conducir la discusion no son suyas, sino de Courier; así como tampoco le pertenece la ingeniosa traza de que se vale para establecer la superioridad de la gloria literaria sobre la militar, sino es á su interlocutor (1). Fuerza es convenir, sin embargo, que halló en aquella circunstancia personas dignas por su talento de discutir con él.

IV.

No es difícil comprender y darse cuenta de los pensamientos de la condesa durante los años de 1813 y 14. «Estoy á la ventana, decía en una carta á Sismondi, y veo pasar los acontecimientos.» Bien puede afirmarse que no asistía impasible á tan gran espectáculo, pues su tan encomiada calma filosófica desapareció entónces, siendo de las primeras personas que saludaron con el más vivo entusiasmo los triunfos de la coalicion. Sismondi, por el contrario, al ser testigo de los progresos que hacía por todas partes la contrarrevolucion, empezó á reconciliarse con el régimen imperial, como la mayor parte de los liberales que preferían á Bonaparte, bajo ciertas condiciones, á la familia proscripta. Pero no se limitó nuestro elocuente historiador á defender á Napoleon en sus conversaciones y en sus cartas á la condesa, sino que á la vuelta del emperador de la isla de Elba, confiando en las promesas contenidas en el acta adicional, hizo lo propio desde las columnas del *Moniteur*. El soberano le dió por ello las gracias y le ofreció la cruz de la Legion de Honor, merced que no quiso aceptar.

Al propio tiempo que la condesa veía con el mayor sentimiento la conducta observada por su amigo, Mme. de Stael la censuraba y aprobaba juntamente. Son muy dignas de transcribirse á nuestro libro las palabras que con este motivo dirigió desde Pisa á Mme. de Albany el 8 de Diciembre de 1815: «Soy de su misma opinion respecto á Sismondi, cuya buena fe no tiene precio. Hemos disputado larga y reñidamente acerca de Bonaparte en nuestras cartas; pero si él ve la libertad donde no existe, fuerza será convenir en que más valía para la Francia su anterior estado, que el actual á que se halla reducida.» Y el temor de una tenebrosa reaccion seguía preocupando de tal manera á la ilustre publicista, que al año siguiente se expresaba en estos términos: «Habrà quien crea que ya

no me gusta Paris? Me tratan muy bien, me visitan infinitas personas; pero el aire que se respira es sofocante.» Para que tal le pareciese Paris en 1816, cuando tanto había suspirado por él en 1810, muy grandes y profundos debían de ser los males de la Francia. Del propio modo pensaba Mme. de Souza; y á pesar de la indulgencia y bondad de su carácter generoso, hacía los más tristes vaticinios á consecuencia de los medios empleados para llevar á cabo la restauracion.

Tal vez por esta causa comenzó á decaer el entusiasmo de la condesa hácia el nuevo orden de cosas, llegando con el tiempo á serle tan indiferente cual los demas sistemas políticos. Y como sólo deseaba entónces volver á verse rodeada de una sociedad semejante á la del siglo XVIII, y sobre todo tan escéptica en orden á formas de gobierno, no quiso participar en las luchas que dividían en tantos bandos y fracciones á sus amigos, y permaneció neutral. A esto debió el que aquellos que se habian enfriado algun tanto con ella volviesen, con el entusiasmo de siempre, á tenerla al corriente de los sucesos literarios, y Sismondi, Bonstettem, Hugo Foscolo, Mme. de Stael, Mme. de Souza, Courier y Bertin continuaron siendo sus corresponsales. La autora de *Corina* le decía por aquel tiempo en una de sus cartas, no sin cierta malicia: «Ya que corren vientos de legitimidad, ¿por qué no haceis lo posible para reivindicar el trono de Inglaterra?» Una idea tan peregrina debía de hacer sonreír á la condesa; pero la *dear majesty*, como la llamaba Mme. de Stael, aspiraba á ceñirse otra corona cuyos Estados eran más extensos y más pacífica su posesion; pues en aquellos momentos en que, tras tantas sacudidas, comenzaba á reformarse en toda Europa la sociedad liberal é ilustrada, veía realizarse, al fin, el deseo de su vida, que no fué otro sino el de convertir el palacio de *Lungo Arno* en centro de la más escogida y brillante.

Todas las cartas y documentos que tenemos á la vista se hallan conformes en declarar á la condesa inimitable en el arte difícil de la conversacion, por la variedad maravillosa de sus recursos y lo despejado de su talento. Comprimida primero por Estuardo, y despues por Alfieri, no pudo brillar en la esfera donde ahora la vemos y á la cual se elevó al sentirse libre; pero todo su ingenio y aptitud para ocupar el primer puesto en la sociedad culta y presidirla habría sido inútil, si sólo hubiera franqueado las puertas de su palacio á los italianos, y no á la Europa entera, como hizo. «Durante los tres últimos meses, la escribía Sismondi, casi no he visto sino ingleses. Lóndres entero se ha trasportado al continente, pasando por Ginebra: las mujeres más elegantes, hermosas y de más alto rango; los hombres más importantes por su posicion ó su talento; la

(1) Este juicio se halla confirmado por Armand Carrel en su excelente *Ensayo sobre la vida y obras de Courier*, cuando dice: «Desde la batalla de Wagram su opinion acerca de los héroes de la guerra y del genio de los grandes capitanes ha sido tal cual se ve en la *Conversacion en casa de la de Albany*».

mitad de los diputados y de los pares, se han detenido aquí un mes, han ido á Suiza, y luego á Italia con propósito de visitarla y de veros en Florencia.» A su vez Mme. de Stael le decía en 1816: «Por aquí ha pasado el género humano;» y, sin incurrir en exageracion, podía muy bien añadirle que iba camino del palacio de Lungo Arno.

No es fácil empresa enumerar las personas que desde 1814 á 24 formaron la corte de la *Reina de Florencia*. Mr. de Reumont da en su biografía multitud de nombres, y entre ellos figuran en primera línea la duquesa de Devonshire, el cardenal Consalvi, la duquesa de Hamilton, la condesa de Jersey, la marquesa de Prié, el poeta inglés Samuel Rogers, John Cam Hobhouse, el amigo de Byron, á quien dedicó el cuarto canto de *Childe-Harold*; Tomás Moore, lord John Russell, el célebre historiador de la escultura, Leopoldo Cicognara, Lamartine, no ya tímido y cortado como en 1811, sino es con la frente erguida; Chateaubriand... y otros mil. Más útil que formar un catálogo de celebridades será que averigüemos si de tan brillante concurso se desprende alguna idea general que sirva para dar á conocer mejor el carácter, el espíritu y la tendencia de las reuniones de la condesa. Sismondi, uno de sus más asíduos cortesanos, indica en breves palabras al recordar á la viuda de Carlos Estuardo, en carta de Ginebra del año 1823, el espectáculo que ofrecían sus salones sirviendo de punto de reunion á tantos personajes de tan diversos países y de tan opuestas opiniones, y que en ellos se mezclaban, se confundían y se observaban mutuamente con recíproca simpatía. «Esto, añade, dará por resultado, en un plazo más ó ménos largo, la difusion de lo bueno en sus naciones respectivas, y la destruccion de lo malo, del propio modo que la luz se hace al fin donde ántes sólo reinaba la oscuridad.» Hé aquí lo que imprimió carácter verdaderamente original á las reuniones de la condesa de Albany y lo que ha dado al palacio de Lungo Arno la importancia que tiene en la historia. Así se vió que en los momentos en que Mme. de Stael en su *Corina y La Alemania*; los dos Schlegel, al considerar en conjunto la poesía de todos los pueblos; Sismondi, Bonstetten y Benjamin Constant con sus escritos y sus viajes, y Goëthe, el maestro de todos ellos, merced á su vasto é inteligente eclecticismo, preparaban el camino á esa literatura europea (del mundo, *Weltliteratur*, como la llamaba el autor de *Fausto*) que tal vez sea uno de los timbres más brillantes de nuestro siglo, la condesa trabajaba con igual propósito, contribuyendo por su parte á una empresa tan grande y civilizadora por medio de sus tertulias en la *casa de Alfieri*. Ella misma llegó también, y merced á este sistema, á modificar sus opiniones respecto de la Francia, á pesar de lo arraigados que

tenía en su corazón el odio y la mala voluntad que Alfieri le infundió contra sus hombres y sus ideas.

Entre tanto, la salud de la condesa decaía visiblemente. A fines de 1823 adoleció de una especie de postracion; y aún cuando su estado no inspiraba grandes inquietudes, pues ya otras veces había sufrido iguales crisis, y gracias á la regularidad y método de su sistema de vida no había sentido hasta entónces los ataques de la vejez, su fin se acercaba. Pocos dias ántes de morir recibió una carta (1) de la duquesa de Devonshire dándole cuenta de las cosas más notables que ocurrían en los salones de Roma, donde parece que lord Normamby, lady Belfast, Mme. Elliot, M. Howard habían puesto en escena un drama inglés, teniendo entre sus espectadores al duque de Laval, á la princesa de Lieven y á la condesa de Appony, mientras en casa de Mme. Recamier M. J. J. Ampere leía con arte inimitable la última comedia de Casimiro Delavigne, titulada *La escuela de los viejos*, «cuyo principal defecto consiste, añade la duquesa, en que ninguno de sus personajes inspira el menor interes.» A los doce dias de escrita esta carta, la condesa de Albany no existía. Su vida se extinguió lenta y tranquilamente el 29 de Enero de 1824, á los primeros albos de la mañana. Es fama que su ánimo no desmayó un solo instante, y que despues de haber recibido los auxilios de la religion, vió llegar la hora suprema con perfecta quietud de espíritu.

Su testamento demuestra hasta las últimas líneas la independencia de su carácter. Porque si se exceptúa á su madre, á la cual dejó *tutta quella parte che la legge gli concede*, y de su hermana menor Gustavina, á quien hizo un legado de 15.000 escudos, los demas individuos de su familia sólo recibieron meros recuerdos. A sus hermanas, la duquesa de Berwick y Mme. de Arberg, dió una vajilla de porcelana á la mayor, y á la menor una cafetera de plata; á su sobrino, el hijo de aquella, como descendiente de Jacobo II, un retrato de Carlos y otro en miniatura de María Estuardo, y así á los demas: lo propio sucedió con los amigos: al abate Breme regaló un retrato de Alfieri; al marqués Valerga otro del abate Caluso, y al cardenal Cousalvi un San Jerónimo; que su legatario universal, el heredero de todos sus bienes muebles é inmuebles, aquel á cuyas manos iban á pasar, con los títulos de propiedad de las fincas, los manuscritos, libros, cuadros y alhajas, era Francisco Javier Favre.

Algunos años despues de haber fallecido Luisa de Stolberg determinó Favre ir á terminar su vida en Montpellier, su patria. Pero ántes de separarse para siempre de Italia, quiso levantar un monumento á

(1) Fechada en Roma el 17 de Enero.

la condesa, del propio modo que lo hizo ella con Alfieri, y despues dió á la ciudad de Florencia los manuscritos del poeta, obteniendo del gran duque licencia para regresar á Francia con sus tesoros. Se llevaba una biblioteca y un museo de inapreciable valor, formados en el curso de medio siglo por Carlos Estuardo, la princesa de Stolberg, Alfieri y él mismo.

¿Se proponía el último amigo de la condesa disfrutar solo de aquellas preciosidades? No; las dió generosamente á su ciudad natal, y ésta, generosa tambien, construyó un edificio para tan precioso depósito, y allí alojó al donador en medio de sus riquezas. Despues, Carlos X lo creó baron, y en Montpellier continuó hasta el último dia (1) sereno, discreto, desdeñoso, atormentado por la gota, mal avenido con la revolucion de Julio, y respetuoso siempre hácia la condesa, si bien evitando pronunciar su nombre, y representando, no sin cierto embarazo, la tradicion de tan misteriosa historia.

Ahora que no es un misterio, ¿qué conclusion deberemos sacar de ella?

Cabe que se escriba severamente el relato de los hechos; pero cuando se trata de deducir consecuencias, ¿poseemos todos los secretos de la conciencia para pronunciar un fallo definitivo? Tratándose sobre todo de una mujer, ¿no hay motivo para sospechar la existencia de luchas interiores que nuestras miradas no han percibido? Los hechos mismos que acabamos de referir nos imponen estas presunciones, favorables á la condesa de Albany.— La que Mme. de Stael, Mme. de Souza, la duquesa de Devonshire, Sismondi, M. de Bonstetten, el cardenal Consalvi, esto es, las personas de mayor severidad, los espíritus más delicados, rodearon de tanto cariño y respeto, habia debido, no hay que dudarlo, borrar las manchas de su vida. Si Mme. de Albany fué víctima del relajamiento general de las costumbres en la época en que se deslizó su juventud, aprovechó la restauracion moral producida por las pruebas de la Revolucion, y quizás contribuyó á ella por su parte. Las cartas que conserva el museo de Montpellier, de las cuales hemos dado alguna idea, le rinden sobre este punto justo testimonio. El nombre de Mme. de Albany ha estado rodeado hasta ahora de una sombra, ó más bien de una equívoca celebridad: conocíase la principalmente por las *Memorias* de Alfieri, esto es, por la glorificación del amor culpable; en lo sucesivo se la conocerá por el papel bienhechor que desempeñó en sus primeros años, por las nobles amistades que la rodearon despues y por las respetuosas confianzas que siempre le dirigieron escritores de tanta gravedad como los citados. Nos damos por satisfechos

con dejar al lector bajo esta impresion. No es escaso mérito para la amiga de Alfieri haber sabido, despues de la gran tempestad revolucionaria, reunir en torno suyo á la mal avenida y dispersa sociedad europea.

M. JUDERÍAS BENDER.



CRÓNICA GEOGRÁFICA.

NUEVOS DETALLES ACERCA DE LA EXPEDICION SUECA

AL MAR GLACIAL ÁRTICO.

Ya hemos descrito ligeramente la expedicion científica sueca, dirigida por Nordenskiöld, á la Nueva Zembla y el mar de Kara; pero despues han llegado sobre tan interesante expedicion minuciosos detalles, que acreditan que ha obtenido éxito completo.

Sábese que el yacht *Proeven* salió de Tromsøe, en Noruega, el 8 de Junio último; pero, por consecuencia de vientos contrarios, no pudo doblar el cabo Norte y singlar directamente hácia Nueva Zembla hasta el 17. Durante la primavera y el principio del verano la costa occidental de la doble isla se encuentra rodeada, hasta cierta distancia de tierra, por un cinturón de hielos compactos y casi infranqueables por todas partes, cuyo cinturón desaparece despues; y en el cual, como lo ha demostrado la experiencia, se forman dos pasos muy pronto. Dichos pasos solamente se hallan cubiertos por una ligera capa de hielo flotante, y unen, hácia el Oeste, el Océano con la mar libre costanera. Uno de los pasos se abre de ordinario delante del estrecho de Matochkin, que divide en dos partes la Nueva Zembla, á consecuencia de las fuertes corrientes que surcan aquel estrecho; y el otro se forma por lo comun á la altura del cabo Norte de los Gansos. Este último fué el paso elegido por Nordenskiöld, atravesándolo el 22 de Junio, y anclando en la costa de Nueva Zembla en una pequeña bahía situada al Norte del citado cabo.

Dos dias despues se hizo rumbo al Norte, anclando, ya aquí, ya allí, y costeano la Nueva Zembla desde el 25 de Junio hasta el 18 de Julio. El mar en todo aquel tiempo estuvo casi libre de hielos á lo largo de la costa, pero al Norte del estrecho de Matochkin, que une el mar de Kara por el Este con el Océano que se extiende desde Nueva Zembla á Spitzberg, los bancos se extendían hasta las orillas, por lo cual la expedicion renunció á remontarse más al Norte. El hielo se habia abierto hácia la parte occidental del estrecho

(1) Murió en 1837.

de Matochkine, y, creyendo poder avanzar hácia el Este por aquel camino, Nórdeskioeld emprendió una expedición en canoa por el interior del estrecho, y el profesor Lundstroem subió á una montaña de más de 3.000 piés de altura, desde donde pudo extender su vista por toda la region. De esta manera pudieron convencerse de que la parte oriental del estrecho estaba obstruida por una capa no interrumpida de hielo bastante fuerte para resistir al verano polar. Por eso resolvieron penetrar en el mar de Kara por el estrecho del mismo nombre, ó por el de Yugar, costeando hácia el Norte ó hácia el Sur la gran isla de Vaigatch; en su consecuencia llegaron el 25 de Julio al estrecho de Kara, despues de haber examinado hermosas petrificaciones jurásicas en la bahía de Skodde.

Desgraciadamente aquel estrecho estaba tambien cerrado por los hielos, y el viento era demasiado violento para poder andar allí. Del 26 al 30 de Julio el *Proeven* sufrió una furiosa tempestad, y fué afortunado con hallar abrigo en la costa meridional de la isla de Vaigatch, en la cual los geólogos suecos recogieron una rica coleccion de petrificaciones de la capa siluriana superior, muy semejantes á las de Gothland en Suecia. Tambien encontraron samoyedos que habían llegado en trineos altos y de forma particular, tirados por tres ó cuatro renos, y propios para el verano y para el invierno. Pretendieron subir á bordo del *Proeven* donde se les trató muy bien.

Durante aquel tiempo, el viento Noroeste siguió soplando violentamente, empujando los hielos al Sur del mar de Kara y quitando toda esperanza de poder penetrar en él este año. Sin embargo, Nordenskiöld quiso probar á pasar por el estrecho de Yugar, donde su yacht fué detenido por una calma chicha cerca del sitio donde en verano van á cazar y pescar los suecos y samoyedos de Ponstozerot. El 2 de Agosto el *Proeven* pudo ponerse en marcha: gracias á una débil brisa y á una fuerte corriente, consiguió pasar el estrecho y penetró en el mar de Kara.

Por de pronto se dirigieron hácia la Península que separa este mar del golfo de Obí, á la que los samoyedos llaman Yalmal. El viento era muy poco y permitió verificar curiosos estudios acerca del fondo y naturaleza del mar, resultando, cosa extraña, que el agua de la superficie es casi dulce en aquellos parajes, y de consiguiente mortal para los animales que viven en agua salada.

El 8 de Agosto se detuvieron durante algunas horas en la costa Noroeste de la Península de Yalmal, cuya posición determinaron astronómicamente, como habían hecho frecuentemente en la costa occidental de Nueva Zembla y en el estrecho de Yugar. En aquel sitio hallaron señales de hombres, al-

gunos de las cuales debieron andar con los piés desnudos, y notaron vestigios del paso de trineos. En la ribera se elevaba un altar compuesto de huesos de focas, de renos y de otros animales, cuyo osario coronaban dos ídolos groseramente esculpidos en pedazos de madera, cuyos ojos y boca poco ántes había sido teñidos con sangre. Al lado del altar se hallaba un monton de huesos de reno, restos de un festin sagrado.

El *Proeven* marchó en seguida hácia el Norte y navegó en dicha dirección hasta que halló bancos infranqueables é inmensos, los cuales costó hácia el Este, concluyendo por dirigirse á la márgen Norte de la desembocadura del Yenissei, donde anció.

Nordenskiöld conseguía, pues, el objeto vanamente buscado durante siglos por muchas grandes expediciones holandesas, inglesas y rusas.

«Tengo la íntima convicción, dice en una de las cartas dirigidas por él á Oscar Dickson, promovedor y banquero de la expedición, que está abierta la vía comercial, cuya importancia cualquiera puede con facilidad comprender señalando en un mapa los territorios que componen las cuencas del Obi, del Irtisch, del Yenissei y de sus afluentes.»

Al aproximarse al puerto los exploradores y marinos suecos, vieron un oso que *pacía* (su estómago no contenía sino vegetales) en la ribera, en compañía de muchos renos, de los cuales se separó en seguida para ir á esconderse más léjos. El doctor Theel se aproximó en un bote para matarlo; dirigióse arastrándose hácia él, en cuanto abordó; pero, en cuanto el oso apercibió el cazador, se precipitó furioso sobre él, mas una bala de Remington lo detuvo á los veinte pasos, dándole en la frente, la cual partió longitudinalmente entre los dos ojos; el animal se volvió y quiso huir, pero una segunda bala lo acabó, atravesándole el corazón y el pulmón.

«Considero este incidente, dice Nordenskiöld, como un buen augurio; pues el oso ha reinado solo en aquellas regiones durante millares de años, pero su reinado va á concluir pronto, y se verá á muchos buques visitar dichos países y establecer el tráfico entre Europa y los inmensos territorios de las cuencas del Obi, el Irtisch y el Yenissei.»

El jefe de la expedición volvió por tierra á Suecia, mientras el *Proeven* retornó á Noruega por mar.

O. TENAUD.